

SOL h

Hortus Conclusus

FACULTAD DE TEOLOGIA DEL URUGUAY

MONS. MARIANO SOLER

BIBLIOTECA

El Huerto

de María



Dedicado _____

A sus Hermanas, las Hijas

de María del Huerto, por el

Arzobispo de Montevideo.



MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA DE MARCOS MARTÍNEZ

1906

028137

vertical handwritten text on the left margin



Introducción

JULIO 2 DE 1906

«Hortus deliciarum, ut undique fluant aromata ejus, charismata scilicet gratiarum. — María es Huerto de delicias, del que fluyen aromas, que son carismas de gracias.»

SAN BERNARDO.

María del Huerto ha robado mi corazón; y no extrañéis, mis estimadas Hermanas, si empiezo por declararos que es tanto lo que estimo á su Instituto, que en cada una de vosotras contemplo á María del Huerto; por donde debéis comprender que todo mi empeño y anhelo es ver en cada una de vosotras una perfecta religiosa, digna de vivir en el HUERTO DE MARÍA. Este es el ideal que se propone el que llamáis Hermano y Hortelano; y esto deseo que tengais presente siempre que os acordeis de mí.

Más; ¿porqué llamo á este libro Hortus Conclusus y Huerto de María?

¡*Hortus Conclusus!* es el nombre encantador, que á todas os recuerda la dicha de haber sido llamadas por vuestra vocación á vivir y apacentaros en el HUERTO DE MARÍA; Huerto divino de virtudes, perfección y santidad. Huerto místico, delicioso, lleno de aromas y perfumes, de frutos y flores de fragancia celestial, que penetra hasta las potencias del alma para extasiarla en deliquios del amor divino, santificándola como á la feliz Sulamites en los jardines de Salomón. De este Huerto místico han salido todos los perfumes de santidad que han penetrado hasta la mansión de las almas justas y privilegiadas.

Es verdad que envidiamos á aquellas de nuestras Hermanas que tienen la suerte feliz de habitar el Santuario de Palestina, en donde de una manera especial parece sentirse la influencia maternal de María del Huerto; pero todas vivís en su místico Huerto; pues esto son todas las casas del Instituto, al llevar la misma leyenda: *Hortus Conclusus*; porque todas perciben la fragancia de sus divinas virtudes; y á todas cobija María del Huerto bajo su manto maternal, que exhala perfumes de paraíso.

Y bien; á fuer de hortelano, me complazco de cuando en cuando en regar ese precioso Huerto para que sus flores no se marchiten, y antes bien, crezcan hermosas y lozanas; esto es, acostumbro de vez en cuando daros algunos consejos y santas advertencias para ayudaros á cultivar el huerto de vuestras almas en perfección y santidad, que son las flores que agradan á María ver crecer en el corazón de sus hijas, si han de ser dignas hijas de tan amante Madre.

Con este fin, pues, os ofrezco este año, con ocasión de vuestra gran fiesta titular y celebración del 50º aniversario de la llegada y establecimiento de las Hermanas de María del Huerto

en la América del Sud, un pequeño obsequio y regalo que os hago para vuestras bodas de oro, y que quizás podrá servir os mucho para adelantar en el camino de la perfección propia del estado religioso.

* * *

Vosotras me llamáis Hortelano y Hermano; pero ¿qué significa este título, sino que sabéis que yo me glorio de tener especial devoción á María del Huerto, devoción que me quedó impresa por la mano de María al conducirme, el primero entre sus devotos, á su clásico Huerto de Palestina? Aquel día juré erigirle un monumento sagrado y por eso reputo como prenda cierta de serle acepta mi devoción el haberse dignado inspirarme allá en Tierra Santa la erección de un Santuario á su propio título *Hortus Conclusus*.

Creo también ser título de mi especial devoción el haber sido el primer Prelado que indulgenció la antífona: « *Hortus conclusus, ora pro nobis* »; (1) pero sobre todo, reputo título de esa devoción haber sido el preferido para conseguir de la Santa Sede que en todas las iglesias y capillas del Instituto se pudiese celebrar la Misa propia de María del Huerto el día 2 de Julio con rito doble de primera clase. (2)

(1) Fué también un Prelado Americano Santo Toribio, Arzobispo de Lima quien en unas letanías compuestas por él y aprobadas por Paulo V, introdujo esa invocación.

(2) Hé aquí lo que me decía la venerable M. del S. C. Raffo: — « *En verdad que el Hijo ha hecho algo por la Madre!*... Verdaderamente se precisaba que fuese el Predilecto Hijo de María Santísima del Huerto para obtener lo que sus pobres hijas no habían podido conseguir con tantos votos y con tan repetidas instancias y plegarias. Sean dadas gracias, por tanto,

Más, como quiera que lo que determinó en mi esa devoción fué la gratitud al Instituto de María del Huerto, por ser la primera Congregación que vino á hacerse cargo de nuestros establecimientos de beneficencia y enseñanza católica, he querido en este año, al celebrarse el 50.º aniversario de su llegada y establecimiento en esta República, manifestarles mi complacencia como Hermano, no solo consiguiendo de la Santa Sede la indulgencia plenaria para todas las casas de América para ese aniversario, así como la indulgencia plenaria cotidiana perpétua para la casa Madre de Montevideo; sino además dedicándos este libro que he denominado: HUERTO DE MARÍA, porque en él encontrareis las enseñanzas y consejos que os harán dignas de su Instituto. (1)

Tengo además otro título que invocar como Hortelano; en efecto, mis Hermanas de América me han manifestado mucho agradecimiento porque me empuñé y conseguí traerles la visita de la Rvma. Madre General. Al hacerlo así fué porque creí que de ella resultaría mucho bien para esta por-

al Señor, á la Santísima Virgen y á nuestro Excmo. Hermano.

Bien puede imaginarse, Excelencia lo que no podemos expresar, esto es, la consolación, la alegría que produjo en toda la comunidad la gracia conseguida, y puede también hacerse intérprete de los vivos sentimientos de gratitud de cada una de las Hermanas hácia su Insigne Bienhechor é Ilmo. Hermano por habernos conseguido la gracia implorada respecto á la Misa de N. Señora del Huerto... » (5 de Agosto 1889.)

(1) Este libro, en verdad, no es más que una recopilación de los distintos memoriales que anteriormente os he dirigido, pero notablemente modificados, y con la ventaja de formar un solo volúmen. No incluyo la *Exposición mística del Cantar de los Cantares*, porque es exclusivo para las Hermanas que habitan el Santuario de Palestina.

ción muy principal del Instituto, que por cierto merecía el honor y el provecho espiritual de una visita canónica de su Superiora General, cuya benevolencia agradezco como Hermano del Instituto.

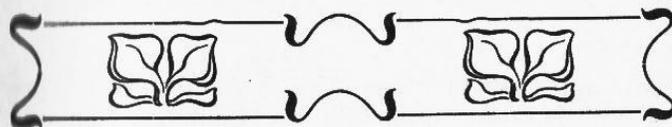
Ahora bien, para secundar los efectos de esa benéfica visita generalicia, he creído que mucho serviría el presente memorial, dirigido especialmente á mis Hermanas de América, porque las de Europa no corren por cuenta de este Hortelano, por mas que las distinga con igual cariño.

Por fin, me asalta una duda: ¿no se dirá acaso que en esta enumeración de cosas y hechos, como títulos de mi devoción á María del Huerto, existe algo de vanagloria? Quizás sea así, porque en todo mete la cola satán; pero no lo puedo remediar, pues declaro muy alto que me glorio de ser devoto hijo de María Santísima del Huerto: y se me perdonará lo uno por lo otro. (1)

Y lo voy á escribir con letras muy grandes para no olvidarlo jamás:

AMO Á MARÍA DEL HUERTO; Y HE ERIGIDO UN MONUMENTO Á ESE AMOR.

(1) Os recomiendo que al leer cada una de las partes de este libro tengáis presente la fecha distinta en que lo escribí; y no extrañéis tampoco encontrar algunas repeticiones, por la misma razón.



Mi devoción á María del Huerto

¿Quereis ahora saber cuándo empezó y cómo se acrecentó en mí? Hé aquí lo que escribía en 1890:

« Hay un nombre que tiene aromas divinos y perfumes de paraíso: *¡María del Huerto-Hortus Conclusus!*

Ese nombre es para mi alma, dulce como la miel; y para mi corazón, un talismán divino que lo atrae con amorosas atracciones. Al oírle pronunciar, me llena de indecible regocijo y de júbilo santo; con solo verlo escrito en un templo ó en un libro, me inspira é inflama como un ideal de perfección y de amor. Si lo invoco, siento dulcísimo consuelo; y cuando lo imploro, experimentó esperanzas inefables.

Si nublan mi alma brumas de la tierra, ese nombre las disipa como por encanto y me ilumina; si temo salvarme, él es áncora de salvación; y si estoy triste con nostalgia del cielo, él me comunica alegrías como de paraíso *¡Hortus conclusus, oh María, emissiones tuae Paradisus!*

Y en puridad de verdad lo digo; ningún cántico sagrado deleita y arroba tan sublime y santa-

mente mi espíritu como el *Hortus conclusus*, en esa estrofa del Cantar de los Cantares, en esa antifona inspirada, escrita por Salomón, dictada por el divino Esposo y cantada como solo en el Huerto de María saben cantarla sus Hijas, con sentimiento é inspiración filiales; pues diríase que son notas de querubenes de un himno entonado en las alturas por coros celestiales.

Y ¡cuánto me place ese cantar del *Hortus conclusus*! Nunca ha llegado á mis oídos sin pasar hasta el corazón, y sin que las fibras de mi alma se estremeciesen con sublimes emociones de amor filial á María del Huerto.

Pues bien; aunque esa atracción encantadora tenía ya para mi corazón el nombre dulcísimo de *María del Huerto*, *Hortus conclusus*, desde que por vez primera le oí pronunciar; la bondadosa Madre quiso aumentarla en una ocasión gratísima y en un momento solemne de mi vida, que jamás olvidaré.

Un día, en (1885) recorriendo peregrino los Lugares Santos de Palestina, encontréme de súbito en presencia del panorama más hermoso de la Judea. Los jardines de Salomón en el Oasis de Etham.

¡Contemplaba un Eden de exuberante hermosura á orillas de un páramo desierto con profética desolación!

Y estando absorto en esa visión paradisiaca, el guía árabe de aquella excursión, dijo: « Aquel pensil florido que allí se vé, es el *Huerto cerrado*, el *Hortus conclusus*; y aquellas cristalinas aguas que le riegan y fertilizan, son de la *Fuente sellada*, del *Fons signatus*. »

Al oír esas palabras, así.... de improvisó, en aquel lugar... en presencia de aquel mismo *Huerto* y de aquella *Fuente*, que constituyeron el encanto y las delicias del gran Rey que hacía tres mil años, las había celebrado como imágenes y fi-

guras de María en lo que constituyen de la Virgen Madre toda su divinal grandeza, ah!... entonces mi espíritu se estremeció conmovido en el paroxismo de un gozo soberanamente celestial. *¡Se exaltó mi espíritu: exultavit spiritus meus!*

Palabras que son intraducibles, porque jamás podré describir la impresión sublime que en aquel momento dichoso se apoderó de todo mi ser. Parecíame oír en notas angélicas el cantar divino: *Hortus conclusus, ¡Oh! María, Hortus conclusus, Fons signatus; emissiones tuæ paradisus!* Mientras que como en vaporosa y perfumada nube se presentaba envuelta la imágen de María del Huerto, embalsamando el ambiente de aquel Eden terrenal, en cuyas flores la Virgen dejará al pasar, estampada su bella y celestial figura.

¿Cómo, pues, el olvido podrá jamás borrar en mí el recuerdo de ese día venturoso? Y aunque hoy me encuentro á tantos millares de leguas, permanece imborrable en mi imaginación el paisaje encantador del *Hortus conclusus*, porque está fotografiado en mi cerebro, como un mapa indeleble y un diorama imborrable.

Este recuerdo querido me acompañará hasta el sepulcro, junto con mi amor á María del Huerto: y feliz yo, si, al dar el último suspiro, la postrera invocación de mi alma sea aquí en la tierra « *Hortus conclusus, ora pro nobis — María del Huerto ruega por nosotros* (1).

* * *

Tócame ahora exponer el origen de ese proyecto que paseándome por la acrópolis de Etham,

(1) Por este afecto filial he concedido una indulgencia perpétua de 100 días por esta invocación á María del Huerto.

concebí para honrar á María. Y bien, me decía, en medio de aquel delicioso paraíso de la Virgen; desde treinta siglos María ha sido figurada en la Biblia con el hermoso distintivo de *Hortus conclusus*; es por tanto el más clásico, el más antiguo, el más bíblico de sus títulos, imágenes y figuras; pero hé aquí que solo en la plenitud de los tiempos ha querido ser venerada bajo ese título con culto público y solemne. Esta gloria cupo á la pintoresca Chiavari, que es como la manifestación del Nuevo Testamento respecto de María del Huerto. ¡Bendito sea el Santuario de la dichosa Chiavari, y eterna sea su gloria!

Pero al considerar que allá en Palestina, en el *Hortus conclusus*, exceptuado por Dios en medio de la más completa desolación, como oasis del mundo, por ser el título y la figura virginal de su inmaculada hermosura, no existía Santuario alguno que en aquel clásico Huerto representase el culto á *María del Huerto*, que había tenido la santa alegría de venerar en Chiavari, inflamado en su amor, dije á la Madre adorada:

« Hijas tienes en mi patria que tu nombre llevan y de llevarlo se glorian; yo les diré, asumiendo el grato oficio de Hortelano tuyo, que la gloria de tu nombre exige y reclama fundar en este *Huerto original*, un monumento sagrado. »

¡No saben los hombres lo que es hacer una promesa á María!... Esa promesa permaneció clamando en la conciencia como el amor filial en un hijo bien nacido. Yo padecí tormentos antes de darle á luz; me objetaban lo difícil de su realización, como si para honrar á María, á la Madre de Dios y de los hombres, pudiese ser imposible al amor filial empresa alguna!

Gracias á Dios, la promesa á María del Huerto de su Santuario en Tierra Santa, es ya un ideal acariciado por todos sus devotos y amantes hijos.

Por la gloria de tu nombre, Madre querida, haz que esa inspiración del amor filial se convierta en una realidad monumental! *Non nobis, Domina, sed nomini tuo dat gloriam*; no te lo pido para gloria de mi Episcopado, pues, tu bien sabes que concebí ese proyecto cuando acariciaba la idea, de acabar mis días en un convento de Tierra Santa.

¡Qué consuelo, pues, y qué gloria para los hijos amantes de *María del Huerto*, contribuir con su humilde óbolo á la glorificación de esa queridísima Madre, erigiéndole un monumento sagrado en el lugar que, por un prodigio de la omnipotencia divina, en medio de la aridez y desolación profetizadas para Judá, se ha conservado intacto en su hermosura, como María en su concepción inmaculada entre los descendientes de Adán, víctimas del pecado original.— No se concibe de otra manera porqué el Señor, al convertir en páramo desierto toda la Judea en castigo de su deicidio, ha exceptuado el *Hortus conclusus*, á no ser, porque era figura de su Madre, inmaculada entre todas las criaturas.

María es un *Huerto* que el Todopoderoso ha cerrado, á fin de que en él no entrase la culpa original.

¡Sólo él entró, para germinar como flor inmaculada, de ese tronco y seno purísimos!

Así pues, el honor del Hijo de la inmaculada, hará que ese Santuario erigido á la gloria de la Virgen Madre sea una realidad; y en su frontispicio tendrá escrito con letras de oro: ¡*Hortus Conclusus*!

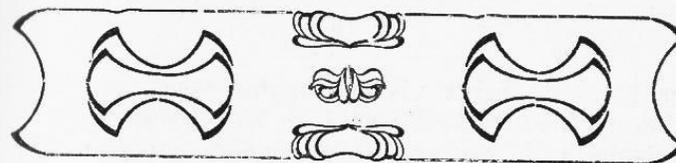
Sí; mi amor á María del Huerto es tan grande como un templo; y si no tengo las riquezas (que si las tuviese, las daría) necesarias para erigirle ese monumento de amor y gratitud, María se cuidaría de realizarlo, porque sabe que es inspiración

de un amor hacia ella purísimo. Ella tocará el corazón de todos los que sinceramente la aman. Para las repúblicas del Plata, honradas con los beneficios de su Instituto, es caso de honor y un deber sagrado de cristiana gratitud. Esa gratitud inspiró mi corazón agradecido ¿porqué no inspirará á los demás, que de esos beneficios participan? Para las Repúblicas del Plata el Instituto de María del Huerto ha sido su primer bienhechor, sus Hijas fueron las primeras heroínas que para servirnos en obras de beneficencia pública, tuvieron el coraje de trasladarse á nuestras playas, cuando en Europa pesaba sobre nosotros el descrédito de la inhospitalidad.

¿Cómo podríamos dejar impagos tantos beneficios?

Y hé aquí porque siento simpatías por todo lo que dice relación á la gloria de su benéfico Instituto: María del Huerto nos enviaba sus Hijas, casi recién nacidas, en el campo de la beneficencia católica. ¿Cómo, pues, olvidar este beneficio y este privilegio? Yo, que lo sé y lo comprendo, lamento en el alma todo síntoma de ingratitud hácia María del Huerto, y me avergonzaría el día que comprendiese que no sabíamos corresponder á los inmensos beneficios que nos dispensa la Augusta Señora por medio de su querido y benéfico Instituto, que á pesar de haber nacido en Italia, ha querido la divina Madre que fuesen mayores sus servicios para las Repúblicas del Plata. (1)

(1) Ya veis que en profetizar esta gratitud estuve acertado; pues hoy es una realidad el Santuario.



Memorial

A LAS HIJAS DE MARIA DEL HUERTO

JULIO 2 DE 1894

I

Un memorial de lo que debe ser vuestra vida religiosa en el Huerto de María, es lo que voy á dedicaros, aprovechando el día solemne de vuestra excelsa Madre; y lo hago en prenda del aprecio que tengo á vuestro Instituto.

La ocasión determinante es algo que me pasara allá en el *Hortus Conclusus* en mi último viaje á Palestina: allí al contemplar aquel Huerto de María, pensé en lo que debía de constituir el ideal de sus Hijas; y es lo que voy á declararos.

Será, por tanto, un *Memorial* común para vosotras y para mí. Para vosotras un consejo; para mí un grato recuerdo.

Pienso á veces, que las Hermanas, Hijas de María del Huerto me han de envidiar mucho, aunque con santa envidia, la suerte y el consuelo

crístico de haber visitado tantas veces en Palestina el *Hortus Conclusus*, y de haberles revelado la existencia de ese paraíso clásico de su gran Madre y Protectora, María del Huerto.

Y ¿cómo nó, cuando yo me he sentido inundado de inefable alegría al respirar aquel ambiente perfumado con las fragancias de María; y he experimentado arrobamientos, al pasearme por aquel Edén delicioso, dó el dulcísimo nombre de la Virgen Madre percíbese en el perfume de las más gayas flores: *quasi myrra speciosa in campis?*... ¡Qué deliquios no experimentarían ellas que son sus Hijas, Hijas de María del Huerto!...

Por eso al recorrer aquel ameno vergel, en cuyas flores y plantas dejaron su rastro las manos de Salomón, pensaba allá en mis adentros, y de efame á mí mismo: «¡Qué consuelo y qué alegría santa, qué satisfacción filial, no experimentarían las Hijas de María del Huerto, si la divina Madre les concediese la gracia de venerar y contemplar un solo día este Huerto sagrado, lugar clásico de sus santas afecciones; y lograsen poseer aquí un Santuario, en donde pudiesen entonar con filial encanto, aquel delicioso himno, lema de su Instituto, que copiaran del *Cantar de los Cantares*, para repetirlo con eterno amor en alabanza de María del Huerto; y que aquí ha quedado resonando con éco eterno desde que por vez primera lo entonara el gran Rey al pasearse cobijado bajo estas sombras embalsamadas y estas enuncunciones de paraíso!»... Esto me decía, porque sé que tienen esta santa emulación, que es muy legítima. Por eso he rogado á la bondadosa Madre les conceda la gran satisfacción de ver allí erigido en día no lejano un Monumento sagrado á María del Huerto para gloria común de la Madre amantísima, de sus Hijas predilectas y del Instituto.

Si; ellas lo verán y yo también. Tengo este

presentimiento grabado en lo más profundo de mi corazón!... (1) Ya son por de pronto poseedoras de aquel Huerto sagrado. (2)

Yo tuve el consuelo de comprarlo para ellas en nombre de la gratitud de uruguayos y argentinos. Allí se erigirá el Santuario de Nuestra Señora del Huerto, en el paraíso de Palestina, en el *Hortus Conclusus* de la Biblia, en donde había sido prefigura María del Huerto; aunque *el culto* de María bajo tan hermosa invocación empezó en la dichosa Chiavari.

Pero ¿qué dirá Chiavari ante este otro monumento de María del Huerto? Que será como la figura ante el original, que está en Palestina.

Chiavari; *Valle hermoso!* eso significa el nombre de la pintoresca ciudad del Genovesado, do naciera el Instituto de María del Huerto; y no es más que un éco y trasunto del *Ued-Orthas*, ese otro *Valle del Huerto*, según el significado árabe; el *Huerto* por excelencia, el Huerto cerrado de Salomón, que colocó el Señor en Judá para simbolizar la virginidad fecunda de su Santísima Madre, y ser imágen y figura bíblica de María.

Chiavari, pues, es el *Hortus Conclusus* del Nuevo Testamento, el *Orthas* de Italia, puesto que María ha querido unir ambos en sus destinos.

Por eso desde su origen, en el Santuario de Chiavari está escrito como lema simbólico «*Hortus conclusus*;» y para significar que en la venerada imagen de Chiavari se honra á la Virgen Madre, figurada en el Paraíso de Salomón, sus Hijas le han entonado en todo tiempo la antifona del gran Rey, de cuya progenie nació María: *Hortus Conclusus, oh María, Hortus conclusus, fons signatus; emissiones tuae paradysus.*

(1) Este presentimiento se realizó inaugurando el Santuario en 1901, como homenaje á Cristo Redentor.

(2) Fué comprado en 1893.

Chiavari por tanto, ha tenido el privilegio de inaugurar el culto de María bajo el título de *Huerto*, figurado en *Hortus Conclusus*.

II

Paso ahora á narrar una especie de visión que tuve en Palestina, porque dice relación con las Hijas de María del Huerto; pues allí no pensaba más que en el querido Instituto.

Era en mi tercer viaje á Tierra Santa, y en uno de los días que había ido desde Jerusalem al *Hortus conclusus*; pues fui varias veces con el fin de escoger acertadamente el lugar más á propósito para erigir el proyectado Santuario monumental á Nuestra Señora del Huerto. Ese día fué el último, y lo había consagrado á festejar con todas las personas que me habían ayudado á conseguir mi intento, la adquisición del terreno, pasando el día en un alegre *vivac* en aquel ameno jardín de María. ¡Si vierais como me regocijé en María del Huerto! Entonces pude exclamar, al contemplarme á la sombra de aquel delicioso Eden: « *Sub umbra illius, quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.* » « Me he sentado por fin, bajo la sombra del deseado Huerto, y su fruto es delicioso á mi paladar. »

Así, pues, terminado un frugal almuerzo al uso del país, nos tendimos para descansar un momento sobre la verde yerba á la sombra deliciosa de aquella exuberante vegetación, cabe la corriente de las cristalinas aguas que riegan el hermoso vergel. ¡Cómo se gozaba y se deleitaba mi imaginación haciendo revivir en mi mente y en mi corazón tantos recuerdos bíblicos! La alegría y el contento rebozaban en mi alma al solo recordar y decirme: « ¡Estoy en el Huerto de María! » Parecíame ver evocado de su real tumba al magnífico Sa'omón,

recreándose con su blanco manto, á la sombra de aquellos hermosos árboles y graciosa flora de Oriente, y pararse á contemplar su propia imagen en los purísimos espejos de las aguas que corren sin cesar por entre plantas y flores. Así, ya entre sueños, como efecto sin duda de mi excitada imaginación por tan hermosos recuerdos, soñé encantadoras visiones como los delicados perfumes de aquel embalsamado jardín. Una sola voy á narrar entre las múltiples que asaltaron mi mente; muy espontánea, por cierto, dada la naturaleza del lugar, el objeto de mi peregrinación y el deseo de honrar el Instituto de María del Huerto.

Llamaré á este ensueño silueta mística, que después explicaré para provecho espiritual de las Hijas de María.

« Parecíame ver en el huerto delicioso, completamente cerrado y aislado del mundo, recorriendo su recinto sagrado una multitud de vírgenes que seguían encantadas á la Virgen Madre, deleitándose por el florido jardín en procesión festiva y augusta. Recogían al paso las mas hermosas y fragantes flores, entregándolas cada cual á María con emulación filial; mientras María iba tejiendo con ellas bellísimas guirnaldas que, á manera de diadema, colocaba en las sienes de las vírgenes que seguían acompañándola por doquiera con alegres y armoniosos cánticos, como de ángeles.

Y mientras en esa contemplación estaba, parecióme oír una voz que decía: « Esas vírgenes que María corona complacida y bondadosa con las flores de su divino Huerto, son las Religiosas del Instituto, que se honra, único entre todos, con el nombre de María del Huerto. Es en el mundo el Huerto de María ».

Desperté y desapareció la visión; pero me puse á interpretar su significación mística para declararla á sus Hijas, pues contiene una hermosa lección.

Y valga lo que valiere, paréceme interpretar en ella la imagen de la vida y de la vocación religiosa de las Hijas de María del Huerto; esto es, el ideal de su Instituto, que consiste en vivir apacentadas y guiadas por María en su divinal Huerto.

Quiero, pues, explicaros esta significación mística, muy hermosa y santa, que en vosotras es una realidad viviente, y debe serlo todos los días de vuestra vida. Y en verdad; si siempre os consideraseis como esas santas vírgenes, esposas del divino Esposo, que María conduce, al decir de la Sagrada Escritura, *adducentur Regi virgines post eam* ¿no seríais siempre dignas de vivir acariciadas por la tierna Madre en su Huerto delicioso y santo? ¿No miraríais perpetuamente en María vuestra propia imagen y modelo? ¿No procurarais ser siempre dignas de habitar en el Huerto florido de María, cuyas flores son frutos de honor y santidad, como ella misma os dice?

III

Con el fin, pues, de que las Hijas de María del Huerto comprendan la obligación que tienen de corresponder á su santa vocación, voy á hacer una especie de paráfrasis del lema sagrado de su Instituto: « *Hortus conclusus, oh María, hortus conclusus, fons signatus; emissiones tuæ, paradysus.* » Y así completaré la explicación prometida.

¿Cómo y por qué María es designada por Salomón en el Cantar de los Cantares bajo la bella imagen de *Huerto cerrado, Hortus conclusus*?

María es Huerto cerrado, dice Proclo, Patriarca de Constantinopla, porque es « el paraíso virginal enteramente cerrado al pecado, en el cual debía de ser formado el nuevo Adán, Jesucristo ».

Y en verdad, cuando el Verbo divino, para redimir al hombre y enseñarnos todas las virtudes,

determinó encarnarse y hacerse hombre, fué entonces que Dios formó ese Jardín, ese Paraíso, ese Huerto, de que habla Salomón en la Escritura. (Cant. IV. 12).

Pues bien; este Huerto era María; y en él plantó Dios la virginidad en forma de azucena, la humildad en forma de violeta; el pudor en forma de sensitiva; la santa vigilancia en forma de siempreviva; la abnegación en forma de nardo; el santo fervor en forma de rosa; el amor en forma de jazmin, y el resto de las gracias y virtudes en forma de las más bellas flores de la creación. Por eso dice la divina Madre que ella es Huerto, porque contiene todas las virtudes, que son esas flores divinas plantadas por el divino Hortelano.

Hé aquí porque San Gerónimo enseña: « En el cantar de los cantares se dice de la Virgen: « *Huerto cerrado, Fuente sellada y tus aromas de paraíso*; porque es verdadero Huerto de delicias en el que han sido plantados por Dios todos los géneros de flores y aromas de las virtudes; y es cerrado, porque no puede ser violado ni corrompido por ningún fraude de asechanzas; fuente por tanto sellada con el sello de toda la Trinidad. »

¿Quereis ahora saber el significado místico de las flores del Huerto de María?

El eximio poeta español, Pbro. Jacinto Verdaguer ha compuesto, como el último Canto del Cisne, el hermoso libro *Flores de María*, que contiene poesías que son un prodigio de mística inspiración, delicadísimas y de una dulcedumbre comparable sólo á la de San Juan de la Cruz. No pudiendo trasladar las poesías, solo tomaremos algo del prólogo titulado *Flora Mariana*.

Y no os parezca que os distraigo con estas narraciones poéticas, porque la poesía mística, no distrae sino que eleva el alma recreándola dulcemente.

Y ¡qué hermosa es la poesía de las flores recogidas en el Huerto de María y esparcidas en los pensiles de la creación!

Las flores aman á la Madre de Aquel que las ha criado. Mil años antes de nacer, ya se le consagraban fervorosamente las más hermosas de la Palestina. ¿Quién conocería la *Rosa de Sarón*, su hermana la *Rosa de Gericó*, el *Nardo* y la *Flor del campo*, si no fuesen cual son simbólicos símiles de María?

Salomón las recogió en sus maravillosos vergeles cerrados, *Hortus conclusus*, que fueron á su vez imagen de la Virgen, guardándoselas siempre frescas y fragantes en el ánfora de oro de sus parábolas y cánticos.

Las flores de nuestra tierra son más humildes, y no se atreverían ciertamente á compararse jamás con las de la Tierra Santa, que tuvieron la dicha envidiable de besar los piés de la gentil María cuando iba de Nazaret á Bethlem y de Bethlem al Calvario, como si digéramos, del collado del Incienso á la montaña de la Mirra. Pero también la quieren y le hacen ofrenda de sus perfumes exquisitos, y se honran con sus gloriosos recuerdos y hasta algunas con su nombre, que ostentan ufanas por doquier como su mejor corona.

IV

Escojamos una de estas flores, la *Mano de María*, así llamada porque son cinco en rama. Pero en esta flor, como en todas, el sentido místico es sublime. El que atraído por vuestra mirada no os olvide, ¡oh santísima, oh dulcísima Madre! será guiado por vuestras manos, que son de oro, según el sagrado cántico, y hechas al torno y llenas de jazmines; por vuestras manos que

guiaron al Niño Jesús en sus primeros pasos: que jugaron á *mano manitas* con las de Aquel que guía los astros por los caminos del firmamento, y sostiene en su palma el globo imponderable de la tierra.

¡Oh mano de María! mano guiadora de los pobres pecadores; mano que encierra un remedio para cuántos males nos afligen; mano de madre amorosa, mano tierna, mano dulce, mano adorable; levántame si me caigo, sáname si me enfermo, encámname si me desvíó; ilumina mi entendimiento, guía mi corazón y hasta mi pluma, siempre anhelosa de escribir un nombre, el tuyo dulcísimo, y una alabanza á tu divino amor.

Fácil nos sería preguntar á cada una de las flores, lo que sienten por María, pero sería vana tarea, pues harto sabemos que todas la aman con piedad igual, porque todas las flores son marianas: por la Virgen bendita todo el año es primavera; las violetas de su humildad siempre despiden igual fragancia; el lirio de gracia, que le muestra el Arcángel, siempre resplandece, las rosas de su amor eternamente abrasan.

Los vientos otoñales no tronchan ni una sola de las flores exquisitas de sus virtudes; para su hermosura divina no hay otoño ni invierno; el tiempo que todo lo destruye y borra, á Ella la embellece; los años que todo lo marchitan, la dejan siempre joven y agraciada. Los siglos se la muestran unos á otros y deslumbrados repiten: ¡qué hermosa es María!

Los doce meses del año la rodean acariciadores, derramando cada uno raudales de joyeles, y entonándole hermosos cantos; uno sin embargo, lleva ventaja á sus hermanos y ninguno se atreve á disputarle el emblemático, el poético dictado de *Mes de María*.

Y cuando llega, decimos: despertad hermosas

flores, hijas muy amadas del cielo. Levantaos al despuntar el alba, secad vuestras lágrimas de nostalgia y de amor al Altísimo, y venid á consolaros en el altar de su dulcísima Madre María. Ella es vuestra Reina, Ella es vuestra jardinera, Ella la que os ha hecho nacer al calor de una sonrisa de su Hijo Divino.

Si sois tan gentiles es que sois el emblema de sus virtudes, y el símbolo de su belleza; si sois tan hermosas, es que obra sois de sus divinas manos. Si sois tan ricas, es que ella os engalana con las perlas de la lluvia, con los diamantes del rocío, con los resplandores del sol, y con la luz misteriosa de los astros; de ahí que seais vosotras sus joyas predilectas, su gala preferida, el complemento escogido de sus altares. Si amanecéis con el alba tan endormigadas, que ni Salomón en el apogeo de su gloria llevaba vuestras vestiduras, es porque sois las mensajeras y las compañeras de María.

En vuestra frente de niño, leo yo su nombre suavísimo; en vuestros ojos virginales me parece adivinar algo de su dulce mirada; en vuestros labios veo florecer su sonrisa, que es la alegría de los santos, y en vuestro corazón siento un rayo de su perfume y una gotita de miel de amor.

Hermosas flores, tiernas hijas de la Virgen, pues que tanto os quiere, llegad agradecidas á su real presencia, subid á su altar, uníos en hermosos ramos á sus piés, tendeos en vistosas guirnaldas á su alrededor, derramad allí la urna de vuestros perfumes, incesadla, bendecidla y alabadla, por haberos hecho tan bellas, tan suaves y perfumadas.

Cuán dichosas sois, oh flores, juguetes de los Angeles, alegría de la tierra, promesa del cielo, recuerdo del Paraíso perdido, prenda del Paraíso que nos espera, símbolo é imagen del alma pura, cuán dichosas sois y felices! Quién pudiera como

vosotras vivir de amor á María! quién como vosotras pudiese morir á sus plantas para seguir después vuestros perfumes suaves hácia la altura de su trono celestial.

* * *

Ahora bien, ¿porqué sois y os llamáis Hijas de María del Huerto? Porque, como las flores, debéis vivir de amor á María. Porque la bondadosa Madre os ha recogido en su divino Huerto, y os apacienta en su Jardín ameno y santo, perfumado con todos los aromas y fragancias de las más deliciosas flores, que son las virtudes plantadas en él por el divino Verbo.

Formadas, por tanto, en el Huerto de María ¿no es verdad que vuestra vida debe ser un perfume de santidad?

Sí; un *perfume de santidad* deben ser las Hijas de María. Castas como María, humildes como María, abnegadas como María, amantes de la pobreza como María, obedientes como María, y como ella llenas de amor divino, complacientes y generosas con sus hermanas, y tan amantes de la perfección, que en todos los actos de vuestra vida os pongáis como modelo á la que es dechado de perfección. Una Hija de María, en fin, debe ser una imagen, una fotografía viviente de María; debe ser otra María.

Así, pues, si deseáis ser dignas Hijas de tal Madre ¿no debéis procurar con ardoroso empeño y con amor filial que esas flores divinas germinen en vuestro corazón y embellezcan vuestra alma de tal manera, que todas vuestras acciones despidan olor de santidad y un aroma virginal, para imitar de este modo á vuestra excelsa Madre, quien de sí misma ha dicho: *sicut cinammonum et balsamum aromatizans odorem dedi*: como el cinamomo

y el bálsamo aromáticos se exala de mí la fragancia ».

Haced, pues, que por el aroma y buen olor de vuestras virtudes se conozca que os apacentáis en el divino Huerto de María; á la manera que un objeto que permanece por mucho tiempo en un ambiente embalsamado, despide perfumes del mismo aroma.

Hijas de María: cultivad cada día una flor... cada año una virtud... y el ramillete místico que así podréis ofrecer á la divina Madre, como obsequio del sacrificio de vuestra vida, pasada en el Huerto sagrado de vuestro Instituto, será muy grato á la Virgen Madre. De ella se dice: «Tus aromas y perfumes son como emanaciones de paraíso: *emissiones tuæ, paradysus.*»

Así sus Hijas, si han de ser hijas de tal Madre.

V

« *Hortus Conclusus, sponsa mea.* Huerto cerrado eres, esposa mía »: (Cant. IV, 13); esto dice el divino Esposo á sus vírgenes esposas.

Pues bien; digna de esta amorosa declaración del Esposo de los Cantares, debe procurar hacerse cada Hija de María del Huerto.

¿No sois y os honráis con el nombre de esposas de Jesucristo, por lo mismo que sois Hijas de María? Pues así como ella es *Huerto cerrado* por contener todas las flores de las virtudes celestiales, sin ser ajadas por el ambiente impuro del mundo; del mismo modo cada una de sus Hijas debe esforzarse por merecer que el divino Esposo pueda llamarla *huerto cerrado* por las virtudes y gracias que adornen y embellezcan su alma.

Considerad, pues, que á cada una de vosotras, dice Jesucristo, esposo de vuestras almas: *Huerto cerrado eres, esposa mía. Hortus conclusus, sponsa*

mea! Y entonces ¿cuán grande cuidado y empeño no debéis poner en ser realmente como María un delicioso *Huerto* de virtudes, pero al mismo tiempo *cerrado*, en el cual solo tenga entrada Jesucristo, por esa unión sagrada del amor divino, que os hace decir: *Dilectus meus mihi et ego illi*: mi Amado para mí y yo para él?

De Jesús por María, y de nadie más, debe ser una Hija de María del Huerto.

Pero quiero hacerlos un conjuro santo.

El Ceremonial de vuestra profesión religiosa ¿no debe recordaros perpetuamente el pacto sagrado y el compromiso sublime de vuestro desposorio con el divino Esposo? Hé aquí por que os lo quiero recordar.

En aquel día, antes de llegar el momento solemne de vuestra profesión, os dijo el Ministro del Señor: *Levantaos, Hijas, y adornad vuestras lámparas: hé aquí que viene el esposo; salid á su encuentro. Surgite, Filiae, et ornate lampades vestras: ecce sponsus venit, exite obviam ei.*»

Y vosotras habeis respondido:

« *Hé aquí que vengo á ti, dulcísimo Señor, á quien amé, á quien busqué y á quien siempre he deseado: recíbeme, pues, según tu palabra, y viviré; y no permitas sea confundida en mi expectación. Ecce venio ad te, dulcissime Domine, quem amavi, quem quæsi, quem semper optavi: suscipe igitur me, secundum eloquium tuum, et vivam: et non confundas me ab expectatione mea.*»

Y después de haber repetido *tres veces*, para grabarla en el fondo del corazón, esta hermosa y formal declaración al dulcísimo Esposo, el Ministro de Dios os dijo:

Venid, esposas de Cristo, recibid la deseada corona, que el Señor os ha preparado hasta la eternidad. Venite, sponsæ Christi, accipite coronam desideratam, quam vobis Dominus preparavit in æternum. »

Y cada una de vosotras respondió: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*; que son las palabras con que María respondió al ángel mensajero del Señor al ser hecha Esposa del Espíritu Santo.

Declarado así vuestro consentimiento en aceptar la dignidad de esposas de Jesucristo, hicistéis la profesión de los votos del Instituto de María del Huerto; y recibido el velo negro en señal de que os habiáis entregado á Jesucristo en verdad, humildad y con todo el afecto de vuestro corazón, como esposas suyas: « *Christo veraciter, humiliter-que toto cordis affectu SPONSAM perpetuo subdidisse* »; habéis declarado vosotras mismas:

« *Púsome el Señor una señal sobre la frente á fin de que no admita más amante que él: Posuit signum in faciem meam, ut nullum praeter eum, amatorem admittam* ». ¡Qué honor! Llevais en la frente la señal de las esposas de Jesucristo.

Entonces, después de fervorosas preeces, el Ministro del Señor os impuso la corona nupcial de vuestro desposorio con Jesucristo: « *Que el Señor te adorne como á esposa con la corona; Quasi sponam decoret te corona Dominus* ». Quedasteis como reinas y esposas coronadas del Rey de Virgenes.

Y después de haber bendecido vosotras al Señor por tan insigne gracia y favor, el mismo Ministro de Jesucristo os advirtió formalmente:

« *Ved, Hijas, y considerad, cual sea el esposo á quien habéis jurado fidelidad: gozaos y alegraos en él, pues no se ha desdeñado en llamaros á sus nupcias. Videte, Filiae, et considerate, qualis sit sponsus, cui fidem jurastis: gaudete et exultate in eo, qui vos non dedignatus est ad suas nuptias evocare* ».

Y cada una de vosotras respondió con santa alegría:

« *Me he desposado con Aquel á quien sirren los Angeles y cuya hermosura admirau el sol y la luna; á él solo me he consagrado y á él me entrego con todo mi amor. Ipsi sunt desponsata, cui Angeli serviunt, cuius pulchritudinem Sol et Luna mirantur: ipsi soli servo fidem, ipsi me tota devotione committo* ». ¡Qué hermosos promesas! ¡Qué sublime consagración! ¿Podreis olvidarla jamás, Esposas de Jesucristo?

El Ministro del Señor consagró entonces vuestra unión con el divino esposo por esta hermosa deprecación, que yo reitero aquí para que el Señor os conserve santas, humildes y gloriosas en el Huerto de su divina Madre: « *Levántate, Señor Jesucristo, en el día de tus desposorios, y recibe á tus siervas, desde tiempo á tí consagradas en espíritu, y ahora también por la profesión. Llénalas con el conocimiento de tu santa voluntad: tómalas á tu cargo desde ahora para su salvación, para la santificación de su alma y la fidelidad en verdad, á fin de que te digan estas tus siervas: Tomaste mi diestra, y me guiaste según tu voluntad y me recibiste en gloria. Abre tu mano y llena sus almas de bendición, sálvalas, pues esperan en Tí, y sean para tí vasos santificados en honor, útiles para toda obra buena, por tu eternal Cruz y por la venerable gloria de la Trinidad, á quien es debida la gloria y el honor ahora, y por siempre jamás. Por todos los siglos de los siglos. Amén* ».

¡Ah! yo os aconsejo que recordéis de cuando en cuando estas hermosas y felices promesas al Esposo Jesús hechas en el día de vuestra profesión; porque os servirá para renovar en vosotras aquel fervor dulcísimo con que celebrasteis vuestros desposorios con Jesucristo. Son tan hermosas esas palabras, que deben derretir vuestro corazón en amor al Señor, y levantaros de cualquier

caída y flaqueza, y procurar corresponder á la dignidad de esposas de Jesús.

Así, pues, no lo olvidéis jamás; *os puso el Señor sobre vuestra frente una señal á fin de que no admitáis mas esposo que él.*

Esa señal os hace sagradas y venerables, ante los hombres y los ángeles. Pero temblad de espanto y vergüenza, si no correspondéis á ese honor y á esa gloria, procurando ser dignas esposas del Cordero immaculado, siguiéndole por doquiera y en todas partes, bajo el amparo, protección é imitación de María.

¡Si supierais y apreciarais el don que Dios os ha hecho: *Si scires domum Dei!*...

Nárrase en la vida de un santo, que siempre que se encontraba al paso con una mujer, cedíale el lugar preferente. Preguntáronle la razón, y contestó: « en cada mujer cristiana venero á María ».

Pues bien, Hijas de María del Huerto, que sea tal vuestra vida y tales vuestras virtudes, que los hombres y los ángeles puedan decir en realidad de verdad, y no por simple cortesía, que en cada una de vosotras ven á María del Huerto; de manera que con vuestra conducta y virtudes pregoneis siempre el amor á esa divina Madre.

Pensad siempre que, por ser Hijas de María del Huerto, debéis agradarla en todo y en todas las cosas. ¡Qué santas seriais entonces!... Invocadla en todos los instantes; recurrid á ella en todas vuestras necesidades y pedidle la gracia de imitarla siempre, porque ella es vida dulzura y esperanza de sus Hijas predilectas.

Pensad que vivis con ella en su divino Huerto; y así por ella os santificareis; por ella se convertirá en dulzura el sacrificio de vuestra vida, que de vuestra vida también será ella dulceísima esperanza.

¡Qué dulce es vivir en el Huerto de María, es-

to es, en su santo Instituto! Ella es la que os cuida y apacienta entre las flores más fragantes de su delicioso Eden. Y si á veces el Señor os probare con arideces y contradicciones, ¿no sabéis que María convierte en suavidad y dulzura las amarguras de la vida? Teresa de Jesús no se creía digna del divino esposo, si no sufría y padecía por él; y gozaba en sufrir y padecer. Así vosotras.

Pero esto me lleva á deciros algo más del ideal de la perfección religiosa de las Hijas de María del Huerto.

V

Guiadas por la santa vocación habéis seguido á María. Habéis llamado á las puertas de su Instituto y ella os ha introducido en su Huerto divino, donde pacen las vírgenes que siguen en coro al divino Esposo. ¡Cuántas gracias no debéis dar á la Madre del amor hermoso, que os ha colocado en el tálamo nupcial de su divino Hijo! Sois, pues, esposas de Jesucristo: él ha aceptado vuestros desposorios y os ha elevado á tan alta dignidad, para que á manera de ángeles vivais sobre la tierra, hasta que plazca al Amado introducirnos en el eterno tabernáculo de la celestial Sión.

Ahora bien, las hijas de los hombres cuando celebran sus bodas mundanales ponen todo su cuidado en cómo han de agradar al consorte, que compartirá sus alegrías y dolores de este mundo. Mas vosotras, que habéis merecido tan sublime desposorio con el Cordero immaculado; ¿cómo no habéis también de pensar en cómo deberéis agradar al que es vuestro Amado y vuestro Esposo, Jesucristo?

Por la profesión habéis quedado consagradas

Hermanas de Caridad, Hijas de María del Huerto; esta es vuestra librea y vuestro honor. Pues bien, vuestro *nombre* lo dice todo; es el ideal de toda vuestra vida y el título de vuestro sagrado desposorio. ¿Cómo agradaréis pues, al Amado bajo la égida maternal de María?

Hermanas de Caridad os llamáis. Luego, y ante todo, debéis vivir unidas como *hermanas*, y amaraos como hermanas las unas á las otras. ¡Qué hermosa es esa unión y armonía entre las Esposas de Jesucristo; así como desdeciría verlas faltar á la caridad con sus propias hermanas, las que son *hermanas de caridad*. Pero si esta es la ley entre vosotras, la divisa de vuestra Institución es la caridad, esto es, *el amor de Dios y el amor del prójimo*: ¡*Hermanas de caridad!*

Habéis escogido en primer lugar por vuestra heredad y porción á vuestro Dios; al amor de Dios os ofrecisteis en holocausto con la renuncia de todo lo que el mundo ama y posee y la carne ambiciona: habéis ofrecido amar á Dios de un modo perfecto, con toda vuestra alma, con todo el corazón y con todas vuestras potencias.

No podiais elegir mejor partido; y el fuego sagrado del amor divino os santificará y os hará dichosas, aunque lleveis la cruz á cuestas.

Pero vosotras haceis también especial promesa de practicar el amor al prójimo por amor de Dios.

Por tanto, aunque por amor de Dios os consagrasteis vírgenes esposas de Jesucristo, sereis como madres; os esperan los asilos maternales, los orfanotrofios, los asilos del dolor y de la miseria, en donde sereis hermanas del pobre, del demente y del enfermo, y os esperan también esos templos donde se forma la juventud en el santo temor de Dios, las escuelas y colegios.

Hé aquí el compendio de vuestra vida para

bien de la humanidad y gloria de la religión, santas y anegadas mujeres! La carne es débil y tiembla ante la perspectiva de tanta abnegación; pero el amor de Dios os dará fuerza, bríos y energía.

Mirad y considerad cual es vuestra situación!

No vayais á creer que vais á caminar por caminos sembrados de flores sin espinas: no; encontraréis tribulaciones, para que sepais seguir al Esposo con su cruz en la abnegación. Pero, eso sí; si llevais la cruz con amor, será ligera y liviana, porque os ayudará á llevarla Jesús. Diré más: él convierte las espinas en flores, en consuelo las tribulaciones, y los padecimientos en alegría. La gloria de vuestro esposo Jesucristo es la cruz: esa debe ser también la vuestra. Sois débiles, es verdad; pero también sabeis que Dios es vuestra fortaleza: *Deus fortitudo mea*; y no temais, porque él da heroismo á los flacos para confundir á los fuertes.

Por tanto, el secreto de vuestra fortaleza y el aliento de vuestra vida está en el más acendrado amor á Dios. Sin él nada podréis, con él todo será fácil. Por tanto, procurad vivir con santo fervor: ser muy fervorosas; de manera que el mejor memorial para vuestra vida religiosa será recordaros las leyes del amor divino, indicadas con feliz laconismo en unos célebres versos, cuya meditación os recomiendo, si deseais progresar en la *perfección*, que es la ley de la vida religiosa.

VI

Así, pues, y desde luego, debe ser grande vuestra constancia en las obras del amor divino, porque si desfallece no es verdadero amor:

Quando el amor ejecuta
Obras de su obligación,
Si flaquea, si descansa,
Si desmaya, no es amor.

¿Cuál será el alivio y el aliento de vuestra flaqueza? La oración; pero fervorosa y tranquila:

Quando el amor está orando
En amorosa atención,
Si se cansa, si se entibia,
Si se inquieta; no es amor.

A veces os asaltará la aridez y sequedad; pero hay que seguir con paciente firmeza, pues

Quando en sequedad padece
Tormentos de una opresión,
Si fluctua, si no es firme,
Si se queja; no es amor.

Suele probar Jesús con su ausencia á los que quiere acrisolar; más no hay que acobardarse ni desistir:

Quando el Amado se ausenta,
Y le deja en afición,
Si se acobarda y se rinde,
Si desiste; no es amor.

Y si en nuestros ruegos no somos pronto aten-

didados, no hay que desesperar, ni rendirse; sino seguir insistiendo:

Quando la piedad divina
Dilata su petición,
Si no cree, si no espera,
Si no insiste; no es amor.

Manda el Señor la consolación despues de las arideces; entonces tampoco debemos engreirnos por ello:

Quando tiene de sí mismo
Oculta satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve; no es amor.

A veces permite el Señor la tribulación del alma en contrariedad y tormento; pero aún entonces la humildad, la afabilidad y la alegría debe imperar en nosotros:

Quando en adversa fortuna,
Y en toda tribulación,
No es humilde no es afable,
No es alegre; no es amor.

Manda Dios las consolaciones, y se arroba el corazón; más no hay que aficionarse, ni llenarse con ellas, porque:

Quando favores recibe
En una y otra porción,
Si los busca, si los quiere,
Si le llenan; no es amor.

Más, cuando se sienten las influencias del amor divino debemos procurar que se incendie el corazón:

Quando siente en el afecto
Una viva inflamación,
Si no enciende, si no arde,
Si no abrasa; no es amor.

Debe hacer más; debe purificar y adornar al alma con la gracia santificante:

Cuando esta llama divina
Arde allá en el corazón,
Si no limpia, si no pule,
Si no adorna, no es amor.

Más, después que nos haya purificado y abrasado, debemos procurar la unión íntima del alma con Dios:

Cuando al Amado contempla
Abrasado en su afición,
Si no enlaza, si no une,
Si no junta; no es amor.

Ved, ahora, en que consiste por fin, el verdadero amor: en trabajar, y sufrir con gozo imitando á Jesucristo, esposo de vuestras almas.

¿Quieres, pues, alma, saber
Si tienes amor á Dios?
Obra y padece conforme,
Que cuanto más, más amor.
Sufre la cruz de tu estado
Con paciencia y con valor,
Resignada, igual, gozosa,
Que cuanto más, más amor.
Sigue con la cruz á Cristo,
Procura su imitación,
Fervorosa, ardiente y fina,
Que cuanto más, más amor.

Subir hasta esa cumbre, aspirar á tan perfecto amor, vencer tantas asperezas y tormentos del espíritu, podrían causar desmayo y hacer naufragar á los tímidos; y sin embargo, ese es el ideal de la perfección religiosa.

¿Qué hacer? No temais: acudid á María; mirad esa estrella, que en la tempestad es símbolo de bonanza. Acudid á María del Huerto, en cuyo

vergel florido os apacentais como esposas de su divino Hijo; y nunca se ha oído decir que desamparase al que con filial confianza á ella acude.

En fin, ¿quereis vivir en paz y armonía entre vosotras; y adelantar en la perfección y virtudes, como corresponde á las esposas de Jesucristo? Procurad vivir con fervor: hacedlo todo por amor, vivid de amor y recibid con amor todas las contrariedades y disgustos. Y vereis ¡cuán dulce y suave es vivir así! Pero sin amor no se puede vivir. Como tampoco se puede vivir en comunidad sin amor al prójimo, sin amar mucho á vuestras hermanas: vuestra vida sería el mayor de los tormentos, dada la diversidad de caracteres en una comunidad, si no sabeis congeniar por amor del Esposo.

¿Y sabeis donde se adquiere ese amor fervoroso, ardiente y fino? En la adoración de la sagrada Eucaristía, en la comunión frecuentes y en las visitas al Santísimo Sacramento. Hé ahí la vida; hé ahí el germen y la fuente del más vivo y encendido amor.

Aprovechad, pues, esa hora de adoración que os manda la Regla, y entregad tan completamente vuestro corazón á Jesús Sacramentado, que podais decir con San Pablo: *Ya no vivo yo en mí, sino que vive en mí Jesucristo*. Así vivireis siempre en la presencia de Dios y en la unión con Dios, que es la vida perfecta, la vida de los santos. Y santas debéis ser como lo es vuestro Esposo, y como lo exige él á sus verdaderas Esposas.

* * *

He terminado el presente memorial; y advierto que lo he querido repartir á cada una de las Hijas de María del Huerto á fin de que, de cuando en cuando, lo lean y mediten. Quizás mucho

os servirá para levantar el espíritu en los desfallecimientos de la flaqueza humana, y también para progresar en la perfección, como conviene á Esposas de Jesucristo.

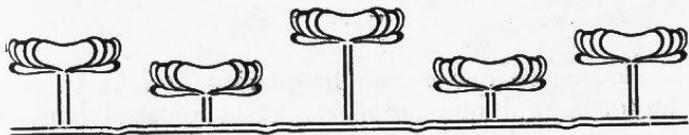
Ahora, al concluir, os declaro que entre las flores del Huerto de María, la mas preferida es la violeta. ¿Sabeis porqué? Hélo aquí: la violeta es símbolo de la humildad, como esta es base de la santidad; perdida la violeta entre las hojas, solo se la apercibe por la fragancia que despidе. Así desearía que fuesen todas las Hijas de María del Huerto, muy humildes, y tanto, que su santidad se percibiese por el buen olor de sus virtudes.

Y ya sabeis lo que viene á ser para vosotras cada una de las Casas de vuestro santo Instituto. Es un Huerto; y vosotras sois las flores.

¿Qué tristeza si no tuviesen fragancia, si no despidiesen el aroma de santidad!

María no os reconocería por Hijas suyas, y el divino Esposo os diría: *Nescio vos*. No os reconozco por Esposas.

Pero eso no sucederá; cada Hija de María debe ser *un perfume de santidad ante Dios y los hombres*. Así sea.



Las Moradas del Cielo en la Tierra

¡Oh, cuán amables, Señor,
son tus moradas!—PSAL, 83.

JULIO 2 DE 1895

Prólogo -- Dedicatoria

Monumento y prenda de perenne gratitud hácia el Instituto de María Santísima del Huerto será este modesto opúsculo, que es también Memorial de vida religiosa.

Y aunque, en verdad, él puede ser útil á todas las personas que profesan el estado religioso, y á las que al mismo aspiran; lo dedico á las Hermanas de Caridad, Hijas de María del Huerto, porque deseo rendirles un tributo de fraternal gratitud, ya que se me ha honrado afiliándome á su Instituto, y recibíendome como Hermano é Hijo de María Santísima del Huerto. (1)

(1) Hé aquí el documento de esa afiliación, que en alto grado aprecio:

«Al Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Montevideo, Doctor Don Mariano Soler. — La Superiora General de las

Reconozco que se me ha querido honrar; es por tanto, natural que agradezca el honor y el beneficio de mi afiliación al Instituto de María Santísima del Huerto.

Y aunque tenga que disimular la exageración de los beneficios que se me atribuyen, quiero empezar á merecer el título de « celoso Hortelano en el cultivo de su místico Huerto, á fin de que

Hijas de María Santísima del Huerto: — « Sumamente agradecidas á V. Sría. por los múltiples é incalculables beneficios que nuestro Instituto ha recibido y continúa recibiendo de su celo y paternal amor; y en la imposibilidad de poder debidamente retribuirlos, creemos hacer cosa grata á su corazón afiliándolo á nuestro Instituto, y recibéndolo por Hermano é Hijo de María Santísima del Huerto, con el título de insigne Bienhechor, y como tal, participante de todas las buenas obras practicadas en el Instituto, y con derecho después de su muerte á los sufragios que ordena la Santa Regla para las Hermanas difuntas.

« Continúe, por tanto. Ilustrísimo Señor, como insigne Bienhechor y celoso Hortelano de María, cultivando su místico Huerto, á fin de que en él jamás falten las flores y frutos de honor y santidad, á mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre, no olvidando en sus oraciones el Instituto, del cual es Miembro Benemérito, y encomendando al Señor las Hermanas, de cuyo fallecimiento le será dada noticia. (*)

« Al expedir el presente, no hacemos más que manifestar á V. Sría. los sentimientos que nos han animado siempre para con V. Sría, considerándolo no solo como Hijo predilecto de María Santísima del Huerto, sino también como insigne Bienhechor del Instituto.»

« Dado en Roma, en la Casa Madre Generalicia, el 17 de Julio de 1894, escrito y firmado de nuestra propia mano y munido con el sello del Instituto. — (Firmadas). — Hna. *Maria del S. Corazón Raffo*, Superiora General. — Hna. *M. Catalina Patrone*, Vicaria de mi General. — Hna. *M. Marcelina Vercesi*, Secretaria.»

(*) En cuanto á sufragios mis Hermanas saldrán ganando, porque á las que mueren les aplico una misa, y todos los días las tengo presentes en el *Memento* de vivos y en el de difuntos.

en él crezcan y abunden las flores y frutos de honor y santidad » pidiendo á mis Hermanas acepten este Memorial de la vida religiosa como un despertador perpétuo para que constantemente se esfuercen en dar frutos dignos del místico Huerto de María. (1)

Así cumpliré en parte con el honroso oficio de Hortelano, cabiéndome la satisfacción santa de contribuir á embellecer el *Hortus Conclusus* con los perfumes divinos de las flores celestiales, que serán las virtudes de mis Hermanas.

Pues bien, queridas Hermanas, para incitaros á la perfección religiosa me propongo en este Memorial declararos la dicha que os cabe por haber abrazado la vida religiosa; os recordaré vuestros votos, alentandoos á cumplirlos con santa exactitud; os daré avisos utilísimos para precaver todo menoscabo de mérito en su cumplimiento, consiguiendo así ponerlos á la vista las delicias de la vida religiosa y la felicidad que disfrutaban las almas consagradas á Dios con santa fidelidad en esas *Moradas del cielo en la tierra*, como son las Casas religiosas en que vivis separadas del mundo, y que son el Huerto místico de María.

La felicidad y delicias de la vida religiosa son, en verdad, desconocidas para los mundanos; porque cegados por los viles deleites de la carne, no llegan á sospechar los puros goces de las personas que solo aspiran á agradar, á amar y á unirse

(1) Para evitar malas interpretaciones, que ya se han hecho, debo declarar que, siguiendo la doctrina de la Iglesia, considero como santos y benéficos á todos los Institutos religiosos, como lo he demostrado en el panegírico de las Ordenes Religiosas hecho en la Pastoral escrita con ocasión de haberse declarado Venerable á Mons. Gianelli, y especialmente en mi obra anterior sobre las *Ordenes Monásticas y Religiosas*.

íntimamente á su Dios; al mismo tiempo que son benéficas al prójimo en tantas instituciones y obras de caridad; pues es gran perfección unir la vida activa á la contemplativa, como haceis vosotras.

Y como el soberano Esposo de vuestras almas Jesucristo, nunca jamás se deja vencer en generosidad, llena los corazones, que todo lo renuncian por él, de tanta paz y dulzura, de tantas gracias y dones celestiales, que hacen de la vida religiosa un preludio del cielo y un anticipado paraíso en la tierra.

Pero hay que tener mucho cuidado: tanta dicha no alcanza la religiosa que no es fiel á su vocación y á sus votos. Por eso procuraré en este Memorial excitaros á sostener esa fidelidad; pues sería para vosotras la suprema desgracia olvidar un solo instante la dignidad excelsa de esposas de Jesucristo, siéndole infieles, y no correspondiendo á su divino amor.

Queridas Hermanas, procurad ser santas, muy santas, de manera que vuestra vida sea un perpetuo y puro aroma de santidad para el Amado y un honor para el Instituto de María del Huerto.

*
*
*

Más, ¿cómo, no teniendo la dicha de ser religioso, me atrevo á hablaros del estado religioso y á daros reglas y consejos para que seais dignas esposas de Jesucristo? Escuchad: Moisés el gran caudillo del pueblo de Dios, anduvo cuarenta años por el desierto sufriendo penalidades de toda especie, y ansiando, como el que mas, entrar en la tierra de promisión hácia la cual se dirigía desde su salida de Egipto. Hasta le permitió el Señor que desde la cumbre del monte Nebo contemplase aquel país bendito, que manaba leche y miel, según la expresión de la Escritura; pero

no pudo pisar los encantadores campos de la Palestina, y hubo de contentarse con dirigirles miradas de ternura y ardientes suspiros de su corazón. Instó al Señor, y le pidió con lágrimas le concediese la entrada en aquella tierra tan deseada; pero le dijo Dios: — «Basta ya de eso; no me hables mas de semejante cosa». Y hé aquí lo que me ha sucedido.

Lejos de mí el compararme con aquel insigne varón que trataba tan íntimamente á Dios, y que mereció de su Majestad la inmensa honra de gobernar á su querido pueblo; pero me era necesario recurrir á un ejemplo que en cierto modo justificase mi atrevimiento al dedicaros esta obra. Yo he aspirado con delirio á la vida religiosa, que cautivaba mi alma, enardecía mi fe y me pintaba un porvenir santo en el ósculo del Señor, alentando unos deseos que yo traduje por vocación divina, pero que, por lo visto, no fueron tales como yo pensaba.

Yo estaba ya admitido en la Orden Seráfica, iba á ingresar en el Convento del Salvador de Jerusalén; pero una disposición, una orden superior que debí acatar, me detuvo y bajé del monte de mis dulces ensueños, arrastrando desde entonces una vida pesarosa por este larguísimo destierro que no me deja llegar nunca á la morada que tan feliz es para muchos, pero que está cerrada para mí, por disposición del Vicario de Jesucristo, que quiso humillarme imponiéndome el gobierno de esta Diócesis, hasta que Dios no disponga otra cosa, pues podré decir con verdad, lo que por humildad S. Alfonso M. de Ligorio, que ha sido para castigo de mis culpas; aunque, al fin, él lograra su intento.

En verdad, ante esa ordenación, y mientras dure, tengo que resignarme; pero la resignación no arranca el amor al objeto querido, el cual como

sea vedado, engendra un dolor continuo. Y á la par que se aumentan los sufrimientos de la vida, crece la amargura, al ponerme en parangón con aquellos seres tan dichosos que atraviesan esta mísera existencia levantados al cielo sus ojos, asomando un sonris de inefable gozo en sus semblantes y en sus labios, indicio de la dicha que embriaga santamente sus espíritus, sin apercibirse apenas de las espinas que taladran sus piés mientras caminan en las Moradas del Señor; pues como ha dicho un ejemplar religioso: « Yo siempre había creído que la vida religiosa era la poesía de la vida humana, y esto es cierto ». Dulce poesía, que hizo latir mi corazón por un momento, cuando fuí admitido en la Orden seráfica, en 1888, aunque sin llegar al noviciado siquiera, y cuya pérdida me aflige con la más opresora realidad.

* * *

Pero Moisés, aunque excluído de entrar en aquel país tan suspirado, pudo enseñar á su pueblo cuanto había de hacer para servir á Dios y disfrutar con gozo los regalos que hallaría en la nueva posesión que se le daba. Yo también, imitando en cierto modo á Moisés, y con el propósito de dar al Instituto un testimonio de mi eterna gratitud por haber sido recibido como Hermano é Hijo de María Santísima del Huerto, deseo exponeros de la mejor manera que pueda, la dicha que es para vosotras esa vida religiosa. Sí; deseo haceros comprender el inmenso beneficio que os ha concedido el Señor librandoos de los peligros que os cercarían en el mundo, el profundo afecto que habeis de profesarle á un Dios que de tal modo se ha servido enriqueceros y honraros, para que podais seguir con firmeza y paz santas el sendero que ha de condu-

ciros á una eternidad feliz; así como os trazaré de paso algunos de los deberes que os impone ese cúmulo de beneficios que os dispensan el celestial Esposo y María Santísima del Huerto.

Espero que de algún auxilio os servirá este opúsculo, porque, aun cuando no soy competente, imitaré un autor muy enamorado de la vida religiosa, que tenía tres hermanas monjas y les supo hablar como un san Benito; también yo soy vuestro Hermano espiritual y os hablaré como hermano. Pero, eso sí; en cambio del pequeño servicio que os hago, habeis de rogar mucho por mí á María del Huerto.

Por lo demás, debo advertiros que no creo necesario exponeros las Reglas y Constituciones de vuestro santo Instituto, puesto que tan clara y santamente las trató el venerable Fundador; solo os recomendaré que las estudiéis mucho, y sobre todo poned un gran empeño en cumplirlas fielmente. Os hago sin embargo, esta gran recomendación, de cuyo cumplimiento dependerá el estado floreciente del Instituto: Tened un amor grandísimo á la observancia de las santas Reglas y Constituciones, en lo cual consiste la perfección de la vida común; pues, como dice santa Teresa de Jesús: « Como se guarden las Constituciones, andará todo llano. » De lo contrario, la vida religiosa es imposible, y en lugar de ser un paraíso será un infierno.

Por tanto, creo más conveniente llamaros la atención sobre las gracias inefables de que os ha colmado el Señor en esas moradas santas que habeis tenido la dicha de encontrar sobre la tierra en el Huerto de María, que son *las moradas del cielo en la tierra*, para que os determinéis á permanecer siempre fieles á vuestra santa vocación.



Los votos religiosos

Los votos religiosos son el ideal de la perfección cristiana.

Así, no os olvidéis jamás del día dichoso en que os habeis consagrado al Señor y, en cierto modo, deificado con la profesión religiosa, porque ya no *sois de vosotras* sino *de Dios*; sois una cosa sagrada.

¡ Los votos religiosos! ¡ La profesión religiosa! ¡ Oh, qué acción tan santa, tan honrosa y de tan gran provecho para una buena religiosa! Nó; la profesión religiosa, los votos sagrados no envilecen al alma, como creen los mundanos, sino que dignifican la personalidad humana; y las personas religiosas son aquellas de quienes se puede decir con más propiedad: *sois como dioses*; porque son las que viven una vida más perfecta y, por tanto, más semejante á la de Dios. De donde proviene que, así como es grande é indecible el aprecio, y hasta el respeto, que profeso á un religioso, exacto cumplidor de sus votos, me causa lástima y desconsuelo el que lo es solo de nombre. Por eso quiero rogar á mis Hermanas que se esmeren en practicar santamente su profesión religiosa; y es tanto lo que por ello me intereso, que me figuro que aún despues de muerto, puesto de pié sobre el sepulcro,

continuaría clamando: sed fervientes cumplidoras de los votos religiosos, porque en ello consiste vuestra perfección y felicidad. Y he de confesaros que, á pesar de haber asistido tantas veces á esas ceremonias imponentes, y de haber tomado una parte tan activa en las profesiones religiosas, y de haberme ocupado en ellas predicando los grandes deberes y la dicha que implican, me conmueve siempre un acto tan solemne, y eleva mi espíritu á la contemplación y admiración de la grandeza de esa obra espiritual.

Eso de decirle á Dios: — « Señor, aquí me teneis; todo cuanto soy, todo cuanto valgo, todo cuanto tergo, todo cuanto amo, todo cuanto espero, todo, todo os lo consagro por entero. Renuncio á todo; renuncio á mi propia persona; renuncio á mi propia voluntad; renuncio todos los bienes del mundo; renuncio mi porvenir en el mundo, y todo lo pongo absolutamente en vuestras manos: y puesto que todo lo he recibido de Vos, á Vos lo entrego todo. Recibidme, Señor, y recibid todo mi ser: recibid esta promesa formal y entrega universal que solemnemente os hago, y con juramento firme é irrevocable os aseguro que cumpliré la palabra que con Vos empeño en este día ». — Decidme; ¿ puede una pobre criatura realizar una acción más grande, mas generosa y más santa que esta, y que más comprometa la generosa misericordia del Señor en favor de su criatura?

Más aún; yo tengo por cierto, que una religiosa fiel á sus votos, no puede menos que ser santa. Porque es claro: en esta solemne promesa, ó contrato, que hacéis con el Señor, ha de haber, y existe de hecho, una mútua compensación, en la cual, como es notorio, salís siempre vosotras gananciosas. O sino, fijaos en una sola idea. ¿ Qué es lo que le dais vosotras al Señor? Nada más

le podeis dar, que lo mismo que habeis recibido: eso es, lo único que teneis. Cosas muy buenas, sí, pero maleadas por el pecado, imperfectas, y que á la menor ocasión se echarían á perder sobre la tierra y con el roce del mundo.

Una voluntad sumamente varia é insegura, con inclinaciones más ó menos torpes; bienes tan fútiles, tan difíciles de guardar y tan engañosos, que de nada sirven cuando más nos parecían útiles; y goces tan ficticios, que las más de las veces son ocasión de luto, en vez de los placeres que con ellos esperan los mundanos. Ya trataremos de esto un poco más adelante.

*
* *

Lo que hay de cierto es, que arrancaudo vuestros afectos de esas cosas que ocasionan, como nos dice San Juan, « la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, » y entregándolos al Señor, hacéis una obra santa, y sumamente discreta. Yo os comparo, en esto, al que teniendo empleados sus capitales en algún negocio, y no creyéndolos bastante seguros, los recoge, y los deposita en un banco, de cuya estabilidad le aseguran los más entendidos del mundo, y cuyo crédito está sobre todos los demás.

Y en realidad, lo hacéis así, cuando con los votos solennes dais vuestra vida á Dios. Estas riquezas de alma y cuerpo que habeis recibido del cielo, las teniais espuestas en el gran negocio de la vida del mundo; y poniéndolas todas en las manos de Dios, están perfectamente salvadas, y os producirán ventajas sin número, pues paga el Señor, y con usura, á sus fieles servidores.

Y ahora pregunto: ¿ puede haber cosa más santa, más meritoria, más sensata y segura que entregarse totalmente al Santo de los Santos?

Y de tal santidad, redunda para vosotras una incomparable honra; pues no solo el Señor, aceptando vuestros votos, y el amor con que los habeis proferido, os corresponde con igual afecto, y os constituye una cosa con él, porque el amor purísimo de Dios une con vínculos estrechísimos el corazón de la criatura al de su Criador; sino que, á más de haceros esposas suyas, El, en cariñosa correspondencia por la entera donación que le haceis de todo lo vuestro, se constituye en administrador de vuestros bienes y os los cuida con celo infatigable, y os los hace producir de un modo prodigioso.

Fácil os será entender, por lo que llevo dicho, el porqué las religiosas, fieles, como deben ser, á su vocación, crezcan en virtudes y se hagan santas, después que han realizado ese contrato santo con Dios, esto es, desde que han proferido sus votos solemnes.

Dice San Pablo, hablando del común de los cristianos, que llevamos nuestros tesoros en vasos frágiles; y por esto es que á tantos se les pierden los tesoros de la gracia, que es de los que habla; pero vosotras, que habeis sacado vuestras riquezas de esos vasos frágiles y las habeis puesto en las manos del Señor, dejándolo todo á su cuidado, permaneciéndole fieles, no correis aquel peligro que amenaza á todos los que navegamos por el mar del mundo. Ya veis, por lo tanto, de cuanto provecho os son esos benditos y queridos votos.

¡Felices vosotras, que á tanta dicha y perfección os ha llamado el cielo!

* * *

Más, no os descuideis; porque satán os tiene envidia, como también el mundo, y no dejarán

de tentaros, para que al menos no seais tan fervorosas en el aprecio de vuestra vocación. Y ¡qué tontas seriais, si llegaseis á enfriaros en el verdadero aprecio que debeis tener de la santa vocación! El mismo mundo se reiría de vosotras al veros flojas y como echando de menos las cosas del mundo y de la carne.

Yo he conocido religiosas de votos temporales, que al llegar su término, han salido legítimamente del Instituto; pero las he visto después tan arrepentidas, lamentando el día desgraciado en que abandonarían el Instituto, que derramaban lágrimas de dolor y arrepentimiento; ya habían perdido la ilusión de los halagos del mundo engañoso. Otras no llegaron á dar ese paso, venciendo la tentación, y algunas de ellas me han dicho: yo soy aquella que quería salir del Instituto y no salí por sus consejos: si viera qué contenta estoy por no haberlo hecho, y cuánto le agradezco sus buenas reflexiones.

Es verdad que cuesta grandes violencias y esfuerzos conservarse fiel á los votos; pero más es lo que se goza por amor de Dios que lo que se sufre. Además, el cielo no puede ganarse de balde, á no ser que seamos del número de aquellos que quieren ir al cielo con toda clase de comodidades y satisfacciones: esto no solo es tontería sino ridiculez. No seais pues ni tontas, ni ridículas, sino muy fervorosas y resignadas á todo en el cumplimiento de los santos votos, que constituyen la mayor felicidad posible, ya desde este mundo. Cuando os asalten las tentaciones de la carne, rechazadlas con santa altivez y desprecio: sois esposas de Jesucristo y él es el dueño de todos vuestros afectos y de todo vuestro corazón. Cuando os halague el mundo con sus pompas y comodidades, rechazadlas con desprecio: no son más que vanidades, que se convierten en amar-

guras. ¡Cuánto más felices sois sin los cuidados del mundo en el delicioso Huerto de María!

Y cuando satán venga á perturbar vuestro espíritu con desalientos y temores, haciendo creer que no tendreis fuerzas para superar las tentaciones contra los santos votos, rechazadlo como mentiroso, porque ni él, ni el mundo, ni la carne, ni nadie podrá separaros del amor de Jesucristo vuestro Esposo, ya que él os defenderá con su gracia, que es omnipotente, y mucho se cuida de vosotras con cariñoso y tierno amor; basta que le correspondais.

Como veis, á título de Hermano, os trato con harta confianza, hasta tacharos de cobardes, indiscretas y tontas, cuando así cuadra; pero esto prueba toda la sinceridad con que os hablo en el Señor. Ahora bien ¿quereis saber porqué existen religiosas tibias é imperfectas? Salvo los casos en que se ha hecho la profesión sin vocación religiosa, pues entonces no se tiene de religiosa sino el hábito, y hasta este se lleva mal; la razón consiste en que no hay esmero ni fervor en cumplir los santos votos: casi no se tienen presentes en todos los actos de la vida religiosa; hasta parece que se olvidan, y en algunas religiosas todo se reduce á cumplir rutinariamente los actos comunes y el oficio propio. Entonces no hay vida religiosa propiamente dicha, no existe lo que se llama la vida interior en la presencia y unión con Dios: es una vida distraida y casi disipada. Pues bien, eso no puede ser así; la dignidad de Esposas de Jesucristo exige que siempre penseis en agradarle y amarle. Por lo demás; si os portais como las Vírgenes prudentes ¡qué grande será vuestra dicha y firmeza!

Así, vivireis en este mundo, sin las molestias del mundo; vivís sin cuidados, puesto que no os falta quien vele por vosotras; y pensando única-

mente en hacer la voluntad ajena, pendientes como estais de la divina, en hecho de verdad vivís sobre la tierra ocupadas como en el cielo se ocupan los moradores de aquella patria santa, pensando en Dios, y sirviendo á Dios cumpliendo su adorable voluntad, según vuestros oficios.

Por esto, al dirigiros estas cortas páginas, dije al principio que la vida religiosa es **EL CIELO EN LA TIERRA**: *las moradas del cielo en la tierra*, en cuanto es posible ser felices en esta vida de lucha y de prueba.

Y todo esto, como se desprende, habeis de agradecerlo á los santos votos con que os habeis consagrado á Dios nuestro Señor; y de los cuales vamos á ocuparnos en particular para que mejor sepais apreciarlos y practicarlos.



El voto de obediencia

La obediencia es vuestra mayor victoria en Religión, para ser santas.

Dice Santa Teresa de Jesús que « la obediencia es el camino más breve para llegar con prontitud á la perfección. »

Ya lo creo, pues que la misma bendita Doctora nos asegura que el que obedece, siempre obra bien: y como á la religiosa no le toca averiguar si aciertan ó no aciertan en lo que mandan los Superiores, obedeciendo, hace una obra buena, recomendada y practicada por el Hijo de Dios, que santificó en sí mismo la virtud hermosa de la obediencia.

Y si añadís el mérito que habeis contraído haciendo voto de obedecer siempre, podreis entender también la mayor confianza é indiferencia con que podeis y debeis obedecer.

¡Si supiérais la inmensa ventaja que teneis sobre los que por desgracia hemos de mandar! Estad bien ciertas, y eso os lo afirmo con toda sinceridad; lo que más deseo sobre la tierra, es no haber de mandar, y no llevar, por consiguiente, la responsabilidad de los actos de aquellos de quienes he de dar yo cuenta. Porque no es pequeña la que cae sobre nosotros en estos terribles tiempos, en que todo el mundo cree acierta mil veces más y mejor que sus superiores.

Obedeciendo, mirando, como habeis de mirar, á Dios en aquellos que os dirigen, no habeis de temer nunca si obráis bien ó no; este cuidado ha de tenerlo siempre quien os manda; nunca vosotras.

En obedecer, sed prontas y exactas. Ninguna de vosotras, lo espero, nunca será capaz de oponer la menor resistencia á las disposiciones que hayais de cumplir; pero bueno es advertiros que para que os sea provechoso en alto grado el ejercicio de la obediencia, á la que os habeis obligado, es preciso acostumbrarse, con una humildad santa, á creer más acertado lo que se os manda, aunque á primera vista no os pareciese así, que lo que vosotras creyéreis ser más conveniente.

* * *

Y notad que este consejo no os lo doy tan solo para obligaros á que con más fervor cumplais este precepto de la obediencia santa; sino porque realmente es una verdad; y si no, á la prueba.

En la práctica de la obediencia, como en todos los actos de vuestra vida, dos cosas principales habeis de proponeros: una, dar gloria á Dios nuestro Señor; y otra, crecer en virtud y perfección en su altísima presencia. Y ¿quién duda que á Dios le dais más gloria cuanto más exactas seais en actos de una virtud que tanto le place á Su Majestad, que no haciendo vuestra voluntad, por buena que sea? Despojarse de sí misma por Dios, he ahí el sacrificio mejor. El lo ha dicho: « es mejor la obediencia que el sacrificio, esto es, que todo otro sacrificio »; porque la voluntad, que es el *yo* de cada uno de nosotros, como ahora se dice, vale más que todo lo demás que poseemos para ofrecerlo á Dios en holocausto de nuestra adoración. Perfecta y absolutamente, pues, podeis

tener por cierto, que dais más gloria á Dios, y ganais más obedeciendo, que siguiendo vuestro propio parecer, aunque le juzgarais ser más acertado.

Y esto aún dejando á un lado que bien podeis equivocaros en la apreciación de lo bueno y lo mejor; de cuyo peligro estais enteramente libres, con la práctica de la santa obediencia. Y ¡qué tontas son espiritualmente las que envidian á las superiores, ó desean serlo!

Amad, pues, Hermanas mías, esta virtud santa de la obediencia; dejad para la cabeza de vuestra Comunidad, que disponga ó mande; porque á los Superiores, que son vuestras cabezas, es á quienes toca dirigir; y vosotras, como á miembros de este mismo cuerpo, dejaos llevar suave y dócilmente, como instrumentos que sois de Dios, á quien representan, y en cuyas manos servireis á los planes de la Providencia divina, sin el menor compromiso de vuestra parte, sin responsabilidad alguna, y enteramente tranquilas por los resultados, que sean cuales fueren, nunca se os podrán atribuir ni echar en cara.

¡Dírame el Señor la suerte de poder vivir como vosotras! Este solo artículo me quitaría casi todos los males, y me convertiría en cielo esta vida miserable, que tan atribulada llevo, por las exigencias de mi cargo y ministerio pastoral.

Frutos del voto de obediencia

I

Humildad

He ahí una virtud que se os impone por sí misma; sin ella, es imposible la obediencia.

Y si es la humildad una virtud necesaria, indispensable á todo fiel cristiano para conseguir el cielo, á una religiosa le es de tan alta urgencia, que sin ella no puede subsistir.

Una religiosa, ó es humilde, ó deja de ser religiosa.

No es posible la unión íntima que ha de existir entre el Esposo humildísimo, el mismo Jesucristo, y una esposa suya, que careciese de esta virtud.

La religiosa que no fuese humilde, claro es, habría de ser soberbia; y con el orgullo, apostataría del Instituto; y en el caso desgraciado que permaneciese en él, tampoco sería religiosa; sería una fiera entre un rebaño de mansas ovejas; sería un demonio, padre de la soberbia; sostendría su mísera existencia para destrucción de la Comunidad en cuyo seno se introdujese tan funesto enemigo.

Pero el voto de obediencia, que ha de recordar todos los días á todas horas una buena religiosa, es el estímulo más eficaz para engendrar en el alma de la esposa dichosa de Jesús la humildad santa, que forma el hornato más precioso del espíritu á los ojos de nuestro Redentor divino.

Las almas enamoradas del Señor, en su afán por agradarle conocen su pequeñez y se humillan,

rendidas por las insuficiencias del don que pretenden ofrecerle; y cuanto más clara es la inteligencia de que las ha dotado el cielo, tanto más conocen lo mucho que les hace falta para ser dignas de su Majestad; y hé ahí que careciendo de bienes propios para ofrecerlos á Dios, los van acumulando á medida que la obediencia santa les da medios de humillarse.

Cada acto, pues, de obediencia, y hasta en las cosas que parecen más pequeñas, es un grado que podeis adelantar en la virtud de la humildad.

Quando creyendoos dignas de este ó aquel lugar, de una ú otra ocupación, de un género ú otro de trabajo, la obediencia os llama á cualquier diverso objeto, hé ahí tantos grados de humildad amontonados en la presencia de Dios, cuantas fueron las contradicciones que hayais experimentado en el cumplimiento de las órdenes que se os han impuesto.

Hay almas tan infelices, y entendimientos tan pequeños, que quieren persuadirnos de la imposibilidad en que nos encontramos de adquirir esta humildad santa, por causa de los obstáculos que nos presenta nuestra naturaleza viciada.

*
* *

Exigentes con los demás, por ser ellos sobradamente mezquinos con su Majestad, le pintan, á nuestro Dios, como aquel mal siervo que le acusó de no saber como darle gusto, echándose, por lo mismo, en brazos de la ociosidad. ¡Cómo si no supiera el Señor la resistencia que nos presentan las pasiones en el camino del bien, y como si no tuviese en cuenta el sufrimiento del corazón cuando le dominamos para complacer á nuestro Criador!

Para practicar actos de humildad verdadera, no

nos pide Dios que seamos naturalmente insensibles á lo que exige nuestra propia dignidad, ni que desconozcamos la grandeza de los bienes recibidos, ni que tengamos pasiones que vencer; no, antes al contrario, cuantas más dificultades encontremos, tanto más mérito alcanzaremos, venciéndonos, en su presencia santa y por su amor.

Porque, ¿qué acto de virtud practicaría un imbécil que, viéndose incapacitado para levantarse á cosas de mayor altura, y que tal vez apenas las comprende, tuviera que ocuparse en aquello que es para él su modo de vivir?

El mérito verdadero, la verdadera virtud está en la lucha; en la resistencia que nos hacen las pasiones, movidas y alentadas por el enemigo, y en la victoria que conseguimos sobre ellas, humillándonos como Jesucristo, que se humilló por nosotros hasta morir en cruz.

Y vayamos á la práctica. ¿Os veis capaces, por ejemplo, de estar al frente de este ó aquel empleo ú oficio, y os ponen á las órdenes de otra religiosa menos inteligente que vosotras, ó lo creéis así? Pues bien; callando y obedeciendo con alegría, y juzgando que el Superior, que obra en el nombre de Dios, acierta por esto mismo inmensamente más que vosotras, ganais de un modo admirable; pues en esto consiste la humildad sólida, verdadera y agradable á Dios.

* * *

Estais esmeradamente instruídas; os gozais en labores delicadas y finas; bordais á la perfección, y viene la Superiora, y os ordena que vayais á cuidar de una enferma apestada y á servir á vuestras hermanas. Pues bien; decir que no os ha de contrariar jamás tal precepto, es un dislate; y decir que la pena sufrida por el corazón en tales

casos ha de ser pecado, es una crueldad grandísima. No; Dios no nos exige, para que le amemos, que matemos nuestro corazón. Lo que quiere es, que le sujetemos, y le subordinemos á la razón y á su amor. En nuestro caso, la religiosa más instruída y de educación más exquisita que reciba una orden semejante, dominando sus afectos é inclinaciones naturales, oyendo en el precepto la voz de la obediencia, que es la voz de Dios, la aceptará con un sonrís de resignación cristiana, levantando su corazón á su querido Dueño, y le ofrecerá humildemente el sacrificio de su amor propio vencido; y esto, no lo dudeis, y digan lo que quieran esos espíritus rígidos que nos hacen imposible la virtud; eso es altamente agradable á Dios.

Y es cierto; el Señor, que nos ha dado los afectos, no nos puede exigir que seamos insensibles, y no lo exige.

Para ser humildes, no hemos de ser de corcho; sino de espíritu y carne. Ser humildes no es ser tontos, huraños, ni misántropos, ni mogigatos; sino alegres y contentos servidores del Señor; de modales delicados, sin altanería, y graves sin dejar de ser comunicativos para con los demás; pues se equivoca quien cree que para ser humilde es necesario vivir retirado y esquivando el trato fraternal con los demás. Esto es afejar la humildad y hacerla repelente; recordad sino á Santa Teresa de Jesús, que era tan social como humilde y tan humilde como jovial.

Ya lo veis; tales como os ha admitido el Señor en su bendita casa, con más ó menos defectillos vuestros, pero ayudadas con su gracia, tenéis á la mano crecer cada día en la virtud más necesaria. Sois obedientes; pues bien; esta misma obediencia es la que os hará humildes, á pesar de las miserias de vuestra naturaleza enferma y

cargada de flaquezas y pasiones como que llevais, como todos nosotros, la herencia del incauto padre Adán.

Sed pues, amadas Hermanas mías, sumamente humildes; pues con esta virtud excelsa, no solo agradareis á Dios, si que también ella os servirá para embellecer todas las demás virtudes que con la divina gracia consigais, y hasta se convertirá en dulce atractivo que conducirá á Dios, por vuestros buenos ejemplos, las almas de vuestras hermanas. ¡Qué suave atractivo tiene la humildad! Todos aman á la religiosa humilde.

A la humildad se la compara, y no sin razón, con la violeta: pequeña y sencilla, nace y se esconde bajo las hierbas y de una multitud de plantas, que cubren los campos, sin pretensión alguna de brillar como otras flores, en los ricos verjeles y jardines; pero mientras esta flor preciosa se oculta á las miradas de los hombres, la descubre su aroma suavísimo y delicado, que embalsama el ambiente y recrea el espíritu. Esa fragancia exquisita, aunque nacida de tan humilde flor, es tenida como una de las más estimadas, hasta por los mismos que no practican la humildad; y el olor con que nos regala la violeta le da tanta importancia á esta pequeña flor, que las personas de más gusto la colocan sobre sí como un adorno galante, mientras nosotros la ofrecemos á Dios como el emblema de aquella virtud que tanto ama el Señor, y que es el fundamento de todas las demás virtudes.

¡Qué grande, sin pretenderlo y saberlo, es una religiosa humilde! Es el encanto de sus Hermanas.

Renuncia de la propia voluntad

Este segundo fruto de la obediencia es la piedra de escándalo para los necios del mundo.

Truenan contra los votos religiosos, fingiendo un interés para vosotras superior al interés con que os trata la Iglesia santa, que os recibe en el nombre del Señor, su Esposo amado, y os mira como una porción escogida y privilegiada; que os ama con un amor entrañable, que cuida de vosotras con delicado esmero, y que ruega incesantemente á Dios por las que os habeis consagrado con solemnísimos votos.

¡Y los hijos del mundo, invocando un nombre que profanan, se lamentan de que os priveis, con los votos que le haceis á Dios, de vuestra libertad individual! Ellos, los que os arrebatan vuestras casas y conventos; ellos, los que os roban hasta las dotes que os legaron vuestros padres! Quieren que seais libres para obrar el mal, y os roban la libertad de ser santas dentro de un convento. Es verdad; la religiosa renuncia, con los votos, al uso de su propia voluntad: pero esta renuncia es voluntaria, es libre; la hace porque quiere. Nadie la obliga; se la somete á unos meses de prueba, luego á dos años de noviciado, en seguida á un sin número de preguntas, á un interrogatorio en toda forma, á todo cuanto pueda conducirla á que obre con entera libertad.

Y hasta el último instante se la vuelve á interrogar, y se la pregunta el porqué obra de aquel modo, se la exhorta; y eso sí, se la apoya, porque la mujer es débil, para que pueda conseguir lo que desea, en uso de su libertad individual.

No hacerlo así sería un acto espantoso de tiranía.

Y los amadores del mundo, ó mas bien dicho, los hijos de perdición, protestan á nombre de no sé que linaje tan crudo de libertad, que no permitirían se consagrara libremente la mujer á Dios.

Y tronando siempre contra la tiranía, ó aparentando que la odian, quieren tiranizar á la mujer virtuosa.

* * *

Pero vamos á cuentas: ¿es cierto, en absoluto, esto de que renunciáis á la propia voluntad? ¿Qué es lo que tenéis de menos después de los votos, en los actos voluntarios de vuestra vida, de lo que antes teníais?

En el modo de explicarse las gentes respecto á vosotras, hay un gran depósito de malicia y de ignorancia, todo bien mezclado.

¡Oh! ¡privarse de la propia voluntad, dicen; hacerse semejante á seres irracionales; desprenderse de lo más noble que tiene la criatura humana!

¿No es verdad, Hermanas mías, que os provocará á risa este lenguaje? Pues sabed que así habla el mundo de vosotras; pero de seguro que á ninguna de vosotras se le ha ocurrido jamás que hayais tenido semejante pérdida en el mundo. Tenéis voluntad propia, como la teníais antes; pero como la obediencia es la que os gobierna, lo único que hacéis, es sujetar vuestra voluntad á la de Dios, representado en vuestros Superiores; y á esa sujeción la llaman, los muy torpes, privación absoluta de libertad.

¡Oh! ¡cuán desdichados son los hijos de las tinieblas, que ni siquiera comprenden la felicidad de que gozais con esa subordinación de vuestra

voluntad á la de Dios! Si precisamente en esto está el secreto de vuestro bienestar sobre la tierra, y la seguridad con que caminais para la gloria.

Por más que nuestras inclinaciones, y la bondad que ha puesto Dios en nuestros corazones nos hagan enamorar de lo bueno y de lo santo, ello es cierto que la voluntad humana se dirige hoy á un objeto, y mañana á otro enteramente opuesto; que amamos al principio del día, lo que por la noche aborrecemos. Es la inconstancia que tenemos en nuestra sangre, digámoslo así, que sin fijarnos suficientemente en lo que como á cristianos más nos interesa, nos hace cambiar de propósitos y de obras, como cambia una veleta de campanario al menor soplo de viento, que muda á cada instante.

Pues bien; esas mudanzas continuas que experimentamos, efecto de nuestra inconstancia incesante, nos hace infortunados; no solo porque, como es evidente, nos hacen amar unas veces lo bueno, y otras veces lo malo, sino que como consecuencia, unas veces nos dan tranquilidad, otras pesadumbre, ahora nos acercan á Dios, ahora nos alejan, y lo que es más temible, que cayendo quizás en pecado, cosa facilísima cuando la propia voluntad nos guía, el orgullo que la sigue nos retenga en él, y nos pierda.

Y luego también, hay que contar con las dudas y vacilaciones y sospechas de si se obra ó no como Dios manda, que son, todo en junto, causa de no pocos pesares y angustias para los que viven en el mundo, especialmente para las personas de recta conciencia, y á las que podemos llamar con razón, por su vida edificante, cristianas.

De todos estos males os libra á vosotras la sujeción de vuestra voluntad á la de los Supe-

riores, á la que os habeis obligado con el voto de obediencia; porque no guiandoos por vosotras mismas, sino por los que representan, hablan, y os dirigen en el nombre del Señor, teneis seguridad de que obráis bien.

Y digo yo: el que vosotras conozcais la flaqueza y la mutabilidad de vuestra inteligencia y de vuestra voluntad, y le pidais á Dios que os dirija, y le prometais obedecerle, ¿es privarse de la propia voluntad? De ningún modo; sino que es hacer libremente lo que creemos mejor para nosotros; y así obramos libre y, además, cuerda-mente.

Terminemos, pues, con la semejanza que antes hemos puesto. Así como los amadores del mundo, que poseen muchos capitales y no saben negociarlos, buscan otro que lo haga por ellos con más acierto y fruto, y los depositan y confían en sus manos, así también las religiosas, como los religiosos, comprendiendo que el tesoro de la inteligencia y propia voluntad no está tan seguro administrándolo vosotras mismas, sin privaros de él, lo habeis puesto en las manos de Dios para que lo administre y cuide según su voluntad, que es lo mejor. Y como recibió agradablemente este tesoro que le consagrasteis con un solemne voto, buen cuidado se dará vuestro administrador divino, de que se os dirija del modo debido.

Esta es la mayor de las dichas que teneis en el cielo anticipado de la santa Religión; la certeza de que obráis bien, guiadas por la obediencia santa.

Sed muy humildes y obedientes, y reios del mundo, que os tilda de pobres esclavas, porque él es victima de la soberbia, que debeis odiar.

III

Paciencia

Decir que por la renuncia de hacer la propia voluntad se dejen de sentir los estímulos de esta misma voluntad, es el mayor de los desatinos.

Es claro; como que la voluntad y sus afecciones perseveran en cada una de vosotras y solo se hace á Dios el voto de no seguir, ni guiarse por la propia voluntad, no os la habeis arrancado del alma, ni Dios ha hecho tampoco ese milagro, ni lo exige de nadie. Á más de que ningún mérito tendría vuestra obediencia, sin la voluntad que con ella se domina.

Y ved, como discurren tontamente los enemigos de los votos de los religiosos y de Dios; porque los que murmuran de los votos, reparan igualmente muy poco en apartarse de las otras cosas santas. Oid sus torpezas. Por una parte, aseguran que con los sagrados votos el alma se priva de la voluntad, que es el principio de la nobleza del ser humano. esto es, de la libertad individual con que nos ha enriquecido el cielo; y por otra, os calumnian afirmando que sufrís violencia, y habeis de vivir una vida triste, y agitada, y de luchas, y que sé yo cuantas otras cosas con que pintan de color de hiel vuestra dichosa vida. Ya lo dice la Biblia: « el hombre animal no comprende ni percibe las cosas que son del espíritu de Dios. » Y es porque los infelices no entienden lo que vale la gracia de Dios, que es la paga que os da el Señor á cambio de lo que le ofreceis y cumplís con solemnísimos votos.

Pues bien; á esta gracia santa que os comunica el Señor, para sufrir sin perturbaros las in-

comodidades de la vida actual, y al buen ejercicio que hagais de esta misma gracia, es á lo que se llama *Paciencia*.

Esta virtud excelsa, que con tanto amor al hombre practicó sobre la tierra nuestro divino Redentor, es la que hace llevaderas todas las contradicciones. Ya se vé; desde el instante en que os obligais á cumplir siempre, y para vuestra vida entera la voluntad agena y no la vuestra, se comprende que os esponéis á tener que obrar en muchas ocasiones cosas enteramente opuestas á vuestros gustos, á vuestras inclinaciones, á vuestro modo de ver, y acaso, alguna vez, contrarias á la conveniencia vuestra, ó de las demás hermanas.

Y salta á la vista, que en estos casos tendrá que sufrir el amor propio en más ó en menos: pero en cambio, en este mismo sufrir, y en hacer con exactitud lo mandado, sin replicar, y cerradita la boca, es en lo que consiste el mérito de la paciencia. Esto, como que es padecer, no lo entiende el mundo; pero vosotras sí, lo entendéis, y á buen seguro que os gloriais mucho en ello. La práctica en el santo ejercicio de la paciencia religiosa, os acostumbrará á sufrir hasta con alegría; y los regalitos espirituales, que son las golosinas con que el Señor endulza lo amargo que tiene en sí la obediencia cuando nos humilla, os harán amar una virtud que tanto agrada á vuestro Esposo celestial.

* * *

No cabe duda tocante á la necesidad estrechísima que teneis de cultivar esta virtud, pues cabalmente fué la que practicó con más extremada exactitud el Señor sobre la tierra. Desde Belén al Calvario, *humillóse á sí mismo* para ser modelo perfectísimo de humildad.

El principal cuidado de la esposa, debe consistir en estudiar el carácter, las inclinaciones, los gustos del esposo, para complacerle, trabajando en procurar sentir, hablar, y obrar como él: porque en esto consiste el verdadero amor; en asimilar-nos á la persona amada. Por esto es que nunca debe estar contenta una buena religiosa, hasta que se haga una con Cristo en la humilde obediencia, de la cual, con más viveza os dice aun á vosotras que á los demás cristianos: *Aprended de mí, que soy manso (paciente) y humilde de corazón.*

A esto se dirige el piadoso afán de cubrir las paredes de las casas religiosas con imágenes de nuestro Redentor Jesús, representado en los diversos actos de su vida, de su pasión y muerte; y sobre todo, la imagen adorable de Jesús Crucificado, que todas teneis en vuestras casas, y que llevais sobre vuestros corazones, ha de ser el más poderoso estímulo para que se acreciente en vosotras ese dulcísimo amor á la humildad y la paciencia.

Pues, ¿cómo sería posible contemplar de día y de noche el amor de nuestras almas, nacido humildemente en un pescbre, muerto humildemente en una cruz, y encerrado humildemente en un sagrario, y sufriendo esas humillaciones con una paciencia encantadora sin que á cada paso os humillarais en la presencia de Dios y de las hermanas que os rodean? ¿Cómo sería posible que no sufrierais con paciencia los actos más penosos, las órdenes imperiosas ó de-atentas, las excentricidades de vuestras hermanas, las reprensiones, las palabras duras, los desdenes, las murmuraciones, las calumnias, las privaciones y austeridades acaso excesivas, porque todo esto y mucho más se puede encontrar en esta miserable vida, y no es raro ni extraño exista en una

reunión continua de un gran número de personas, por más que sean buenas, pero que todavía no son santas, teniendo á la vista el Amor de nuestras almas que sufre por nosotros todas esas cosas y aún peores?

Tiene la paciencia, entre otras, una gracia especial; y es conseguir lo que por medio de la autoridad, ó del engreimiento nunca pudiéramos alcanzar. El paciente gana los corazones, y avasalla los espíritus más rebeldes. *La palabra blanda aplaca la ira*, nos ha dicho el Espíritu Santo. Y ¿cómo, sin paciencia, podría vivirse en paz con personas de tan distintos caracteres?

En esta virtud se ve manifiestamente obrar á Dios en favor del paciente; porque haciéndose éste como insensible, sujeta, domina, por la virtud del cielo, al que de otro modo se alzaría contra él; y aún acaba, las más de las veces, guardándole su afecto.

Por esto es que con muchísima razón se ha comparado la paciencia á la malva de olor. Es tan modesta esta planta, y tan humilde, que no solo carece de una bella apariencia, sino que nada absolutamente ofrece de graciosa; pero tiene la particularidad que, como el verdadero paciente, cuando se la desprecia, esto es, cuando la pisan ó la estrujan, despiden una deliciosa fragancia, tan pura y tan agradable, que recrea, antes que á todos, al mismo que la maltrata.

Sobre todo pensad, que la paciencia es el camino del cielo, puesto que en ella, que va siempre acompañada de la humildad, se apoyan todas las demás virtudes. Queridas Hermanas, amad mucho la paciencia y con ella sereis dueñas de vosotras mismas; no habrá trabajo que no sepais sufrir, y, al sufrirlo con paciencia, gozareis. Mucho vale la paciencia para haceros amantes de Jesús Crucificado; y, por tanto, gozar en sufrir por el Amado, como han hecho todos los santos.



El voto de pobreza

La pobreza evangélica es la renuncia, de hecho y de afecto, de las cosas y riquezas de este mundo por amor de Dios.

Conforme, pues, con las ideas que le dominan, es muy consecuente el mundo cuando ruge contra la pobreza evangélica.

Ya se vé; como que piensa de un modo tan distinto del pensar de Jesucristo y de las enseñanzas que nos da el Señor, nada tiene de extraño ese mal visaje que le pone á vuestro excelente voto de pobreza.

Voy á presentaros un retrato de lo que son en este punto las gentes que se usan en el mundo, pintadas por el mejor artista.

El Evangelio nos dice: que en cierta ocasión se acercó al divino Maestro un joven y le preguntó: «¿qué buenas obras debo practicar para conseguir la vida eterna?» — Y Jesús le contestó: — «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos.»

Díjole él: «¿qué mandamientos?» y respondió Jesús: «No matarás; No cometerás adulterio; No hurtarás; No levantarás falsos testimonios; Honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo.» — Dícele el joven: «Todos esos

he guardado desde mi juventud: ¿qué más me falta? » — Respondióle Jesús: « Si quieres ser perfecto, anda, y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: ven después, y sígueme. »

He ahí trazado, de mano maestra, puesto que es el mismo Dios quien nos lo explica, primero, lo que es necesario para lograr el cielo, y luego, el modo de acercarnos más á Dios en el cielo, haciéndonos perfectos á los ojos del Señor.

En lo primero el Salvador del mundo enseña las obligaciones comunes á todo fiel cristiano; en lo segundo, fija el camino que han de seguir aquellos y aquellas, como vosotras, que no contentos con ser buenos como el común de los hijos de Dios, desean llegar más allá, y ofrecerle todavía más que lo estrictamente necesario, movidos por lo mucho que le debemos á Su Majestad, y por la dulce confianza de grangear cosas infinitamente superiores, procurando agradarle siempre más y más.

Y aquí precisamente, no solo nos da á comprender lo que le agrada el voto de pobreza, si que aún nos recomienda esta renuncia que se hace de todos los bienes del mundo, para merecerle á él, que es la riqueza sin límites de las almas buenas.

Él mismo nos ha dicho, en otra ocasión, que allí donde tenemos nuestro tesoro, esto es, aquello que amamos, allí tenemos nuestro corazón; y como está celoso el Señor del amor nuestro, por esto es que quiere que aquellas almas descosas de agradarle y de consagrarse completa y absolutamente á Él, se desprendan de los bienes del mundo, que cautivan el corazón, para que libres de toda sujeción vuelen á unirse con el suyo amantísimo.

Para hacer á Dios este sacrificio de los bienes de la tierra, teniendo en consideración la miseria

de nuestra naturaleza, se necesita un auxilio especial de la gracia; y por esto es que los apóstoles, flacos todavía en aquella ocasión, puesto que no habían recibido el Espíritu Santo, se admiraban de semejante doctrina y decían entre sí:— « Según esto, quién podrá salvarse? » — Duda que soltó al momento el Señor, diciéndoles de este modo: « Para los hombres, esto es imposible; pero para Dios, todas las cosas son posibles ».

Y en efecto: con los auxilios de la gracia santa os habeis sabido desprender del amor á los bienes de la tierra, y de la posesión de ellos; pero en cambio, estais seguras de que lograreis muchísimos bienes, y que acumulais con vuestra pobreza voluntaria, unas riquezas sin límites que recogeréis, con los divinos auxilios, en la patria de los Santos.

Es verdad que podiais desprenderos de estos mismos bienes y vivir pobres con Cristo en el mundo, sin hacer este voto de pobreza religiosa; pero precisamente en lo que dice el voto consiste todo el mérito de vuestra pobreza, y lo que la hace ser santa.

Es de advertir que no toda pobreza es virtud agradable á Dios. Muchísimos son los pobres en el mundo, pero forzosos los más; es decir, que son pobres, porque no pueden poseer riquezas. Estos, es verdad que tendrán mucho merecimiento en la presencia de Dios si sobrellevan las privaciones, las molestias y las penas que les proporciona su estado, con gran paciencia, con resignación, y conformándose con la voluntad de Dios; pero muchos no aman la pobreza en que están sumergidos, antes bien la odian como enemiga de su voluntad y de sus deseos. Y aún estos mismos, si se conforman con su pobreza, apesar que adquieran merecimientos por su paciencia y otras virtudes indicadas, evidentemente, no tendrán el

mérito de la pobreza que alaba y recomienda el Señor para que nos haga perfectos. Si queremos conseguir este fin que nos enseña Jesucristo, hemos de amar á la pobreza, y aún buscarla. — «Vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.»

He ahí el valor inmenso que tiene para vosotros el voto de pobreza. El cual consiste en una renuncia espontánea, voluntaria, libre, deliberada, esto es, hecha con todo conocimiento, de los bienes de la tierra; por amor á Jesucristo pobre, y para semejaros más á él. Promesa que, como hija de vuestras convicciones y de vuestro afecto, la habeis hecho ante Dios y los hombres, á fin de tener libre el corazón para dárselo, sin reserva á vuestro divino Esposo.

Dejarlo todo, y para siempre, y por pura elección y voluntad vuestra, he ahí lo que es el voto religioso de pobreza. Esto es lo santo; y atendidas las debilidades y flaquezas humanas, lo admirable de semejante voto.

Y notad, que no consiste la grandeza de este voto precisamente en los muchos ó en los pocos bienes que sacrificamos á nuestro desprecio, en obsequio á Dios, sino en el amor con que le preferimos, al Señor, sobre las mismas riquezas.

*
**

Vosotras, ya se vé, no renunciásteis muchos millenes en el mundo; pero al hacer el voto de pobreza, renunciásteis á un porvenir más ó menos brillante ó rico, renunciásteis á todo bien mundano, á fin de conseguir el bien eterno, que es sobre todos los bienes. Sin embargo, el afecto, esto es, el amor santo con que hicisteis estos votos, dandoos á vosotras mismas, como lo único que os quedaba, á Dios nuestro Señor, merece, y conse-

guirá su recompensa. Lo dice el mismo Jesucristo.

S. Pedro, á quien con frecuencia instaban los demás Apóstoles para hacer ciertas preguntas á Jesucristo, puesto que le veían tan mimado por el Salvador, después de oír una terrible sentencia del Señor, pidióle explicaciones.

Y fué cuando después de haber dicho Jesús al joven de quien hablábamos hace poco, que fuese, vendiese lo que poseyera y lo entregase á los pobres; nuestro buen mozo quedó cortado, se puso triste, bajó la cabeza, y se fué. La lección de Jesucristo no le gustaba nada, porque tenía muchas posesiones. Vuelto Jesucristo á los discípulos les dijo: «En verdad os digo, que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos. Y aún os digo más: Es más fácil el pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.»

Pues bien: San Pedro, oído lo que acababa de explicar el Salvador, mirando á sus compañeros que deseaban que hablara, y animado de un deseo nada reprochable, tomando la palabra, y eucarándose con el Señor le dijo: — «Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa? Jesús le respondió: En verdad os digo, que cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó esposa, hijos, ó heredades por causa de mi Nombre, recibirá cien veces más, y poseerá después la vida eterna.»

Ya lo veis: esto último, está terminantemente dicho para vosotras. Es de fé, que el Señor ya os tenía presentes cuando hizo esta promesa, y para vosotras como para las demás hablaba.

Y como la palabra de Dios no os puede faltar, os doy de todo corazón mi enhorabuena.

Lo más notable que hay en este pasaje del Evangelio, y que más claramente manifiesta el espíritu del voto de pobreza, es la posición de Pedro en la sociedad, los bienes que dejó, y de cuya renuncia hizo mérito, y la grandeza de las promesas de Cristo.

Al fin y al cabo, San Pedro era un pobre pescador: á lo sumo, él tendría una barquita, unas cuantas redes, y varios chismes en su casa, pero muy poco dinero; porque dudo que quién la pase medianamente en el mundo, quiera dedicarse á un oficio tan rudo, y tan penoso, expuesto á tantos peligros, y tan poco lucrativo. Y esto no obstante, le dice confiadamente al Señor: — « Hemos abandonado todas las cosas. »

No sería mucho, dice San Jerónimo, si solo se hubiese limitado á renunciar á todas las cosas; porque lleva tales ventajas el librarse del peso de las riquezas de la tierra, que sin ningún género de virtud otros lo han hecho, por pura conveniencia, como Crates, á quien cita el mismo Santo y otros varios.

Este tal Crates, era un filósofo cínico, nacido en Tebas, unos 324 años antes de Jesucristo, y seguía una secta cuyos discípulos se hacían notables por el desprecio de todo lo que vale algo, en lo moral, en lo material, en lo espiritual, sin consideración alguna á nada ni á nadie absolutamente. Por esto les llamaban cínicos. Hoy también hay muchos cínicos en el mundo. Por pura vanidad, y por distinguirse, y hasta por sobreponerse á los suyos en su cinismo, Crates se privó de cuanto poseía, quedando enteramente pobre. Pero pobre en cuerpo y alma, porque no hizo este acto por ninguna mira de virtud ni de amor á Dios.

San Pedro añadió, y en esto se apoya el Señor para prometer sus recompensas á él y á vos-

otras; «que había seguido á Jesucristo». Esto, pues añade el citado San Jerónimo, el dejarlo todo, por seguir á Jesucristo, es lo propio de los Apóstoles y de los demás creyentes que les imitan.

En esto consiste la santidad de la pobreza; en ser, al mismo tiempo que voluntaria, practicada por amor á Dios, y para mejor seguir sus ejemplos y cumplir sus enseñanzas.

Por último, debeis fijaros mucho, muchísimo en el carácter especialísimo que distingue la pobreza verdadera, como virtud, de toda otra pobreza. No son precisamente los que carecen de bienes materiales, los pobres que Jesucristo ama; sino los que apartan su corazón del amor á las riquezas; y como que esta es una operación del alma, por esto se la llama pobreza de espíritu.

Ricos hay sobre la tierra, que aunque por posición en el mundo vivan entre riquezas, pueden tener ante Dios el mérito de la pobreza santa, por el amor que profesen á esta virtud, y su ningún afecto á los bienes temporales, que usan de ellos, como dice el Apostol, como que no fuesen suyos.

Pobres hay también, y muchos, entre nosotros, que carecen de todo, y no tienen ningún mérito en el ejercicio de su vida pobre; porque sufren sus privaciones violentamente, porque están llenos de envidias, de ódios, de pensamientos malos, y de una impotente rabia.

Unir ambas pobreza, la del cuerpo, ó de los bienes materiales, y la del alma, que lejos de apetecerlas las desprecia, esto es lo bueno: el buscar voluntariamente esa pobreza, renunciándolo todo por el Cristo, es una virtud excelente; seguir á Jesucristo en esta santa y buscada pobreza, y hacerle voto á Dios de permanecer siempre así, es lo más perfecto.

Y no solo encontrareis en la otra vida vuestra

recompensa, aunque no debeis desear otra en la tierra; pero Dios es tan generoso, que hasta aquí en el mundo empieza á daros el ciento por uno.

Dejar, como dejais, la tierra por el cielo, seguramente, bien pensado es poca cosa; y sin embargo él os da tesoros interiores que no puede arrebataroslos el ladrón, como os podría robar los dineros ó billetes de banco, ú otros bienes materiales. La seguridad esta, que os libra de los cuidados que afectan á los ricos, ¿qué os parece vale poco? Y eso de que en vez de los cuidados materiales de los bienes, que alejan el sueño y quitan la paz interior, podais decirle á Dios todas las noches: — «Aquí tenéis, Señor, mi alma, mi corazón, mi amor; todos mis bienes; guardadlos en vuestro pecho mientras yo descanso»; y echaros á dormir sin ningún quebradero de cabeza: ¡oh! vosotras no podéis apreciar la dicha que tenéis!

El alma desprendida de esos lazos, que siempre sujetan á la tierra á los que cuidan unos ú otros negocios temporales, vuela á la región de Dios, y sin pensamientos del mundo, que la turben, puede permanecer quieta, insensible á lo de fuera en su trato con Dios, en la oración, en la meditación, en la contemplación más elevada; pues á semejanza de la gran mística española Teresa de Jesús, dice con un suspiro que brota de su corazón entre dulcísimos éxtasis:

¡Oh!

Quién á Dios tiene
Nada le falta.

Y así, metiditas por el amor en el adorable corazón de Jesucristo, no pensais, por pobres que seais, que os pueda faltar algo para el sustento

de su cuerpo ni para otro día; porque aun sin leer el Evangelio, el corazón enamorado de su Dios se hará estas reflexiones: — «Si el Padre celestial cuida con tan tierno afán de las florecillas del campo, y las cubre de tan galanas vestiduras y de tan lindos colores; si á las avecillas del cielo las sustenta y las viste con plumajes tan finos y vistosos, ¿á mí, que soy su imagen amadísima, á mí, que todo lo he abandonado por Él, á mí, que soy su esposa, y me ama tanto, me dejará sin consuelo y sin atender á alguna de mis necesidades?»

¡Dichosa pobreza, que enriquece á los que la poseen, cuando esa pobreza es sincera y solo espera en Dios!

¡Dichosos los pobres de espíritu y de bienes materiales, porque conseguirán, después de la paz de su alma, el reino de los cielos!

Eso sí, Hermanas mías, no seais melindrosas en reparar lo que se os da para vestir y comer: sed en todo indiferentes y obedientes, no reparando en lo que se os da de limosna por Dios.

Y es también faltar á la pobreza no cuidar bien lo que se os dá, malgastar las cosas, los vestidos; no cuidar de ellos, y gastar más de lo que es necesario en cualquier sentido.



Hijas del voto de pobreza

I

Confianza en Dios

Por lo mismo que debéis amar la pobreza con absoluta renuncia de todo, debéis abandonaros por completo en manos del Señor.

Ya lo hemos indicado anteriormente: pero como este acto de confianza, ó más bien, de continúa seguridad, que pone el corazón en Dios, le es sumamente agradable, bien podemos consagrarle un parrafito, para que procureis grabarla profundamente, siempre más y más, en vuestras almas.

El Señor es, conforme la expresión de la Escritura, celoso de nuestro amor: y no se contenta con que practiquemos una que otra obra para honrarle, ni desea tampoco que nos quedemos en el limitado y mezquino cumplimiento de nuestros deberes.

Muchos son, Hermanas mías, los que respecto á Dios se conducen exactamente como en sus relaciones con sus semejantes; pagan justito, exactamente lo que es debido, pero ni un céntimo de sobras, ni una palabra de afecto, ni nada absolutamente que no sea de una obligación estricta, á fin de conservar el carácter de personas honradas, y nada más.

Por desgracia seguimos demasiado este mismo procedimiento en nuestras relaciones con Dios. Muchos, muchísimos, dentro y fuera del voto de religión, tienen un gran cuidado, eso sí, de no faltar en ninguno de los preceptos de la Ley, ó de las santas Reglas. Cosa muy laudable y que conduce seguramente á la salvación: pero para agradar completamente á Dios, y particularmente

vosotras, que os gloriais de ser esposas suyas, esto no basta.

Por más que esta conducta sea muy corriente, y lo lamento, entre las personas de bien que hoy se estilan, estad bien ciertas que á esto le falta un granito de sal, ó más bien, un buen puñado de esta sustancia, aunque espiritual, para hacer sabrosa al Esposo la comida de la exactitud en el cumplimiento de vuestros deberes.

Ha de haber en esto la sal del amor verdadero; porque eso de ser exactas en todo, como supongo, es una comida buena, en cuanto nutre al alma por el santo temor de Dios, que la acompaña, y el deseo de huir de las penas y lograr el cielo; pero es insípida, porque no da el deleite que hace ser más rico y agradable un plato ya de sí bueno y sano, cuando se le sazona con todas esas yerbas y otras sustancias, que para el cuerpo sabe aderezar la gula en las cosas materiales.

Pues bien; lo que para el común de las gentes parece difícil, y lo es hasta cierto punto, para vosotras se os ha hecho sumamente fácil, con el voto de pobreza practicado con tanto fervor, que es la sal de todas las buenas obras.

Muchas son las necesidades de que estamos rodeados en la tierra; y como el Señor en castigo de la primera culpa condenó á la humanidad á ganarse el pan, y con el pan todo cuanto le convenga, con el sudor de su rostro, parece como que tuviésemos, generalmente, una propensión innata á confiar únicamente en nuestras propias fuerzas.

En vez de pedir á Dios apoyo, el cual nos daría más facilidad para conseguir lo que nos conviene, fatalmente formamos nuestros cálculos, las más de las veces, casi sin contar con Dios. Yo lo he oído, Hermanas mías, muchísimas ve-

ces, y os confío que me dolía y me duele de veras, de labios de personas realmente intachables en su conducta cristiana, discurrir, argumentar, explicar sucesos pasados ó venideros, apoyándose únicamente en los cálculos humanos, sin levantar para nada los ojos ni el corazón á Dios, y aún teniendo como cosa fuera del caso, alguna oportuna reflexión que tendiese á esa confianza santa en Dios.

*
**

Nacen, como es consiguiente, de esta costumbre poco confiada en nuestro Padre celestial, los disgustos, los desengaños, las desilusiones, las amarguras, los desesperos, las palabras poco cristianas, y cosas por el estilo, debido todo á que formamos nuestros recursos, esto es, ó en el favor de los hombres, ó en el dinero; delirio todo esto, que no puede dar de sí otras cosas que las que sirven de tema á tantas y á tan extrañas lamentaciones como nos acompañan en la peregrinación de la vida actual.

Pero es el caso que vosotras, con el voto santo de pobreza voluntaria, real, y efectiva, con ese absoluto desprendimiento de poseer cosa alguna del mundo, fuera de Dios, naturalmente os habeis hecho ajenas á todo lo que busca el comun de las gentes, mientras que teneis, como los otros, una multitud de necesidades, hijas de vuestra condición humana. Porque es bien cierto que, aunque vuestra vida es más espiritual que del cuerpo, á diferencia de las personas del mundo, sin embargo arrastrais todavía el cuerpo, y con él os veis oprimidas por las necesidades que lleva consigo su conservación, y apretadas por las enfermedades, y oprimidas por las flaquezas y debilidades, y en el estrecho deber de cuidarlo para con él servir mejor á Dios mientras permanezca unido al espíritu.

Por el voto santo de pobreza os privais, por amor á Dios, de los bienes terrenales; y es claro que permaneciendo fieles á los santos votos, nunca jamás podreis esperar el poseer aquellos bienes, ni, por lo tanto, sacar de ellos el menor provecho.

Y ved ahí, por una parte, como esa misma imposibilidad de encontrar alivio para vuestras necesidades en las cosas de la tierra os inclinará á buscarlo en Dios, puesto que á obsequio suyo os habeis hecho verdaderamente pobres.

A más de que el amor y la bondad con que os mira el Esposo, en vista de vuestra fidelidad, es el imán que atrae vuestros corazones con más fuerza que esos sentimientos de naturaleza.

Porque ahí hay más que el cumplimiento de los deberes de que antes os hablaba. Vuestro voto ha sido un acto de supererogación; es el cumplimiento de aquel consejo del Salvador: — « Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes; dadlo los pobres, y sígueme. » No es un precepto; es un mero consejo. Pero vosotras lo habeis cumplido con cariño, y con deseo, y con ansias muy grandes, y hasta con lágrimas. Y no es solamente ya la necesidad, sino el cariño, el deseo de agradar al Amado hasta en aquello que no manda, pero que sabeis que ha de complacerle, lo que os ha inducido á proferir el voto de pobreza.

Eso es lo que vale más que todo.

Cumplir los Mandamientos, y evitar las culpas, lo hace toda alma recta y temerosa de Dios; pero hacer por el Amado aquello que no exige, únicamente por el ánsia de darle gusto, esto es propio de las almas delicadas y verdaderamente amantes. Así es como merecis poder decir con la Esposa de los Cantares: — « Mi Amado es todo para mí y yo soy toda para mi Amado. »

Y es claro; como el Señor no quiere ser vencido por el alma en estos actos de amor y de

generosidad, se entabla una dulce competencia de afectos y regalos espirituales, en que sale siempre el alma gananciosa; pues vencida por la ternura de su Dios, por quien ha dejado todo lo del mundo, y hasta el afecto á las cosas terrenas, pues en esto consiste la grandeza del voto, acaba por decirle á Dios: — « Señor; aquí me teneis. »

Y confiada enteramente en su Dios

Nada la turba,
Nada la espanta,

porque aun sin discurrir nada, solamente sintiendo en su corazón las influencias de la gracia, deja al cuidado de Dios cuanto pueda ocurrirle, segura de que el Señor, que sabe y puede, no dejará de encaminar las cosas del modo que mejor convenga.

Vivid, pues, en el más completo abandono en la Providencia divina, que cuida más de vosotras que de los pajarillos del cielo.

II

Lá riqueza en la pobreza voluntaria

Ser ricos con el voto de pobreza, y habiendo renunciado á todo, parece una paradoja. Y, en verdad, eso es lo que no saben entender las gentes.

Ya se vé; no es cosa de pensar que por el voto de pobreza os condeneis á morir de hambre: lo que hay es que particularmente, nada teneis propio; y en esto consiste la pobreza verdadera; que haya ó no haya bienes en el fondo de las arcas conventuales, las religiosas no tienen más ni menos. Es el modo con que Dios favorece á sus esposas; y que sea por dineros

guardados, ó que vengan diariamente de limosna, importa nada. La Providencia de Dios es la que provee, de un modo ú otro, á las pobrecitas que por amor suyo dejaron todo lo del mundo.

Es cosa rara por demás lo que sucede en el mundo; unos se afanan extraordinariamente en acumular riquezas, y nunca tienen bastantes, y temen con horror á la pobreza, y con todos sus tesoros carecen de lo que da mas contento al alma, de la paz, y hasta de la satisfacción en esos mismos bienes que acumulan; y otros, como vosotras, que huisteis las riquezas, prometisteis á Dios vivir en pobreza perpétua, y absoluta, y sin embargo, de nada careceis, y todo lo poseeis; esto es, que siendo pobres, en realidad sois ricas, pero no á la manera del mundo; al revés de los otros, que pareciendo ricos, en realidad son pobres.

Vosotras podeis muy bien apropiaros aquellas palabras con que S. Pablo, escribiendo á los Corintios, les inculcaba como deben distinguirse los que se consagran á Dios, diciendo que vivís: *sin tener nada poseyendo todo; nihil habentes, et omnia possidentes*; mientras que muchísimos que pasan por ricos en esta miserable tierra, viven *teniendo todo, sin poseer nada; habentes omnia, et nihil possidentes*.

Pero vamos á cuentas. ¿En qué consiste la riqueza? ¿Qué quiere decir ser rico?

De ordinario son tenidos por ricos aquellos que poseen riquezas materiales; ó muchas haciendas, ó mucho dinero, ó muchos rebaños, como en los antiguos tiempos. Eso, si no da otra cosa que la posesión de los bienes, fácilmente se comprende que, lejos de aprovechar, es un obstáculo para la felicidad, aún en este mundo, que es la única que podrían proporcionarnos las riquezas.

Porque éstas, á los ricos, no les pueden aumen-

tar los sentidos para que gocen más que sus semejantes; antes al contrario, á fuerza de gozar se les embotan los mismos sentidos corporales, y acaban por no experimentar ninguna sensación agradable. La posesión de estos bienes aparta el corazón de Dios, porque lo arrastra hácia su tesoro, del que acostumbra el rico ser avaro; y como nada le da el oro, que halague su corazón, le tienen triste, lánguido, hastiado de todo lo que ve, y sin estímulo que le dirija al cielo.

Al contrario sucede en vosotras. Ese mismo excelente voto que proferisteis ante Dios, y con el cual arrancasteis el corazón de las riquezas, es el principio de toda vuestra riqueza verdadera. Como sois pobres de veras, nada teneis: ni dinero, ni hacienda, ni vestidos, ni nada absolutamente de lo que constituye la riqueza terrena. Y como por razón del mismo voto nada esperais del mundo, y por otra parte parece que tengamos todos cierta inclinación á adquirir algo, no esperándolo de la tierra, lo buscáis en el cielo. De ahí nace esta especie de contrasentido, que solo lo explica el amor divino; que consiste en que, por lo mismo que sois pobres, por esto sois perfectamente ricas.

Dicho está ya en lo que explicamos antes que aquí se realiza con toda plenitud la promesa de Jesucristo. Puesto que todo lo habeis renunciado por El, y le habeis seguido, teneis derecho al ciento por uno; y Él, os lo da ya en el mundo, dejando para más tarde la vida eterna, que es el coronamiento de sus recompensas, y la que poseeréis, con sus divinos auxilios. *Centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

Le habeis dado unas riquezas mezquinas, porque aquí no hay otras, y Él os da su gracia, su amor, su unión con vosotras, que vale más que todo, y son riquezas sin límites.

Riquísimas sois, bajo la protección de Dios, que vela por vosotras, y que nunca os abandonará.

El rico se goza, y mal, en la posesión de sus bienes, que perecen, ó ha de dejarlos pronto.

Vosotras os gozais en la posesión de Dios, que es riqueza verdadera, y fuente de todos los bienes y riquezas, que no os faltará jamás.

El rico, al contemplar sus tesoros, los cuenta, y siente pesar cuando ve que se le disminuyen, y teme perderlos; y este temor aumenta á proporción del mayor número de capitales que acumula en esta miserable vida.

Vosotras, contemplando á Dios, que es el tesoro de vuestra alma, recibís sus gracias, riquezas inmensamente más preciosas que el oro, sin contarlas nunca, sino recreándoos en ellas; sin temor alguno de perderlas, porque las teneis seguras; y aumentando mas vuestra tranquilidad en la posesión de Dios, cuando mas derrama el Señor abundantísimo el caudal de bienes con que se complace en engalanar vuestra alma.

El rico, á la vez que va gozando de sus bienes, va perdiendo el placer que le ocasionaba la novedad en un principio, y encuentra desabridos los goces de la vida.

Vosotras encontrareis en esa riqueza de Dios, y en la posesión de ella, siempre placeres nuevos, y siempre más y más vivos deseos de estar con Dios, que os recrea el corazón.

Al rico, sus riquezas le ponen caviloso, pensando en negociarlas y guardarlas.

Vosotras estais alegres; como que no podeis perder nada, no os dan cuidado las cosas de la tierra, y mirais al cielo, que es vuestro.

El rico, rara vez tiene paz en el corazón. Sus riquezas se la quitan.

Vosotras disfrutais de esa envidiable tranquilidad de espíritu, que es el tesoro de las almas justas.

No os falta Dios, que os tiene á su cuidado, y os guarda; os da comida, cuando la necesitais, y os viste. Os conserva sin penas por lo que teneis, y sin cuidados para el porvenir. ¿Qué más podriais desear?

¿Existe sobre la tierra un rico que lo sea tanto como lo sois vosotras, que con solemne voto os habeis hecho pobres?

¿Qué es lo que os falta? ¿Qué os puede faltar?

Teneis todo lo que quereis, y no deseais más que lo que teneis.

Gustos, deseos, aspiraciones, todo está en vosotras satisfecho, porque teneis á Dios; y

Quien á Dios tiene,
Nada le falta.
Solo Dios basta.

Eso sí; una religiosa antojadiza y amiga de sus comodidades no tiene el espíritu de pobreza y falta á sus votos: entonces vive descontenta y no agrada al divino Esposo, que en todo quiso mortificarse.

Por fin, para que sepais despreciar las riquezas, comodidades y grandezas del mundo, y comprendais asi mejor vuestra felicidad en ser religiosas, no solo quiero recordaros que el gran Salomón después de haber disfrutado de todo lo que el mundo apetece acabó por confesar que todo *era vanidad de vanidades*; sino que el gran Felipe II, rey de España declaraba en sus últimos días que con gusto hubiese trocado su corona y manto real por el humilde sayal del religioso lego de cualquier comunidad religiosa.

Ved, pues, lo que valen las grandezas del mundo comparadas con las de la vida religiosa. Despreciad, por tanto, las tentaciones con que os venga satán recordandoos la felicidad engañadora de los bienes del mundo.



El voto de castidad

¡El voto de castidad! Es el holocausto más puro y agradable que ofreceis al Esposo divino, y que á El os une con purísimo y virginal broche.

La virginidad es algo divino, que los mismos paganos comprendieron con su admiración en los honores que rendían á sus Druidas y Vestales.

Pero veamos como la aprecia el Señor en la sagrada Escritura.

El Apóstol del amor, vírgen como el Maestro divino, habla de este modo en el sagrado libro del Apocalipsis.

« Y hé aquí que miré; y ví que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en su frente el nombre de él y el nombre de su Padre.

« Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estampido de un trueno grande: y la voz, que oí, era de citaristas que tañían sus cítaras.

« Y cantaba como un cantar nuevo ante el trono, y nadie podía cantar *ni entender* aquel cántico, fuera de aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra.

« Estos son los que no se mancillaron... por que son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde

quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres como primicias *escogidas* para Dios y para el Cordero...

« Ni se halló mentira en su boca: porque están sin mácula ante el trono de Dios. »

Ved ahí, amadas Hermanas mías, en pocas, pero elevadísimas palabras, el mejor elogio que se puede hacer del voto de castidad con el cual os habeis consagrado á Dios.

Allá en el cielo vemos á los vírgenes, y á las vírgenes formando un coro especial, el más elevado, el más cercano al Cordero sin mancha. Esto os dice lo mucho que ama Jesucristo á la virginidad, cuya perfección angélica le habeis ofrecido á Dios en vuestra solemne promesa del voto de castidad.

¿Qué mucho, si el mismo Salvador del mundo que se dignó permitir que le acusaran sus enemigos de todo lo malo, nunca quiso ser tenido por menos casto en su cuerpo ni en su alma?

Encanta la descripción que nos hace San Juan, de la gloria que las almas vírgenes gozan junto á Dios. De un modo especial se gozan en el Señor, allí, en aquella bendita sociedad de los bienaventurados, llevando escritos en sus frentes el nombre del Cordero y el de su Padre omnipotente.

Con estas palabras quiere significar el Escritor sagrado la confesión pública del nombre del Señor, que hacen las almas castas; y en especial vosotras, que contra la corriente del mundo, entregado á las pasiones más brutales, habeis prometido á Dios, no como quiera, sino con voto solemnísimos, á la faz de todo el universo, que por amor á Jesucristo os apartabais enteramente, y sin restricción de tiempo, de los gozes materiales, para consagraros á vuestro divino Esposo.

« Fueron rescatados de entre los hombres, como

primicias escogidas para Dios y para el Cordero. »

El fué, amadas mías, quien os escogió: pero decidme: ¿qué merecimiento teniais para que os honrara tanto? Mas vosotras, correspondiendo á la vocación divina, os habeis hecho dignas de aquella recompensa excelsa. ¿Quiera el Señor teneros para siempre, por vuestra perseverancia, en el número de sus escogidos!

Y ¿os habeis fijado en este cántico nuevo? Es un canto sumamente agradable, muy excelente, y en el cual se recrea el Señor: es un himno que nadie más puede cantarlo sino los vírgenes. Así lo dice el Apóstol. Es propio de aquellos que han sido por Dios apartados de las costumbres de los otros hombres, y de los sentimientos que dominan en el comun de las gentes.

En cierta ocasión el Salvador del mundo instruía á sus Apóstoles, para que más tarde comunicasen á los pueblos aquellas sublimes lecciones que brotaban de sus divinos lábios. Les manifestaba los deberes, y obligaciones, y respetos que los casados han de guardarse sobre la tierra, y la firmeza del vínculo matrimonial que los une para mientras les dura la vida. Oído cuanto el Señor tuvo por conveniente explicarles, los apóstoles aturdidos le dijeron: -- « Si tal es la condición del hombre con su mujer, no tiene cuenta el casarse. » A lo que repuso el Señor: « No todos son capaces de esa resolución, sino aquellos á quienes se les ha concedido *de lo alto*. » Y vosotras pertenecéis al número de aquellos á quienes ha sido concedida esta gran merced.

Por esto es que en el cielo no todos pueden cantar aquel himno de los vírgenes; porque solo pertenece á éstos; y así como, mientras vivimos en la tierra, la mayor parte no entienden esto de la virginidad, en el cielo tampoco pueden cantar

aquellos cánticos que no entienden, porque no son propios suyos.

Y ved también, como dándonos á entender la gran privanza que disfrutaban en el cielo delante del Cordero las almas que se conservaron vírgenes en la tierra, nos manifiesta igualmente la Escritura, la bella libertad con que cantan con preferencia á los más encumbrados Santos.

* * *

Gran dicha es para vosotras, Hermanas mías, ser contadas en el número de esas almas vírgenes que siguen al Cordero, y le siguen donde quiera que vaya. Entre millares y millones de almas buenas os cogió el Señor; llamó á vuestros corazones, y os separó de la masa terrena de la humanidad, entregada únicamente á las cosas sensuales, para que formaseis parte de ese coro de vírgenes, que alaban su grandeza, y le cantan un cántico nuevo; canto que el mundo no entiende, por lo que dice el Apóstol: que « el hombre sensual no entiende las cosas que son propias del espíritu. »

No; el mundo no sabe comprenderlo; ese voto de castidad es superior á todo lo de la carne: pertenece á un orden de ideas diametralmente opuestas á las del mundo; es cosa de Dios, y malamente pueden penetrarlas los que viven una vida más ó menos materializada.

Si es verdad, y gracias á Dios, lo es, que hay en el mundo y en otros estados una multitud de almas virtuosas que alaban al Señor y le sirven con fidelidad, no cabe la menor duda que la castidad que le habeis profesado á Jesucristo es lo más perfecto, según El mismo acaba de manifestárnoslo en los Libros Santos.

Para vosotras, que con vuestros santos votos

habeis roto ya los lazos que sujetan el espíritu á la carne, ha comenzado en cierto modo la posesión del cielo acá en la tierra; y como que permaneciendo fieles al Señor es imposible que os falten los auxilios de su gracia, bien podeis recrearos en estas alabanzas propias de los vírgenes y las vírgenes del cielo, que nadie entiende, ni « nadie puede cantar sino ellos solos. »

Es bien cierto que el mundo no sabe comprender este lenguaje, ni lo que significan vuestros votos; y por eso los moteja, y desbarra tontamente hablando de lo que no entiende; y por esto también el Señor, que os ha sacado de medio de tanta corrupción, escucha con rostro placentero y corazón amante los cánticos de amor que salen para El de vuestros labios virginales.

Eso, Hermanas mías, ese voto que á semejanza de la Inmaculada Señora del mundo le habeis hecho á Dios, es lo que os engrandece y os hace ser merecedoras de grandes beneficios. Pero no olvideis jamás, que aunque haceis en la tierra vida de bienaventurados, es lo cierto que todavía no estais en el cielo.

Eso debe avivar vuestra vigilancia, para conservaros siempre dignas é inmaculadas esposas del Cordero Inmaculado.

Esa merced tan grande, la vocación de Dios, que os ha sacado de la masa comun, de los hombres para colocaros entre los coros de sus amadas vírgenes, no hay duda que excita el rencor y la ira del demonio contra vosotras, que con voto renunciáis á la sensualidad, con la cual él arrastra tantas almas á su perdición eterna.

Por esto es que os tentará, como tentó á San Pablo, como tentó á San Jerónimo, como tentó al grande solitario San Antonio; y á tantos y tan fervorosos discípulos del Señor; pero no os desalentéis en las tentaciones; oponed á ellas un buen

caudal de confianza en Dios y de paciencia santa sed cada vez más castas de cuerpo y de entendimiento; hacédle con frecuencia al Señor actos de ratificación en los sagrados votos; y como estará Dios con vosotras, venceréis. Decidle siempre á satán, á semejanza del apóstol Pablo: «Si Dios está conmigo, ¿quién podrá cosa cosa alguna contra mí?» Soy de mi Esposo divino y de nadie más: por eso me puso una señal en la frente.

Hermosa virtud es esta, y superior en belleza, la práctica de ella, á toda otra virtud. Porque todas las demás virtudes las practicamos, digámoslo así, conservando nuestra propia naturaleza, cuyos vicios y flaquezas debemos soportar y vencer, practicando actos que nos hagan ser gratos á Dios.

Pero la virtud excelsa de la castidad, conservándola el hombre ó la mujer en el estado y profesión de vírgen, no solamente nos une á Dios, sino que en cierto modo eleva nuestra naturaleza; dominamos las inclinaciones y bajezas de la carne, y tratamos de vivir, y con la divina gracia vivimos atendiendo solo, en nuestras acciones morales, á la vida del espíritu. Ese es el vivir de los ángeles; y por esto á la virginidad se la llama virtud angélica, porque nos asemeja á los ángeles del Señor, que son purísimos espíritus.

¡Bendito sea Dios, que en su bondad infinita os ha querido escoger para tan gran destino acá en la tierra! Sois, Hermanas mías, una especie de espejos en los cuales el mundo ha de ver, como en reflejo, la imagen de los ángeles del cielo.

¡Quiera Dios, como le ruego y espero, que este espejo de vuestra alma y vuestro cuerpo sea siempre brillantísimo, y que nunca lo empañe ni el más lijero hábito de un solo pensamiento que no sea dirigido al cielo!

Tened, sin embargo, mucho cuidado de ser castas en los pensamientos, palabras, obras, y deseos;

porque satán no dejará de tentaros, pues que os envidia; como quiera que la castidad os hace semejantes á los ángeles del Señor y es la corona más pura y hermosa de las vírgenes Esposas del Cordero Inmaculado. Este solo voto os hace grandes con grandeza sobrenatural; que tiene sin embargo, la humildad por fundamento, ya que sin la gracia de Dios nada podeis. Solo debeis gloriaros en Cristo, vuestro amante Esposo, al que jamás podreis ser infieles, sin degradaros y perderos.

Para consuelo vuestro, y fortaleza en las tentaciones contra la castidad, que durarán mientras dure la vida, os recordaré este pasaje de la Escritura. A fin de que no se infatuase, Dios permitió que S. Pablo fuese humillado con el aguijón de las tentaciones sensuales: le pidió al Señor que le librase de ese aguijón; y le contestó: «Te basta mi gracia: *sufficit tibi gratia mea.*» Así vosotras, no os desalenteis: recurrid al Señor y os libraré con su santa gracia.

Los compañeros del voto de castidad

I

Desprecio de los goces mundanos

El voto santo de castidad no se limita á la renuncia absoluta de toda obra contraria á esta virtud angélica, ni al apartamiento de toda idea ó pensamiento que pueda manchar la hermosura espiritual y la pureza corporal de la virgen del Señor, ni al enfrenamiento de la lengua, para que no caiga en espresiones impropias de vuestra profesión.

Ese voto sagrado es más que todo esto; pues en él se incluye la resolución deliberada que for-

mais de no participar en nada absolutamente de los gozes que en un sentido ú otro les son permitidos, hasta cierto punto, á las demás personas. Es claro; la que se consagra á Dios, como vosotras, y se aleja del mundo, ha de vivir una vida enteramente conformada con el espíritu de Dios, sin participar absolutamente de aquellas pequeñeces que forman las delicias de los que viven en medio del mundo.

Si al Señor le dan náuseas todos aquellos que quisieran, y procuran, ó buscan consagrarse á Él, pero sin faltar por otra parte á las leyes y costumbres del mundo, que cuando no son pecaminosas, pocas veces dejan de ser torpes, ¿quién duda que á la religiosa le exigirá con más rigor que le entregue por entero el corazón, sin que le satisfaga una partecita más ó menos grande?

¿Y cómo se manejaría una pobre religiosa que tuviera esparramados los afectos de su alma entre su esposo Jesús, y el mundo, que los aborrece á los dos? De aquí habeis de inferir, que al ofrecerle al Señor la perpetua castidad de vuestra vida, le ofrecisteis también la continencia de toda satisfacción mundana, y de todo placer sensual.

Esto no os lo digo precisamente para instruiros en lo que claramente sabiais ya desde mucho antes que hiciérais vuestros solemnes votos; sino porque fácilmente pueden leer este librito, que está escrito para vosotras, otras personas que no estén animadas de igual espíritu, y para que comprendan que no obran así á medias, ni á la ligera, sino con plena resolución de ser otras enteramente distintas de las que fuera del estado religioso, llevan diverso género de vida, más regalado, sí, pero menos perfecto.

Y tan sabido lo teneis, vosotras, y otras muchas jóvenes que aspiran á la vida religiosa, que

las hay en gran número que desean ardientemente entrar en religión para librarse de las impertinencias, de las bobadas y locuras de esas que se ha dado en llamarlas diversiones, á las cuales ¡pobrecitas! por obediencia tienen que asistir, contra su voluntad, algunas veces.

Yo no sé si puede darse una necedad mayor que la de los hijos del mundo, en sus censuras contra vosotras, forjándose, como quien dice, un reglamento extraño al que os quisiera sujetar antes que fueseis admitidas en una Comunidad de vírgenes, y en los planes que inventan para privaros del cumplimiento de vuestros deseos santos. Celosos por vuestro bien, eso sí, lo aseguran como que hubierais de creerles, los muy tacaños con Dios, os quisieran á su lado para prodigaros diversiones, en lo cual, segun ellos dicen, no ven nada malo. Ya se vé; como que son sus gustos, para ellos ha de ser esto lo mejor.

Y ¡cosa rara! en esas niñadas igualmente caen muchas personas cuya conducta cristiana nada deja que desear.

Ya les habreis oido, en vuestros pasados tiempos, esos discursos extraños, hijos de la prudencia humana.

« Que no debiérais entrar en Religión siendo muy jóvenes.

« Que antes de entrar en Religión habrían de llevaros á tomar parte en todas las diversiones. — (Esto es ridículo.)

« Que es necesario que se conozca todo, el bien y el mal, para saber escoger, etc., etc. » — (Esto es peor todavía.)

De suerte, que según el mundo, para ser buena esposa de Dios, es preciso que antes os espongan á perder la virtud.

Según vuestros censores, una joven no puede

consagrarse á Dios sin que haya perdido la inocencia; ó cuando menos, se han de poner en acción todos los medios que la esponen á perderla. Porque, ó yo no lo entiendo, ó á eso conduce el llevar á una jóven buena y cándida á aquellos sitios en que por milagro se sale tan limpio de corazón como se entra.

Y donde el corazón se mancha, el alma no gana nada.

Y aún es mucho más cruel la prueba, y desacreditado el sistema, que pretende que, antes de elegir se conozca lo bueno y lo malo. ¡Cómo que no fuera una palpable impiedad poner en parangón á Dios y al mundo, y á las obras de uno y otro!

Ya en el paraíso terrenal el enemigo arruinó á Eva con esa falaz promesa, que había de conocer el bien y el mal.

Cuando se conozca el bien, y se posee, y se ama, ¿qué necesidad tenemos de conocer el mal? ¿á qué conduce? A torturarnos el alma.

Es cosa sumamente extraña que en los negocios del espíritu se pretenda, por parte del mundo, seguir un procedimiento enteramente contrario al que seguimos con respecto al cuerpo, y que la esperiencia nos acredita ser lo más razonable y lo mejor. Una cosa es investigar si se tiene ó no vocación para el estado religioso, y otra cosa probar la vocación con los peligros del mal.

Pues ¡qué! ¿Por ventura un rico intenta nunca ser pobre para luego escoger entre la riqueza y la pobreza?

El que está sano, ¿busca nunca las enfermedades crueles para tener el gusto de saber lo que mejor le conviene? Ya cierto como está de la bondad de su salud, ni por pienso jamás intenta probar los sufrimientos.

Y es, amadas Hermanas mías, que sataná

loso de la dicha que os da el veros libres de sus arterías, y en lugar mucho más seguro que el mundo para defenderos de sus tiros, trabaja desesperado, inspirando ideas mentirosas y torpísimas á todas luces.

Porque, vamos á ver. Aún dejando á un lado la grandeza y santidad de la virginidad y la belleza de la castidad, que os hace amables á los ojos de Dios y dignas de respeto aún á los del mundo, ¿sabéis lo que dan de sí los placeres de la vida?

Son de tal naturaleza, que antes de poseerlos el alma seducida por sus atractivos, le parecen una cosa encantadora; pero una vez disfrutados, cae la ilusión, y no dejan nada más que el vacío en el corazón, el desengaño en el entendimiento y una atormentadora insaciabilidad.

Y los desengaños, siempre son tristes y las aspiraciones insaciables, insufrible tormento.

Esa es la experiencia cotidiana. Ya veis el bien que os desean los que os tienen lástima, según dicen, por no poder participar de tan lindas niñerías mientras que estais en posesión de los bienes sólidos con que os recrea el espíritu vuestro divino Esposo.

Reíos pues, Hermanas mías, de esas inocentadas del mundo, y gozaos en Dios, á quien habeis hallado, y en cuya compañía vivís, tranquila, dulce, y pacíficamente aquí en la tierra, como acostumbrándoos á la existencia suvísima, que disfrutaréis allá en la gloria en el seno de la divinidad.

Bien recompensado está el voto con que os habeis ofrecido á Dios privándoos de los goces materiales, puesto que librándoos de los males que llevan consigo, os llena el corazón con la dulzura de sus gracias, que derrama sobre vosotras á raudales el Señor.

A la verdad, se os puede aplicar, por vuestra elección tan acertada, las consoladoras palabras que

dijo de María Magdalena el Salvador del mundo:

«Habeis sabido escojer la mejor parte», al haceros religiosas.

II

Amor á los Padres

Después de Dios, el amor más natural y santo es el que profesamos á los que nos han dado el ser. La Escritura divina nos inculca con frecuencia este amor, que al mismo tiempo es un acto de gratitud y de justicia.

El mundo, injusto siempre con vosotras y que casi siempre al mismo tiempo que injusto es soberanamente ignorante, os acusa también, como en todo, de poco amor á los que os han dado la vida material de que gozais. Y esto que vuestros acusadores, los hijos del mundo, suelen ser los que más ejemplos dan de ingratitude filial, y los que más amarguras siembran en los corazones de sus padres.

Cosa que por necesidad debe suceder así: porque aquel que odia, y calumnia á las esposas de Jesucristo, ama poquísimó ó nada á Dios, y no le respeta del modo debido; y el que no guarda respeto á Dios, malamente lo tendrá á los hombres, aunque sean sus padres. A la experiencia me atengo. Díganlo, si no, los infinitos padres que hoy lloran la rebeldía de sus hijos.

Y digan igualmente cuan grande es el respeto con que les tratan, el amor con que les sirven, y la dulzura con que les corresponden sus hijas piadosas, y entre éstas, las que Dios llama á la vida religiosa.

En este punto hay que notar, y es de suma importancia, que entre los que son poco ó nada observantes de los preceptos de la religión, aún

algunos que aman á sus padres sobre la tierra, no les aman casi nunca del modo debido.

El Salvador del mundo, que como ha venido á la tierra para enseñarnos el camino del cielo es el maestro mejor y el más perfecto al cual debemos oír, y del cual debemos aprender lo más interesante para el cumplimiento de nuestros deberes, nos ha dejado reglas terminantes, á las cuales vosotras religiosas, os habeis de sujetar más que ningún otro.

«El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, ha dicho, no es digno de mí.»

Esto se dirige á todos. ¿Destruye por ventura Jesucristo la ley del amor filial que habemos de profesar á nuestros padres? De ningún modo. Quiere, sí, que los amemos; pero quiere que no les prefiramos á El. Habemos de amarlos, como á los seres más dignos que hemos recibido de las manos de Dios; pero hemos de amar todavía más á Dios, que nos ha dado los padres.

Amando á Dios sobre todas las cosas, necesariamente amaremos á los padres, porque en ellos vemos representado el amor, la providencia, la bondad de Dios, y los amaremos por Dios. Este es el amor verdadero.

Pero si amáramos á los padres con preferencia á Dios, ó sin acordarnos de Dios, les amaríamos mal, y pecaríamos. Y así sólo es como pueden, en cierto modo, amar á sus padres hasta los impíos, que están apartados de Dios, pero no los aman bien.

Eso es un fantasma de amor, pues no les desean ni les procuran todo el bien que necesitan ó les conviene, en lo que consiste el verdadero amor, ni ruegan por ellos, ni imploran para ellos la misericordia ni los consuelos de Dios amándolos únicamente con un amor sensual, que nada vale para su bien.

Para esos infelices, como para muchos otros, que sin ser malos, acusan á las religiosas del vicio de ingratitud filial, todo su amor consiste en ciertas niñerías y bobadas que de nada sirven, y que con frecuencia ocultan ciertos planes sobradamente interesados.

Y aun, si fuera posible hubiese el rubor debido en los enemigos de Dios y de sus castas Esposas, debieran comprender que no son ellos los que mas pueden blasonar de amadores de sus padres.

¡ Amor filial! ¿ quiénes son los que más pruebas dan á sus padres, de semejante amor? ¿ Los hijos que se quedan en el mundo, ó los que como vosotras, dejais al mundo por Dios?

Ya sabéis que acostumbro hablar claro; y en esta materia, puesto que no solamente son los poco piadosos los que os acusan, sino hasta ciertas personas que realmente viven con arregladas costumbres cristianas, conviene que os diga toda la verdad, puesto que alguna vez una semejante acusación os pudiera haber quitado la paz de vuestro espíritu.

El caballo de batalla con que se apura á las pobrecitas religiosas y á los que solicitan serlo, es el espantajo de que para ser religiosas deben abandonar á sus padres, que no pueden consolarles en sus tristezas, que en sus enfermedades no les pueden asistir, que no pueden cerrarles los ojos en su última hora, y que, por último, en ninguna situación de la vida les son de la menor utilidad.

Estas y otras razones, manoseadas por todo el mundo, quizás tendrían un valor mas ó menoe real, si los hijos y las hijas que no se hacen religiosos, ó monjas permaneciesen continuamente junto á sus padres, y le dispensaran todo género de cuidados.

Pero cabalmente sucede todo lo contrario. Regularmente, la hija que no tiene vocación de monja procura abrazar otro estado, el del matrimonio; y debemos decirlo con franqueza, raras veces desean las jóvenes llegar á viejas antes de casarse, por el gozo de cuidar á sus padres. Quiere decir que si no se hacen monjas, no es por amor á sus padres.

Como es natural *consiguen*, la mayor parte, separarse también de sus padres contrayendo matrimonio; y los padres mismos se interesan en que las hijas tomen estado, á fin de procurarles un apoyo para cuando salgan ellos de este mundo. En esto advertimos, si, una gran prudencia y amor; pero no se comprende porque no se ha de ver la misma discreción de obrar con el mismo discurso, cuando la separación se realiza entregando las hijas, no á un hombre, sino al mismo Dios.

De seguro, las impiedades de los malos, y la astucia de satán, son los que han torcido, en esta parte, hasta los entendimientos más cristianos.

Porque; ¿ por ventura el marido, por bueno y digno que sea el que dan los padres á sus hijas, puede compararse, ni en un solo punto, á la grandeza y santidad del Esposo á quien se unen las buenas religiosas?

¿ Quién será capaz, ni por un momento, de suponer que un marido puede hacer tan feliz á su mujer, como el Esposo celestial puede hacerla, y de hijo la hace dichosa á su amada monja ó religiosa?

Y ¡ qué! ¿ Acaso la mujer, cuando se entrega al marido queda á la disposición de sus padres, en situación de prestarles los mismos servicios que antes? Aun dejando á un lado que el amor sensual es egoísta, y que el marido exige para sí

aquellos cuidados, atentaciones y desvelos que antes todos eran, en una buena hija, para los padres, hay otras razones por las cuales han de pensar los padres, que real y efectivamente, bajo este punto de vista pierden mas á sus hijas cuando se casan, que cuando se hacen religiosas.

* * *

El apóstol San Pablo, dice: « Por esto está escrito: dejará el esposo á su padre y á su madre, y se juntará con su esposa, y serán los dos una sola carne. » — *Los dejará*; dice: cosa que ninguna ley dice de las que se hacen religiosas, que si dejan á sus padres, solo es en cuanto á la vida común que con ellos vivían, no para juntarse á otra persona, con la cual forma la casada una unión tan íntima y especial, que exige la preferencia de sus afectos á todos los demás afectos naturales.

De modo que cuando la mujer se casa, siendo buena, como la supongo, ha de achicar el amor á sus padres, poniéndolos en tercer lugar, así: primero, amar á Dios; segundo, al marido; tercero, á los padres.

No sucede lo mismo con las religiosas; pues consagrándose totalmente á Dios, en el orden que han de amar y aman por Dios y en Dios, á las criaturas, siempre ocupan los padres el primer lugar después de Dios.

Esto es la pura verdad, sencilla y fácil de entender, cuando se piensa sin una prevención poco piadosa.

Viene luego eso de la asistencia á los padres. Y pregunto: ¿una mujer casada les puede atender mucho á los padres? — « Siempre es más fácil: » — contestan algunos. Pues no siempre es fácil, y muy raramente lo es. O si no, díganlo

las mismas que se encuentran en semejante caso, y las muchas, muchísimas, que en circunstancias muy apremiantes, y que no es del caso especificar aquí, no pueden, ni siquiera intentar prestarles el menor consuelo.

Más aún. ¿Y las que se casan y van con sus maridos á lejanas tierras? Esas sí que dejan voluntariamente á sus padres por un hombre. No es que yo las condene, ni lo repruebe bajo ningún concepto; pero lo digo, para poner en su punto la verdad de las cosas, cuando tanto empeño hay en confundirlas.

Pero la religiosa, cuyo corazón está libre de otro afecto que del divino, por amor á Dios ama á sus padres con más intensidad; y como que bebe su amor en el purísimo del Corazón de Jesucristo, trata con su Esposo divino, que no es celoso á la manera de los hombres, los intereses de aquellos que le han dado el ser; los ama, por que Dios lo manda, y porque la bondad de su corazón le inclina á procurarles todo el bien posible; y no cesa, puesto que no tiene otras preocupaciones, de rogar á Dios por ellos y de procurarles, de un modo elevadísimo, todo cuanto les es más conveniente para su dicha en el mundo y en la gloria.

No son ellas quienes con sus propias manos asisten á sus padres en sus enfermedades; pero el Señor, que las ama tanto, se hace de buena gana ejecutor de sus deseos, y provee á los padres de una asistencia tanto ó más consoladora, que no lo fuera la de sus propias hijas. Y ¿porqué han de ser tan crueles los padres que impidan la vocación de una hija, que encuentra toda su felicidad en la vida religiosa?

Además, el mérito de los padres que con gusto le consagran á Dios la hija de sus corazones, es grandísimo; y este tesoro ofrecido al Señor, y que

voluntariamente se le ha entregado, tiene un inmenso peso en la balanza de la misericordia divina, que los padres aprovechan para su bien. Y habrá entendimiento tan impío que considere á un hombre más agradecido á los padres de su mujer propia, que Dios respecto á los padres que le dan gustosos una hija suya por esposa?

Yo no sé si exagero; pero creo que no, asegurando que un padre, ó una madre, que de buena voluntad le da su hija al Señor para con El vivir y servirle en religión, tiene asegurada la eterna salvación. La dádiva es la de más valor entre los bienes que posee el hombre; y las oraciones de la hija reconocida es imposible que no tengan una fuerza terrible para el infierno, en la presencia del Esposo celestial.

Y eso es, precisamente, lo que hacen las religiosas con sus padres, quienes, por esto mismo, deben estar muy contentos de tener semejantes hijas. Por lo demás, en las actuales circunstancias he creído muy oportuno lo dicho sobre el amor á los padres, así como creo el párrafo siguiente.

III

Vuestras relaciones con los hermanos, y demás parientes

Rogad también por vuestros hermanos y parientes, porque es el mayor bien que les podeis hacer, y ellos recibir.

Pero, á vosotras, que por vuestra profesión religiosa os habeis apartado del mundo y de sus costumbres y modo de vivir, no se os debe hablar en el mismo sentido que al resto de los mortales. Ese lenguaje rígido, austero, el mundo no sabe comprenderlo; es un lenguaje puramente

espiritual, que se apoya en las palabras mismas del Salvador del mundo.

En cierta ocasión estaba Jesucristo enseñando á las turbas; y mientras todavía hablaba, hé aquí que su madre y sus parientes, á quienes los hebreos llamaban hermanos, estaban fuera, que le querían hablar. — « Y le dijo uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera, y te buscan. Y él, respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hácia sus discípulos, dijo: Ved aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre. »

Antes que todo es menester atendais á estas palabras del Maestro de la Verdad eterna. No intentó el Señor hacer un desprecio de su Madre amantísima, como pudierais creer por la severidad de su lenguaje; quiso solo darnos á entender, que el cumplimiento de la voluntad divina es superior á toda otra consideración, y lo que más dignos hace á todos nosotros de su misericordia y amor. Esto mismo es un elogio de su querida Madre, la cual siendo exacta cumplidora de la voluntad del Padre, más que toda otra criatura se hizo, siendo ya madre natural de Jesucristo, hermano, hermana y Madre, en lo espiritual, del Salvador.

Para vosotras, como para mí, dá Cristo en particular esta enseñanza. Los que nos hemos consagrado á Dios, hemos de domar nuestros afectos, aún los más legítimos, porque ya no somos dueños de ellos; los hemos consagrado á Jesucristo; y aún que es verdad que no los hemos muerto, porque no nos es posible todavía, tenemos una obligación más fuerte que las demás gentes de dominarlos continuamente al espíritu.

Habéis salido del mundo, y habéis renunciado con solemnes votos, á las cosas del mundo, á un porvenir más ó menos halagüeño sobre la tierra, ó mejor dicho, más ó menos mentiroso: de consiguiente, lo que os conviene, y lo que debéis practicar, es huír de todo aquello que pueda arrastrar al mundo vuestras inclinaciones. Habéis dejado la sangre por el espíritu. Sea. Perfectamente; pero ha de ser esto una verdad.

Cuando os hicisteis religiosas, renunciásteis á los consuelos sensibles para buscar los del alma; y así como nada habéis de esperar de los que quedan en el mundo, tampoco teneis obligaciones materiales con los que viven en él.

Muy enhorabuena que rogueis por vuestros hermanos y parientes; que pidais por ellos á Dios cuanto les interesa para vivir tranquilos en la tierra, y conseguir el cielo: en esto teneis una obligación grandísima; pero para esto no se necesita tener con ellos tratos largos, ni comunicaciones frecuentes.

La atmósfera que respirais en religión es muy distinta de la que fuera se respira; los negocios que habéis de tratar son enteramente diferentes, y muchas veces radicalmente opuestos á los que tratan ellos; hasta vuestro lenguaje de religiosa, es muy diverso del que usan en el mundo aun las gentes mas buenas y discretas.

En vuestras conversaciones con ellos, no puede haber semejanza de palabras, ni os entenderéis; y cuando os entendiérais demasiado, seriais vosotras las que saldríais perdiendo; pues interesándoos, aunque con la mejor intención, en cosas que no son de vuestra incumbencia, os distraerían luego en vuestras oraciones y en todos vuestros actos.

Es claro; como que baja vuestro entendimiento de las cosas de Dios á las cosas de la tierra, se ofusca y perturba; porque aquí abajo se respira

un aire impregnado de vapores tupidos, mientras en las alturas que vosotras vivís, con Dios, encontráis un aura purísima que os recrea el alma.

Yo ya sé que muchísimas personas, en particular de vuestro sexo, creen que un consejo vuestro les ha de ser más útil, puesto que esperan que se lo dareis con más rectitud de intención que otros del mundo, y con más buena voluntad. Esto será verdad hasta cierto punto; pero á vosotras os daña, y daña también con frecuencia á los demás.

Dejemos á un lado eso de la buena intención, que yo tengo por cierto no ha de faltar nunca en ninguna religiosa. Pero decidme: ¿por ventura no es un puntillo de presunción eso de dirigir y dar consejos en cosas que no son propias de vuestro estado y profesión? Y ¿no habéis renunciado á los negocios y preocupaciones del mundo? Pues ¿qué puede entender en estas cosas una pobre y sencilla religiosa?

Me direis acaso que con los años se adquiere experiencia, y que á cierta edad bien podeis dar consejos. Pues menos todavía. En las familias se cambian las cosas casi cada tres años; y cuantos más hará que una religiosa esté en su convento, menos sabrá el estado de la que fué su casa, ni las ajenas. Con que ni viejas ni jóvenes, nada del mundo.

¡Y si supierais, estimadas Hermanas mías, cuántas y cuales niñerías cuentan á sus parientas religiosas las seglares! ¡Santo Dios! Imposible parece haya tan poca discreción sobre la tierra!

Y de ahí puede acontecer, y de hecho ha sucedido, que llenando la cabeza de una pobre religiosa que ignora, como lo debe ignorar, porque nada le importa, lo que se pasa en el seno de las familias, se forma un criterio según el parecer y las impresiones de la tal persona que le habla, y

mi buena religiosa se constituye en juez de sus hermanos, cosa que Jesucristo se negó á hacer mientras vivía, y hasta, sin saber como, y acaso, sin pensar, puede ser causa de solemnes y gravísimos disgustos.

Estad pues, siempre sobre aviso, no sea que el trato con los parientes, alhagándoos el amor propio, os condujese á esa relajación de la vida religiosa, que reprenden todos, absolutamente todos, los maestros de la vida espiritual.

Rogad por ellos, eso sí; pero apartaos de entender en negocios seculares ni de familia, sea quien fuere el que un día ú otro viniera á importunaros; porque no estais puestas para remediar ese linaje de cosas, sino para pedir á Dios que todo vaya por el camino de su voluntad y de su gloria. Es preciso que penseis, á más de todo, que poquísimos caso harían de vuestros consejos y resoluciones, los que más entendidos de lo que se trate, quisieran, por su desgracia, obrar contra justicia. Y esto, en el extraño supuesto que acertárais; pues de lo contrario, no es de poca importancia lo que por vuestra causa podría motivarse en las familias.

Tened, pues, mucho cuidado en no inmiscuiros en asuntos profanos y seculares.

IV

De las amistades particulares

Casi imposible, atendido el carácter de nuestra pobre naturaleza, es el carecer de esa preferencia que tenemos en algunos de nuestros semejantes sobre los demás.

Yo veo á mi divino Maestro, que tanto amó á los hombres, sin distinción de clases, ni de talentos, ni de condiciones, ir á la casa de Lázaro,

y ser servido por Marta y complacerse en purificar el alma de Magdalena, que enamorada de su Dios, le escuchaba sentada junto á sus piés.

Y ese cariño que profesaba á Lázaro era sabido de todos sus discípulos; de tal suerte, que cuando Lázaro enfermó, sus hermanas enviaron un mensaje al Salvador y le dijeron:— « Señor: mira que el que amas está enfermo. » —Y luego, cuando se dirigía al sepulcro para obrar el milagro de la resurrección de aquel discípulo suyo tan amado, viendo los judíos que derramaba lágrimas el bondadoso Jesus, dijeron entre sí: — « Mirad como le amaba. »

Esto nos dice el cariño especial que profesaba Jesucristo á Lázaro; pero esta preferencia se la tenía por sus virtudes, y sobre todo, porque le había escogido para instrumento de la gloria de Dios, á la cual dirigía todas sus operaciones el Señor. Por esto dijo á los que le hablaron de la enfermedad de Lázaro: — « Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios, por ella: » —Y añade el Evangelio: — « Amaba Jesús á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro. »

Abí teneis, pues, amadas Hermanas mías, un modelo el más hermoso que imitar. No puede haberle mayor, ni más perfecto.

Las amistades particulares, pues, que nos son reprendidas y aún vedadas, son aquellas que dañan al amor de Dios, que ha de ser preferido á todos los amores; son las que quebrantan, ó cuando menos, relajan la caridad que debemos, por igual, á todos nuestros hermanos; y son también aquellas que resfrían en nosotros el amor á las virtudes, que nos hacen ser instrumentos dignos de la gloria de Dios.

Esas amistades os están prohibidas de un modo especial á vosotras religiosas, y debeis velar para

huirlas, puesto que por desgracia la parte sensual es la que forcejea siempre para dominar al espíritu. Amistades son en que fácilmente caemos, si no nos vamos á la mano; y que son malas, no precisamente porque lo sean las personas á quienes preferimos, pues muchas veces hasta son verdaderamente buenas, sino por las pérdidas sumamente lamentables que ocasionan en el amor á Dios.

Por instinto, por naturaleza, y por cierta cosa del corazón, que no se explica, nos atraen las prendas personales, y la satisfacción que encontramos en ciertas compañías, y que sé yo cuantas circunstancias influyen, en eso que llamamos simpatía, cosa que no se ve, pero que nos inclina á una persona con preferencia á todas las demás.

¡Y es tan fácil, mayormente entre religiosas, que haya esa preferencia! Porque el estudio, que sin esfuerzo, y aun sin fijar casi nada la atención, habeis de hacer unas de otras, en el continuo trato y roce, os dará á conocer las circunstancias, los gustos, las inclinaciones de las demás, de tal suerte, que por una atracción irresistible vuestros afectos se inclinarán con preferencia hácia aquella ó aquellas de vuestras hermanas, cuyas cualidades sean mas semejantes á las vuestras, ó á vuestro gusto.

Siendo vosotras enteramente dadas á Dios nuestro Señor, es claro que os prendareis más de aquellas que le amen más á vuestro divino Esposo: y esa preferencia santa que les deis á esas hermanas amantes del Señor, ese cariño que únicamente profeséis para tratar de Dios, y para buscar, y estudiar, y aprender unas de otras, el modo de agradarle, ¡oh! esa preferencia lejos de ser vicio, será sumamente agradable al Esposo celestial.

¡Sea para gloria de Dios, y será una amistad santa!

Pero en esta misma intimidad, ved siempre de evitar las manifestaciones exteriores con las cuales podriais lastimar el corazón de las demás hermanas. Sed discretas, que la discreción no deja de ser una virtud sumamente necesaria.

Sea todo espíritu en vosotras. Amaos, si; pero amaos en Dios y por Dios; y bendiciendo al Señor, y animándoos mutuamente, las más fervorosas, en trabajar, y en padecer por Dios, Él os mirará con gozo, y os bendecirá como á serafines en carne, que con el aliento, con las miradas, con ese lenguaje del alma que habla sin proferir una palabra, le dais y recíprocamente acrecentais aquí en la tierra toda la gloria que podeis, como en el cielo se la dan los ángeles y los bienaventurados, amando á Su Majestad, y amándose los unos á los otros.

Si; amaos mucho las unas á las otras, como verdaderas Esposas de Jesucristo, que os ama por igual. ¡Y qué mal sentaría no teneros caridad mútua!

Es de advertir que naturalmente se siente simpatía ó antipatía por otra persona; eso no es pecado. El mal está en dejarse llevar por esos sentimientos, en vez de portarnos según lo exige el deber y el amor de Dios. A la que tengais antipatía, mostradle deferencia para saberos dominar; á la que tengais simpatía, cumplid con vuestro deber sin manifestarle vuestra preferencia. Hay, pues, que tener mucho cuidado en tratar á todas igualmente sin dejarse llevar de la antipatía ó de la simpatía.

En el cielo no existe mas que amor mútuo en el amor á Dios: sea así en el Huerto de María, porque todas sois Esposas de su divino Hijo.



La clausura y la intimidad con Dios



« *Dominus pars hereditatis mee*: — El Señor es mi parte de herencia », habeis dicho con David al renunciar al mundo para entrar en religión; el claustro de vuestra vida.

La clausura para las religiosas siempre existe más ó menos severa; pues debeis vivir separadas del mundo, formando una familia especial, la comunidad. El Huerto de María debe ser vuestra morada predilecta: « *Hæc requies mea, hic habitabo, quoniam elegi eam*. Esta es mi morada, aquí habitaré, porque la he elegido ». (Sal. 131. 14).

Amáis vosotras, ya lo sé, esa vida separada del mundo en que vivís; la clausura del *Huerto cerrado*; pero de seguro, no podeis apreciarla en todo lo que vale. Como que no habeis tenido la desgracia de pasar por los tormentos á que nos sujeta el trato con eso que llamamos sociedad, ni habeis padecido las tremendas sacudidas que el Señor permite nos molesten á los infelices que estamos en la tierra únicamente para sufrir y merecer, no es posible que os formeis una idea exacta de la distancia inmensa que

va de este destierro al paraíso terrestre de la vida religiosa.

Día felicísimo fué aquel para vosotras en que, dando una mirada de lástima y de tristeza al mundo, le dirigisteis vuestro último adiós; y resonó á vuestros oídos aquel dulcísimo canto que os decía: *Veni, Sponsa Christi*.—Ven, Esposa de Cristo; y al pasar los umbrales de la morada santa del *Hortus Conclusus*, os encontrasteis en un país nuevo, dichoso, en el cual se alimentan en Dios los corazones, bañándose en leche y miel del divino amor.

El Huerto de María, es la valla que separa los cielos de la tierra, es la línea divisoria entre la guerra y la paz; entre el tormento y la dicha; entre el bullicio y el sosiego; entre la vida y la muerte.

Ahí, ni siquiera sabéis las amarguras que de paredes afuera torturan á los mortales. Vuestra preciosa clausura os separa del país de las borrascas, del valle del dolor, de la mansión del odio, y de todo linaje de pasiones crueles. Ruge la tempestad por la parte de afuera, pero vosotras permanecéis tranquilas, y soberanamente seguras en la confianza hermosa de que vela para vuestro bien Aquel que os escogió para que formaseis parte de su familia querida. Vivís en la casa de Dios, en donde no hay dolor, ni llanto, ni pesadumbre alguna; y mientras que al otro lado de las paredes del Huerto sagrado se agitan los mortales, vosotras permanecéis impasibles en el seno y el amor de aquel Dios que se dignó admitiros en sus pacíficas moradas.

El Huerto Cerrado es como un sitio de refugio que os ampara contra todo linaje de peligros. Es un robusto castillo defendido por el brazo de Dios, que vale y puede más que millones de ejércitos aguerridos. Levantado en la

cumbre del monte de la santidad, y sobre la roca firme de la divina fortaleza, rugen por fuera todas las tempestades de la vida; pero los huracanes de mil pasiones, más ó menos tremendas, se deshacen al chocar contra esas moradas santas que se apoyan en el poder de Dios, y allí pierden su fuerza, y los tiros de satán se embotan en ellas, y nada pueden contra vosotras los vicios y las pasiones que son pérdida de nuestra desdichada humana raza. Sentadas, como Magdalena, á las plantas de Jesús, ó sirviéndole como Marta, en la persona de vuestros prójimos, vivís de su aliento vivificador, y nada influyen en vuestro bienestar esas tormentas estrepitosas que hasta conmueven las naciones, y que cambian, muchas veces, su modo de ser.

Apoyadas en Jesús, roca firmísima que nada arrancará de sus cimientos eternos á Él tan solamente veis; por Él vivís, y en Él, que no faltará jamás, fundais toda la dicha de vuestra existencia santa, y de vuestro porvenir, que ha de ser, por necesidad, feliz.

No tenéis la clausura de un convento de monjas, de paredes escuetas; pero estais separadas del mundo como esposas de Jesucristo. Procurad por tanto, tener la clausura del corazón, esto es, que sea todo de Jesucristo y nada del mundo. Así sereis dignas de morar en el *Huerto Cerrado*, que custodia el angel del Señor para que no entren las vanidades del mundo.

* * *

Vivir en la intimidad con Dios, esa es vuestra dichosa vida. Vamos á servirnos de un pasaje de la Escritura para que mejor lo comprendais.

La Reina de Sabá, oída la fama de Salomón, fué con grandes presentes á visitarle; y después

de haber probado por varias experiencias la sabiduría de aquel Monarca, y admirado el orden, la riqueza y la oportunidad que tenía en todas sus cosas, no pudo menos que exclamar, diciendo:

« Verdadera es la fama de lo que oí en mi tierra, sobre tus cosas, y sobre tu sabiduría: y no he dado crédito á los que me lo contaban, hasta tanto que yo misma he venido, y lo he visto por mis ojos, y he experimentado que no me habían dicho la mitad de lo que es en realidad. Tu sabiduría y tus hechos son mucho más grandes de lo que me habían contado. ¡Dichosos los que están contigo! ¡dichosos tus criados, los cuales gozan siempre de tu presencia, y escuchan tu sabiduría!»

Esto decía una reina, ponderando la gran magnificencia de un rey de la tierra: pero, ¿qué es lo que con mayor razón podeis decir vosotras, que vivis en la morada del Rey del cielo, en el Huerto delicioso de María?

Verdaderamente, no hay palabras con que poder encomiar bastantemente la dicha que teneis de haber sido llamadas por Dios á la grandeza de Esposas de Jesucristo. Era Salomón nada más que una figura de Jesucristo; y no obstante la Reina de Sabá tenía por dichosos á los criados que le servían; pero vosotras le tratais al mismo Señor de cielo y tierra, y no ya como criadas, sino como esposas, como amigas íntimas, á quienes comunica los tesoros de su corazón, diciendo á cada una de vosotras: « Has herido mi corazón, amiga mía, esposa; me has herido el corazón. »

A vosotras, muy especialmente, dirige también estas palabras con que se dignó consolar y alentar á sus apóstoles amados el Salvador del mundo, en aquel discurso tiernísimo que nos refiere San Juan. « Vosotros sois mis amigos, les decía

si haceis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas á vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho *y haré* saber cuantas cosas oí de mi Padre! »

Y ¿sabeis que cosa es la principal que á todos nos manda? Oidle:— « Lo que os mando es, que os ameis unos á otros. »

En realidad; no hay gloria ni dicha mayor sobre la tierra, que la que vosotras disfrutais acogidas por Dios en su casa bendita, viviendo siempre á su sombra, y tratándole con esa intimidad de esposas suyas muy amadas. Y ¿cómo podía suceder de otro modo, á no ser que fueseis esposas infieles ó tibias en corresponder al amor del divino Esposo, Jesús?

En religión necesariamente habeis de vivir en una existencia distinta de la que llevan los infelices que luchan en el mundo. Ahí no entran los ejemplos malos: ahí no se perciben palabras que lastiman el oído, y rasgan el corazón; ahí, por la renuncia absoluta que habeis hecho de las cosas del mundo, nada apeteceis de lo que es la tierra, polvo, nada. Libres de las seducciones que envenenan, que arrastran, y corrompen los corazones, todo cuanto os rodea sirve para uniros más y más con Dios.

« Hermanas » os decís unas á otras; y esta dulce palabra, que nunca se ha de ver desmentida con las obras, es un testimonio de la unión espiritual con que formais una sola y cariñosa familia, regida suavemente por el Padre comun que está en los cielos. El amor fraternal os ha de hacer cariñosas en vuestras relaciones, avisos, y hasta reprensiones, cuando sea conveniente, y siempre en todas las conversaciones con que os relacionais las religiosas: está Dios en vuestro entendimiento para tributarle adoración, está en vuestros labios para

invocarle y bendecirle; y está en vuestros corazones para mejor amarle.

Dios preside los actos todos de la Comunidad; su Nombre sacrosanto es el que abre vuestros labios al asomar el día, y el que los sella cerrando vuestros ojos cuando os entregais al reposo necesario.

* * *

Siempre habla Dios á nuestro corazón, y le infunde la mayor ternura, y un amor que siempre va en aumento mientras que dura la vida.

Eso, precisamente, es lo que forma en vosotras una especie de lenguaje, de carácter, y de maneras particulares y propias de las buenas religiosas, que aún el mundo, sin apreciarlas como es debido, las reconoce, las admira, y las bautiza, aunque burlescamente, con el nombre de costumbres *monjiles* ó de *monjerías*.

Esta misma y laudable costumbre es la que en las contrariedades que sufrís, porque son las cruces inevitables que nos da el carácter de cristianos, hace que obreis de un modo muy distinto, más racional, y sumamente más provechoso que el que acostumbra el inmenso número de los que andan por este mísero mundo.

Bien sé, amadas Hermanas, que por ser religiosas no estais confirmadas en santidad, y que tampoco careceis de las pasiones con que nace nuestra carne; pero teneis la gracia especial de la vocación, á la que, si correspondéis, os hará dignas esposas de Jesús. Más, no sé que exista medio más eficaz para unirnos al Señor que el acto de la santa comunión: entonces Jesucristo se apodera del corazón; y es á las plantas de Jesús Sacramentado donde acude la buena religiosa para buscar consuelo, para manifestar sus deseos, y pa-

ra acertar en todos los accidentes de la vida. ¡Y os es tan fácil, á las religiosas el hablar con Dios y recurrir á él!

Yo os contemplo, esperando ansiosas la hora que os dejan libre vuestros deberes de comunidad, y aprovechar esta hora hermosa, para dar al alma un gozo tan puro y tan grande, que os deja con deseos ardientes de volver, y de volver otra vez más á recrearos en aquellos dulces coloquios con que os alienta y conforta vuestro divino Esposo; porque al adorarle ante el Sacramento de amor, una confianza indecible viene á apoderarse de vosotras. Esta inquebrantable confianza es vuestra dicha mayor y también vuestra fortaleza.

Allí, rompe vuestra fé la portezuela del sagrario; levanta la tapa del copón, que sirve de trono á la Majestad más grande y más humilde que ha existido, existe, y existirá jamás, penetráis en el *Sancta Sanctorum*, veis al buen Jesús, y profundamente postradas le adorais, admirando su humildad honrada por millares de querubines que forman allí mismo su bellísima corona de gloria.

En aquellos magníficos instantes, unidas en espíritu y tan íntimamente con Jesús; ¿qué es lo que le decís? Ah! decidle todo lo que querais, porque él os escucha amoroso. Allí nadie os estorba; nada perturba esa feliz comunicacion que teneis con Aquel que vuestro corazón ha escogido para estarle unidas para siempre. Allí, y desde allí el Amante de las almas os invita á que le pidais mercedes, y os ofrece, y os da con abundancia, esas gracias extraordinarias con que alientan, y crecen en virtudes, y se hacen Santos y Santas los que hoy veneramos en nuestros altares. Allí precisamente es donde habla el alma con su Dios, con esa íntima ternura con que se comunican los espíritus, estableciéndose una dulce, amorosa é irresistible simpatía, que os lo hace

decir todo sin palabra alguna, pero con una multitud de afectos cariñosos, que son el lenguaje más puro del espíritu.

En esta fervorosa oración é intimidad con el Señor aprende el alma á elevarse en la contemplación y llegar hasta el éxtasis.

De cómo se eleva el alma en la contemplación

No os parezca contrario ó incompatible con la vida activa el que os hable de contemplación y oración extática. He conocido á un pobre reparador de pan que llegó á la unión contemplativa; despues de su trabajo, se iba á la Iglesia, y pasaba el tiempo que podía ante el Tabernáculo en contemplación casi extática. El deber sólo lo hacía volver á su tarea. ¿Y por qué no podreis hacer vosotras lo que esta persona vulgar, sin instrucción mística?

Mas, dejemos hablar aquí con su encantadora pureza y perfección á la gran Doctora Santa Teresa, que nos explica este interesante asunto en el capítulo XVIII de su *Vida*, con un lenguaje místicamente deleitoso, que servirá de aliciente á las más amorosas de Jesús en la oración. Esforzaos al menos, por llegar algún día á tan alta contemplación é intimidad con Dios.

«Estando así el alma buscando á Dios, nos dice, siéntese con un deleite grandísimo, y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera, que si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta decir letra, ni casi atina á conocerla

bien; ve que hay letra, más como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, más no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar, es por demás, pues que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido.

Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. ¿Más, qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

«Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo, (al menos á mí así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en la sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto que á mí parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora es muy mucho: yo nunca, á mí parecer, estuve tanto. Verdad es que se puede mal sentir lo que se está; pues no se siente: más digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, más las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad esté queda, tórnalas

á suspender, y están otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á embriagarse y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Más este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que á mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo digo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

« Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) que hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácete toda, hija, para ponerte más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quién lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera, (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiera habido dél: si lee, en lo que leía, no hay acuerdo, ni parar, ni rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le quemán las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, más no entiende

cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende como entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mi no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciome á mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí; no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras su misma decían, que estaba solo por gracia; yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó de esta duda; que me dijo estar presente, y como se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

« Queda el alma de esta oración, y unión con grandísima ternura; de manera, que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas; hállase bañada de ellas, sin sentirlo, ni saber cuando, ni cómo las lloró; más dále gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que lo hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu, y presteza que parecé la echaba de sí aquella nube del cielo), veía que no había sido sueño; esto era á los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánima tan animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería un gran con-

suelo. Allí son las promesas, y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está más aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro, que para aquella excesiva merced, y grandiosidad, no hubo diligencia suya ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vése claro indignísima (porque en pieza donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida) ve su miseria: va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco, ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta á todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer, y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seais, Señor mío, que así hacéis de piscina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seais alabado, ó regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil.»

Yo no me extraño, Hermanas mías, que tantas y tantas religiosas se hayan hecho admirables por sus portentosas virtudes; lo que para mí sería prodigioso, y aun horrible, es que una religiosa, que tantos y tan preciosos instantes puede aprovechar para hacerse santa, fuese siquiera tibia en las circunstancias tan extraordinariamente favorables que os rodean viviendo en religión, consagradas al Señor.

Esas horas solemnes y dichosas de las religio-

sas, las horas de oración y contemplación, son las que establecen la relación más íntima de amor y confianza entre vosotras y el Señor; esas son las que os hacen hasta ser familiar el trato más directo con el mismo Jesucristo; esas son las que producían expansiones tan preciosas y admirables, como las de Santa Teresa de Jesús, que le decía á su Dios:— « Señor, ó padecer ó morir » — ó como Santa Magdalena de Pazzis, que exclamaba así:— « Señor, nó morir, sino vivir para padecer por Vos. »

A esas horas hermosas de santo recogimiento y comunicación con Dios, se debe así mismo esa multitud de consuelos con que se complace Dios en recrear á los suyos; como cuando á Santa Teresa de Jesús le contestó el Señor: « Pues yo quiero llamarme Jesús de Teresa »; lo mismo que Santa Rosa, á quien dijo estas tiernísimas palabras:— « Rosa de mi corazón; quiero que seas mi esposa »;— y cuando manifestó su amor á Santa Gertrudis, diciendo:— « Los que me busqueis me encontrareis en el corazón de Gertrudis. »

Esta felicidad, Hermanas mías, es el mayor tesoro que podeis apetecer; pues en esto precisamente consiste la grandeza de vuestra vida religiosa; que viviendo en Dios, y por Dios, ya no vivís esa miserable vida nuestra, sino la vida del cielo, que consiste en ver y poseer á Dios.

Dichosas, mil veces dichosas, vosotras, que por vuestra vocación, debidamente seguida, y por medio de los santos votos, practicados con exactitud, conseguireis disfrutar en la tierra de un cielo anticipado en el Huerto de María, su santo Instituto.



Necesidad y eficacia de la vida interior

Os he dicho muchas cosas buenas; pero me falta la principal, muy necesaria y muy eficaz para la perfección religiosa. ¿Porqué suele notarse en alguna religiosa, ó comunidad, falta de espíritu? Porque no hay vida interior.

En la sagrada Escritura, después de ponderar la magnificencia, magestad y hermosura de la hija del rey, se añade; pero toda su gloria era la interior: *omnis gloria felice regis ab intus*. Así, la verdadera grandeza y gloria de la Esposa de Jesucristo es la vida interior, de que voy á hablaros.

En efecto; ya sabéis que el ideal de la vida religiosa es la perfección; pero esta tiene por base *la vida interior*, que es como la sávia y la esencia de la vida de perfecta religiosa, y medio eficacísimo para correr á pasos agigantados por las vías de la perfección, á que todas debeis aspirar con empeño, amor y decidida voluntad.

Y no será sino un comentario de *Hortus Conclusus*; porque *huerto cerrado* es símbolo de vida interior. Por eso no haré mas que glosar la hermosa y poética leyenda de vuestro Instituto.

Hé aquí cómo: exponiendo San Francisco de Sales el Cantar de los cantares, al hablar de la

perfección, dice: «Las acciones del alma son interiores y exteriores. En cuanto á las acciones interiores del alma, conviene que estén encerradas en Dios, sin que el mundo las vea; por eso dice el Señor: *Un huerto cerrado es mi esposa; huerto cerrado y fuente sellada* (vers. 12.) En cuanto á las exteriores conviene que sean como un hermoso paraíso: *Tus emisiones son como aromas de paraíso*. (vers. 13.) »

¿Qué quería decir y significar con esto el gran santo y doctor de la Iglesia? Que la perfección del alma se consigue en la vida interior, como *huerto cerrado*, de donde emanan las virtudes, que se exteriorizan como perfumes del alma.

Pues bien; ese es vuestro ideal. En efecto; no ignorais que la profesión religiosa es una especie de consagración que os confiere la dignidad de Esposas de Jesucristo; por donde debéis reconocer con humildad y gratitud que os ha elevado á un rango de predilección entre los demás fieles, que os impone grandes deberes y obligaciones, siendo la primera de todas conducirlos y portaros como tales Esposas del Señor.

Y bien; ¿no sería una indignidad y una cobardía de vuestra parte, no corresponder á semejante dignidad espiritual, haciendos dignas de tal Esposo por la santidad y perfección, pues es esto lo que él exige de sus Esposas? Comportaos, por tanto, con la magestad de reinas, de esposas del Rey de la gloria y de las almas, cultivando la vida interior.

Mas, antes de proceder á explicaros en que consiste *la vida interior*, que os ha de conducir facilmente á la perfección que anhelaís, quiero daros una suscita idea de lo que es la perfección.

Idea de la perfección

Si deseais, esposas de Jesucristo, llegar al más alto y eminente grado de la santidad y de la perfección religiosa, procurad uniros de tal suerte á Dios, que vengais á ser un mismo espíritu con él, pues es la más alta y gloriosa empresa que puede acometerse; pero conviene para ello que sepais en que consiste la verdadera perfección, que conduce á la santidad.

Y desde luego, para que no os equivoqueis en tan importante, materia, quiero indicaros con el piadoso P. Escúpoli los errores que deben evitarse, y en los que con frecuencia caen las mismas personas que se creen devotas y perfectas.

Así, hay muchos que, no atendiendo á la importancia del asunto, creen que la perfección consiste en el rigor de la vida, en la mortificación de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigiliias, y en otras penitencias exteriores.

Hay otros que, si rezan muchas oraciones, oyen muchos sermones y muchas misas, y frecuentan los sacramentos, creen haber llegado al grado supremo de la perfección. Y especialmente las religiosas suelen persuadirse de que la perfección consiste únicamente en hacer sus prácticas piadosas y observar exactamente la disciplina regular.

De manera que los unos ponen todo el fundamento de la perfección evangélica en estos, los otros en aquellos ó semejantes ejercicios; pero es cierto que todos igualmente se engañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que disposiciones y medios para adquirir la santidad, ó frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfección y el verdadero espíritu interior.

No puede dudarse, sin embargo, que todas esas

prácticas son *medios* muy poderosos para adquirir la verdadera perfección y el verdadero espíritu en los que las usan con prudencia y discreción, (aconsejándose con su director espiritual), para fortalecerse contra la propia malicia y fragilidad, para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro común enemigo; en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios á todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente á los nuevos y principiantes.

Son también esas prácticas y ejercicios piadosos frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías pasadas contra el espíritu, y para humillarlo y tenerlo sujeto á su Criador. Viven en una entera abstracción de las criaturas para preservarse de los menores defectos, y ocuparse en las buenas obras; vacan á la oración y meditan en la vida y pasión de nuestro Redentor, no por curiosidad ni por gustos ó consolaciones sensibles, sino por conocer mejor la bondad y misericordia divina y la ingratitud y malicia propia, para ejercitarse más cada día en el amor de Dios y en el odio al pecado, siguiendo con la cruz y con la renunciación de la propia voluntad los pasos del Hijo de Dios, y para unirse más estrechamente con su divina Magestad y para cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos el mundo, el demonio y la carne.

* * *

Pero lo contrario sucede á las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de la santidad en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdición y ruina, y les

ocasionan mayor daño que los pecados manifiestos; no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mismas, sinó porque se ocupan de tal suerte en ellas, que se olvidan enteramente de la reforma del corazón y de velar sobre sus movimientos; y dejándole libremente seguir sus inclinaciones, lo exponen á las asechanzas y lazos del demonio. Entónces este maligno espíritu, viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solamente las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios, sino que llena la imaginación de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso, donde piensan algunas veces que se hallan ya entre los coros de los ángeles, como almas singularmente escogidas y privilegiadas, y que sienten á Dios dentro de sí mismas.

Usa también del artificio de sugerirles en la oración pensamientos sublimes, curiosos y agradables, á fin de que, imaginándose, ser como San Pablo, arrebatadas al tercer cielo, y persuadiéndose de que no son ya de este mundo, vivan en una abstracción total de sí mismas y en un profundo olvido de todas aquellas cosas en que más deberían ocuparse.

Más, en cuántos errores y engaños viven envueltas semejantes almas, y cuán lejos se hallan de la perfección, se puede reconocer por su vida y sus costumbres; porque en todas las cosas grandes ó pequeñas desean siempre ser preferidas á los demás; son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio, y, siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas; y si alguno las toca, aunque sea muy levemente, en la opinión y estimación que tienen concebida de sí mismas, ó las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupan por costumbre y ru-

tina, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera.

En fin, si Dios para reducir las al verdadero conocimiento de si mismas y al camino de la perfección, les envía trabajos, enfermedades y contradicciones, (que son las pruebas más ciertas de la fidelidad de siervos, y que no suceden jamás sin orden y permisión de su Providencia), entonces descubren su falso fondo, y su interior pervertido y gastado por la soberbia, porque en cualesquiera sucesos, tristes ó alegres, felices ó adversos de esta vida, no quieren conformar su voluntad con la de Dios, ni humillarse bajo su divina mano, ni rendirse á sus adorables juicios, no menos justos que impenetrables.

Y de aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer, porque, como tienen oscurecidos los ojos con el amor propio, y con el deseo de la propia estimación, y se miran siempre con ellos á si mismos y á sus obras exteriores, que de si son buenas, se atribuyen muchos grados de perfección sin tenerlos.

Llenas así de presunción y soberbia censuran y condenan á los demás, y á veces las deshumbra y ciega de tal suerte su orgullo, que es necesario una gracia extraordinaria del cielo para convertir las y sacarlas de su engaño; pues, como muestra cada día la experiencia, con más facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifiesto, que el que se oculta y cubre con el manto de la devoción. Y esto sucede aún con personas religiosas, que se tienen por devotas y perfectas.

Por donde podreis comprender, estimadas Hermanas, con toda claridad, que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores, con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan preocupar de grandes errores.

En confirmación de las anteriores observaciones puedo añadir la autoridad de San Francisco de Sales, quien enseña que es necesario que procuremos saber, ante todo, lo que es la virtud de la devoción (vida devota, ó perfección), porque hay muchas devociones falsas y vanas que es necesario evitar. Así, dice el santo, el pintor Aurelio pintaba el rostro de todas las imágenes parecido al de las personas que amaba. Del mismo modo, cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que es inclinado al ayuno y penitencia se tiene por muy devoto, si ayuna y se mortifica, aunque su corazón esté lleno de rencilla y pronto á murmurar del prójimo. Otro se juzgará devoto por que reza muchas oraciones al día, aunque despues de esto se desate su lengua en palabras duras, arrogantes é injuriosas... Cuando los soldados de Saul buscaban á David en su casa, Micol puso una estatua en el lecho, y vistiéndola con las ropas de David, les hizo creer que era él mismo que estaba enfermo y dormía. A este modo hay muchos que se visten de ciertas acciones exteriores, propias de la devoción y santidad, y el mundo cree que efectivamente son devotos y espirituales; mientras en realidad no son más que estatuas y fantasmas de devoción ó santidad.

Y bien; si me preguntais en qué consiste la devoción, la perfección, la santidad, como querais llamarla, os contesto con la autoridad de todos los santos y doctores de la Iglesia: la perfección no es otra cosa que el exacto cumplimiento de todos los deberes que tenemos respecto a Dios, al prójimo y para con nosotros mismos, haciéndolo todo por amor de Dios y para la mayor gloria de Dios. Debe el cristiano para ser perfecto, portarse tan bien en las cosas importantes, como en las más insignificantes, y todo con el

solo fin de agradar á Dios. Quien así se porte será perfecto, y quien con más fervor y tino lo haga, más mérito alcanzará. Así, pues, ya que de tanta importancia es el no errar en materia tan principal para nuestra santificación, procurad evitar los defectos de la falsa devoción, que dejamos apuntados. (1)

En verdad, este ideal de perfección, que acabamos de proponer es común á todo cristiano; ya que todos estamos llamados á la perfección: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*. Más, la perfección de las personas religiosas, es más perfecta, si así puedo expresarme, es la *perfección evangélica* por la práctica de los tres votos de pobreza, obediencia y castidad en virtud de los cuales es mayor la unión con Dios y desprendimiento de las criaturas.

Sin embargo, en este memorial no me propongo indicar el modo de cumplir esos votos sagrados; pues ya lo he hecho anteriormente; ahora mi propósito es indicaros un medio muy eficaz para llegar á la perfección.

La vida interior

Indicado ya el ideal de la perfección ó santidad, veamos cual es el medio eficazísimo de conseguirla; y os declaro que consiste en cultivar en vosotras la vida interior.

En efecto; nada más dulce y consolador, nada más eficaz para ser feliz, aún aquí abajo, en cuanto es posible la felicidad, como esta vida del al-

(1) El aprovechamiento del alma, dice Santa Teresa, no está en orar mucho, sino en amar mucho. Y si preguntareis cómo se adquiere este amor, digo que determinándose un alma á obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.

ma, en unión íntima con Dios; vida encantadora, vida de grandeza espiritual, de elevación constante, que hace fácil y deleitoso el vivir en este mundo ingrato, porque es vivir en Dios.

Ocuparse de esta vida interior, mantenerla firme y suavemente, fortificarla con todo género de virtudes, es la ocupación más grata, útil y suave, que no cansa nunca, ni jamás decepciona, haciendo experimentar todos los días goces nuevos y mayores. Y no vayais á creer que con esta vida interior va aparejada la misantropía y mojigatería; antes bien, respira grandeza y libertad de espíritu, uniendo al amor de Dios la afabilidad con nuestros prójimos; engendra virtudes robustas y nos aparta de timideces escrupulosas y de apocamientos cobardes para caminar en las vías de la perfección.

Y os prometo que si os decidis á procurar esta vida interior con empeño y sinceridad, de seguro que exclamareis ¡qué gran bien y qué felicidad nos ha proporcionado nuestro Hermano con este pequeño memorial! Pedid, pues, á María del Huerto que os conceda tan insigne gracia: sin dificultad sereis perfectas religiosas; y para vuestro Hermano será el más grande consuelo saber que os ha ayudado á serlo.

En el lenguaje de la piedad esta vida interior se llama vida del alma, porque en ella vive vida sobrenatural y divina; y me propongo indicaros á grandes rasgos su naturaleza, su excelencia, los medios y los obstáculos, para que os forméis una idea exacta de la misma, y para que conociéndola, la pongais en práctica y la ameís con gran consuelo y aprovechamiento de vuestras almas.

Y os conjuro formalmente, con toda la eficacia que me dá el amor al Instituto, á que os decidais con fervoroso empeño á fomentar en vosotras esta vida interior; pues si alguna así no lo hi-

ciere, tenga siempre presente el reproche de cobarde que le hago desde ya, á fin de que este recuerdo le sirva de aliento y aliciente en los momentos de tibieza y cobardía espiritual.

Además, si os viniere la tentación de decir: nuestro Hermano no recuerda, quizás, que nuestro Instituto no es de vida contemplativa, sino de vida activa en la asistencia del prójimo en las múltiples obras de caridad y enseñanza; sabed que todo lo he tenido presente, pues no hay que imaginarse, que esta *vida interior* es incompatible con las exigencias de la vida activa, ocupada en los oficios del Instituto. Mientras enseñáis ó trabajáis, pensad en que estais sirviendo al Señor.

Y ¿por qué no? así como la vida material del corazón, que consiste en el movimiento continuo de la sangre, subiendo y entrando sin un instante de reposo, no turba en nada las ocupaciones exteriores; así también *la vida interior*, que consiste, en general, en el pensamiento continuo de la acción de Dios en nosotros, no turba en nada los deberes y ocupaciones exteriores que os impone el Instituto; al contrario, os ayudará á llenarlas con más tranquilidad y perfección. Puede muy bien, y debe, reunirse en vosotras la vida activa de Marta con la contemplativa de María, ayudándose mutuamente para mayor aprovechamiento espiritual.

Naturaleza de la vida interior

En verdad, nada más fácil de comprender que la naturaleza y esencia de esta vida interior; ya que es *la vida habitual en la presencia de Dios y en la unión con Dios*. Nuestra alma, como hecha á imagen y semejanza de Dios, por poco que se

esfuerce, se eleva á Dios, lo contempla en sus atributos y se une á él por medio de la meditación.

Y ¡qué hermoso y consolador es vivir habitualmente en Dios y para Dios! ya que nuestro pobre corazón no encuentra reposo, sosiego, tranquilidad, satisfacción, ni paz, mientras no descansa en su Dios. ¿A dónde iremos en busca de consuelo y alegría, si no descansamos en él: pues *en él vivimos, nos movemos y somos?*

¿A dónde podríamos huir, que no nos encontremos con la presencia de Dios, que nos mira y contempla?

Pensemos, pues, siempre en esta presencia, y así siempre estaremos en ella con gran aprovechamiento espiritual.

Y esta vida interior acostumbra á mirar nuestro corazón como un templo ó un sagrario en el cual Dios *reside*; y es en la presencia de Dios que el alma piensa, habla, obra y cumple todos los deberes que le están impuestos por la religión y la vocación. ¿Y por qué no hemos de poder conducirnos de manera que todo lo que pensemos, todo lo que digamos y todo lo que obremos lo realicemos teniendo á Dios presente y, por tanto, en unión con Dios? Pues bien, ¿puede el cristiano, y menos aún una persona religiosa, consagrada á su Dios, dejar de reconocer que esta es la verdadera vida del alma, unida á su Criador, de quien es imagen? ¡Qué elevaciones y qué consuelos y qué grandeza no sentirá en sí misma! Es el perpetuo *sursum corda* que nos grita la Iglesia todos los días en la santa misa: *levantad vuestros corazones á Dios*.

De manera que la vida interior tiene por objeto, no solo el odio y la huida del pecado, de todo pecado, sea mortal ó venial; sino principalmente el desprendimiento de los bienes materiales

con el espíritu de pobreza; de los placeres sensuales con el espíritu de mortificación y amor á la pureza; del orgullo ó insensatez con la humildad y la obediencia; del desprendimiento, en fin, de las mismas ventajas naturales con la pureza de intención; así como de la disipación con el espíritu de recogimiento: un alma así dispuesta solo puede vivir en Dios.

Y ¿qué más se podría desear para conseguir la perfección religiosa, ideal de vuestra vida y vocación? Pero ¿quien lo diría, amadas Hermanas? Existen ciertas prevenciones contra la *vida interior*, que deben desecharse. Algunos la temen y la miran como una vida de esclavitud y violencia; pero la libertad del alma y del espíritu consiste cabalmente en ser esclava del bien y de su Dios; porque es la más feliz dependencia. Si es una vida de violencia, es dulce y suave por el amor. ¿Y no nos dice la Escritura que solo los que se hacen violencia consiguen el reino de los cielos?

Otros la desprecian como un conjunto de prácticas minuciosas propias para retraer los lauces del espíritu, hacerlo á uno *inútil*, y como *bucna* solamente para los espíritus pequeños, y que engendra un misticismo huraño y misántropo. Pero es todo lo contrario; esta vida interior, en si misma, es el empuje y elevación más grande que puede recibir nuestra alma para correr rápidamente por los senderos de la perfección. ¿Quién podrá detener en sus vuelos á un alma, que vive de una vida divina por la unión íntima con su Dios; mientras sin esta vida interior no existe el espíritu religioso, ni hay vida religiosa? Sería como un cuerpo sin alma; una especie de cadáver ambulante. Podrá tener apariencia externa de religiosa, y hasta de perfecta religiosa; pero nunca adelantará en las virtudes interiores, y al menor

descuido ó contradicción, la que se creía perfecta religiosa por sus prácticas exteriores, se encuentra sin espíritu y sin la perfección interior.

Exteriormente parecerá una santa, si se quiere; pero resulta una verdadera hipocrecía, un sepulcro blanqueado.

Y ¿sabeis quienes son los que tienen prevención contra la vida interior y se fastidian de leer los libros que tratan de ella? Son las almas apocadas ó disipadas. No hay duda que se quiere servir á Dios; pero no se quiere sujetar á esta dependencia continua de Dios en el movimiento del espíritu; de suerte que es menos difícil hacer pasar un alma del estado del pecado mortal al estado de gracia y á la práctica exterior de las virtudes, que de la vida *exterior* á la *vida interior*; porque en el primer caso se comprende la gravedad del estado del alma; mientras que en el segundo nos engañamos con un aparente estado de perfección exterior: Y sin embargo, cuando no hay *vida interior*, invade la tibieza y se llega hasta el astío de las cosas espirituales, verdadera ruina del alma... Por eso este tratadito sobre la vida interior, vale todo el libro. Sin vida interior no es posible conservar la vocación religiosa, y así es que he visto á Hermanas muy exactas en su oficio, pero rutineras y sin espíritu, que á la menor dificultad han perdido la vocación.

Excelencia de la vida interior

¡Si supiésemos qué hermoso es este don de Dios, este sublime estado del alma, y cuán excelente es esta vida interior! Es el reino de Dios en las almas; es la vida de la Santísima Virgen en la tierra; es la misma vida de Jesucristo, que

vivió siempre bajo la dependencia de su Padre. Es la vida de que nos habla San Pablo, cuando exclama: *Ya no soy yo el que vivo, sino Jesucristo el que vive en mí.*

Y esto es lo que expresaba Santa Teresa cuando, al hablar del amor de Dios, decía: *vivo sin vivir en mí.* He aquí la vida interior; vivir en Jesucristo, por la contemplación y unión con él. ¿Y no es esta la vida más propia de una religiosa, de una esposa de Jesucristo, ó más bien dicho, no es esta la obligación de toda religiosa, si quiere ser y llamarse dignamente *esposa de Jesucristo* y ser como *un huerto cerrado* á todo otro dueño que no sea Jesucristo? Entonces, como la Sulamites de los cantares, *desfalleceis de amor* por el amado esposo Jesús. Y al buscarle por el amor y la oración, decirle: *¡Oh tú! á quien ama mi alma, muéstrame dónde apacientas para que yo no ande vagando acá y acullá,* (vers. 6.), es decir, tras las criaturas. Enséñame donde podré hallaros en la oración y la contemplación con vuestras luces y consolaciones, para no determe en las criaturas y cosas de este mundo. *Mi amado es todo para mí, y yo soy toda para él.* A esta unión con el Esposo Jesús debéis aspirar para vivir en él con la dulcísima vida del alma; aún en medio de las ocupaciones materiales, podeis siempre levantar el corazón á Dios.

Todos los santos viven esta vida interior, y el grado de su santidad está en relación con la perfección de su unión con Dios.

Abrid el simple catecismo, y vereis que *hemos sido criados para conocer, servir y amar á Dios en esta vida y después gozarle por toda una eternidad.* Si esto se debe proponer todo fiel cristiano ¿cómo no ha de procurarlo una esposa de Jesucristo con todo el afecto de su corazón?

Lo mismo que el alma anima al cuerpo, así Jesucristo anima siempre el alma de los justos. Jesucristo es su sosten, su refugio y su defensa; viven bajo su dependencia como bajo la de un padre, de un protector, de un maestro y consejero. Sufren todo de él, cuando los quiere purificar, como el enfermo, que quiere curar, sufre todo del médico, y reposan confiados en él como el niño en el regazo de su madre.

Por eso vemos que se elevan poco á poco sobre las miserias y penas de esta vida. ¡Qué fortaleza, qué magnanimidad, y qué elevación adquieren en su espíritu! Que vean al universo presa de todas las calamidades; que se vean ellos mismos despojados de todo, privados de su reputación y de su honor por la calumnia; de su salud por la enfermedad más cruel; hasta de su alegría por la aridez, las tentaciones... ¡ah! no hay duda que ellos sentirán esas pruebas, y de sus ojos correrán lágrimas; pero permanecerán resignados y tranquilos, contemplando á Dios en su corazón, á Dios que lo ha permitido todo, y que todo lo ha conducido y dispuesto él mismo con su mano divina, y hasta le dirán con verdadero y sublime transporte: *Señor; tú nos quedas; eso nos basta.*

Lo sabemos: muchas veces parece que Dios se ausenta del alma amante; pues bien, cuando languidezca vuestra oración, cuando vuestro espíritu quede sin luces y vuestro corazón sin amor; cuando vuestra alma fatigada por las distracciones ó colmada de tedio, se siente impotente para elevarse hacia Dios, postraos de rodillas, extended vuestros brazos, echad una mirada á Jesús, á Jesús crucificado, ó á Jesús sacramentado y prisionero de nuestro amor, y todo se reanimará en vosotras: la vida interior ha permanecido. Jesús no estaba ausente, se había ocultado solamente para probar si le amabais aún fuera de las dul-

zuras de la vida interior; ya que á veces practicamos la devoción, no tanto por amor de Dios, como por gozar de los consuelos y satisfacciones dulcísimas que experimentamos: entonces Dios nos suele probar retirándose, ocultándose, aunque momentáneamente.

« La paz del alma solo se encuentra en la unión de nuestra voluntad con la de Dios » nos dice un gran místico, aunque Dios parezca ausente.

Ved, pues, cuán excelente es esta vida interior: no la cambiaríamos por ninguna felicidad y alegría de este mundo.

Y ¡qué hermoso es este pensamiento de San Francisco de Sales! Las abejas tienen la propiedad de convertir en miel el jugo amargo que sacan del tomillo: así la vida interior, la devoción tiene la cualidad de convertir en dulzura las mismas dificultades y sufrimientos de la vida.

Por tanto, amadas Hermanas, no seais cobardes: entregaos á la vida interior; y vereis cuán dulce y cuán suave es vivir esa deliciosa vida.

Actos de la vida interior

Decididas ya á cultivar en vosotras esta excelente y hermosa vida interior, para hacéroslo comprender mejor, voy á indicar los actos propios de la misma; estos son todos aquellos en que puede ejercitarse la vida del alma: ver á Dios, escuchar á Dios, hablar á Dios, amar á Dios y pensar en Dios. ¿No es esto convertir la vida de esta tierra en un paraíso anticipado, puesto que así empezamos á gozar y vivir de Dios en imagen y concepto, mientras en el cielo le contempláremos cara á cara?

Esto es hacer de la tierra una mansión y morada divina, porque ¿qué otra cosa hacen los

bienaventurados, sino contemplar á Dios, amar á Dios y pensar en Dios?

Hagamos eso mismo nosotros, en cuanto es compatible con nuestra debilidad y flaqueza; pero no digais que esta intensidad de vida es imposible, pues basta observar que el sabio no piensa mas que en su ciencia, y el comerciante en su negocio, como el sensual en su placer; nuestra ciencia y nuestro negocio y nuestro gozo, nuestro todo, nuestro bien, nuestra paz, nuestra felicidad, es Dios.

Contemplar, ver á Dios, es decir; estar habitualmente en su divina presencia, tenerlo cerca de sí, como un amigo del cual no se separa uno jamás, ya sea en la oración, en las ocupaciones, en el descanso. Dios no es importuno, no es molesto, ¡es tan bueno! El es quien dirige todo, y mide segun nuestras fuerzas las pruebas y los consuelos que nos envía, y que sabe los necesitamos.

Escuchar á Dios, es decir, estar atento á sus consejos y prohibiciones. El nos está hablando continuamente, ya sea con las palabras del Evangelio, que nos vienen á la memoria, por los buenos pensamientos que iluminan de repente la inteligencia, por las palabras piadosas que encontramos en un libro, en la regla del Instituto, ó que caen de los labios de un predicador ó de uno de nuestros semejantes.

Hablar á Dios, es decir, entretenerse con él, más bien con el corazón que con la boca, con la meditación de la mañana, con las oraciones jaculatorias, con las oraciones vocales, con una santa tranquilidad del corazón, sobre todo, cuando se ha ido á visitarle en el Santísimo Sacramento, desde donde envía inspiraciones á nuestro corazón.

Amar á Dios, es decir; unirse á él, á él completamente, y á él solo, y no aficionarse á los demás, sinó en unión con él. No querer, no

aceptar ningun afecto, si puede debilitar el suyo; *prestarse* á todos por amor á él, pues nos manda amar á nuestros prójimos y hermanos; pero no *darse* mas que á él. Esta delicadeza en el amor á Dios nos tendrá en guardia para que no nos peguemos á las criaturas; pero el amor, la caridad nos hace benévolos con todos, y especialmente á vosotras entre sí, que sois hermanas, porque sois todas esposas del mismo Jesucristo. *La afabilidad* con los demás es el aroma del amor á Dios.

Pensar en Dios, es decir, elevar hácia él nuestros pensamientos, ó por lo menos, deshechar todo pensamiento que excluya el de Dios. Cuando en nosotros es intenso el amor divino, entonces no pensamos en Dios sino amándole, y estos son esos actos sublimes que llamamos *pensamientos del corazón*. Es verdad que es preciso ocuparse de su deber, cumplirlo en toda perfección, que es uno capaz de darle; pero hacerlo bajo la mirada de Dios, con el pensamiento de que Dios nos lo ha hecho mandar por la santa obediencia, y que el hacerlo con cuidado le es agradable.

Ahora bien, si procurais hacer todo esto, y es fácil hacerlo con un poco de buena voluntad; lograreis realizar la vida interior, y conseguir habitualmente contemplar á Dios, escuchar á Dios, hablar á Dios, amar á Dios y pensar en Dios, que es toda la vida, y toda la perfección á que podeis aspirar; aunque siempre debeis estar alerta y jamás decir *basta*: « ya soy santa ».

Por eso vamos á tratar ahora de los medios más eficaces para conseguir la vida interior, que ireis meditando para mantener constante el aliento de la vida del alma en Dios.

Medios para conseguir la vida interior

Los medios que generalmente se indican son otros tantos grados de perfección, que con facilidad se realizan, si con verdadero fervor deseamos unirnos á Dios y vivir en su presencia. Estos son: gran pureza de conciencia; gran pureza de corazón; gran pureza de espíritu; gran pureza de acción; gran recogimiento, y espíritu de mortificación; gran exactitud en todas las cosas; gran familiaridad con Dios, y gran caridad para con el prójimo. Vamos á describirlos someramente, esperando que vuestro corazón los ampliará.

Gran pureza de conciencia, procurada con la recepción frecuente, regular y seria del sacramento de la penitencia y de la comunión; pues es fácil caer en rutina, sin sacar provecho alguno de tantas comuniones, cuando Santa Teresa de Jesús dice que bastaría una sola comunión bien hecha para hacernos santos. Hay que añadir el horror á toda falta deliberada, á toda imperfección, á toda infidelidad, así como la huída tranquila, pero enérgica, de toda ocasión de faltar.

Gran pureza de corazón; desprendimiento de todo objeto criado: cosas agradables, ciertas comodidades y antojos; parientes, relaciones, gustos sensuales, salud, reputación, la misma vida. Y esto, no porque sea necesario no amar su familia y hermanas en religión, sino en el sentido de que su recuerdo no debe permanecer en el corazón mas que unido al recuerdo y al amor de Dios.

Gran pureza de espíritu; cuidado asídúo de separar todo pensamiento y toda reflexión inútil sobre el presente, el pasado y el porvenir; toda preocupación sobre el éxito de nuestras ocupaciones y trabajos, así como todo deseo de ser conocido y aplaudido en el cumplimiento de nuestro

deber; pues hay quien hace las cosas muy bien, no por amor de Dios, sino porque se vea su habilidad y genio, perdiendo así todo el mérito.

Gran pureza de acción; no encargarse más que de aquello que entra en el orden de sus obligaciones; reprimir el apuro é impaciencia natural por acabar; obrar siempre con gravedad, por el amor de Dios, y pensar que Dios es glorificado con lo que hacemos; detenerse algunos segundos antes de pasar de una ocupación á otra, á fin de dirigir su intención rectamente.

Gran recogimiento y mortificación de los sentidos; alejar cuanto sea posible, siempre en el orden de su condición y de su deber, todo placer aún lícito; no permitirse voluntariamente ni miradas, ni palabras, ni acciones inútiles; arreglarlos á la razón, á la decencia, á la edificación y á la caridad; poner un poco de lentitud en sus oraciones, articular bien las palabras y aplicarse algunas veces á saborear el sentido.

No despreciéis el cumplimiento de las cosas más insignificantes, ni tampoco seáis nimias ó escrupulosas, porque hareis fastidiosa y desconsolada la devoción. Pero sabed, como dice un autor místico, que el cuidado de las cosas pequeñas es una gran perfección; ya que si se empieza por el desprecio de las cosas pequeñas, hay peligro de ser tibios en el cumplimiento de las mas grandes. Así comienzan las caídas de las que hemos admirado como muy perfectas.

Gran exactitud en todas las cosas; en las acciones de la vida y sobre todo en los ejercicios y prácticas religiosas; no dejar nada á la casualidad, ni á la fantasía; ver en la regla y la obediencia la voluntad de Dios, y decirse algunas veces, cuando la pereza quiere dominar, y llega la hora de algún deber: *vamos, que Dios me está llamando.*

Gran familiaridad con Dios, hablándole sencili-

llamente, amándolo afectuosamente, consultándolo en todo, dándole cuenta de todo, sin perjuicio del director espiritual; dándole gracias frecuentemente, visitándolo, sobre todo, con gusto en el Santísimo Sacramento, llenándonos allí de su presencia.

Pero esta familiaridad con Dios no puede existir sin una aplicación firme y constante á la meditación de la mañana.

Gran caridad para con el prójimo; porque es el hijo amado de Dios, rogando por él, consolándolo, instruyéndolo, fortificándolo y ayudándolo en todo, segun vuestra ocupación ú oficio en el Instituto.

Pero sobre todo, que reine la afable caridad fraternal entre Hermanas, Hijas todas de María y Esposas de Jesús.

Si no hay cosa más nefasta para una comunidad que las amistades particulares, la falta de cordialidad generosa entre todos sus miembros es un defecto no menor.

Mirad lo que decía la gran Teresa de Jesús:

« Así que, hermanas, todo lo que pudiereis sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os tratasen, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizen y amedrenten de la virtud. A las religiosas importa mucho esto: mientras mas santas, mas conversables con sus hermanas, que aunque sintais mucha pena por no ser todas vuestras conversaciones de Dios, como quisierais, nunca os estrañeis de ellas, y así aprovechareis y sereis amadas. Mucho hemos de procurar ser afables, agradar y contentar á las personas que tratamos, en especial á las hermanas. »

Más, si toda obra buena tiene sus obstáculos, mucho más la perfección de la vida interior: es preciso conocerlos para poder superarlos con la gracia de Dios.

Obstáculos á la vida interior

Generalmente son tres estos obstáculos en sus múltiples manifestaciones: nuestra actividad natural, la curiosidad y la flojedad.

LA ACTIVIDAD NATURAL, que nos empuja siempre adelante, y nos hace obrar en todo con precipitación. Esta se manifiesta:

En nuestros proyectos, que ella amontona, multiplica, y deshace y vuelve á hacer: no descansa ni deja descansar á los demás hasta que no haya ejecutado lo que ha concebido: esto embrolla y trastorna mucho para la vida interior.

En nuestras acciones; la naturaleza exige movimiento, se encarga de mil asuntos fuera de su deber, y algunas veces contraría su deber. Se entrega á lo que hace con impetuosidad; corre, se apura, y está siempre impaciente por ver el fin.

En nuestras comidas; la naturaleza empuja á arrojarse con impetuosidad á lo que está servido, sin dar tiempo á la razón y á la fé para reprimir la avidez natural.

En las conversaciones; la actividad hace hablar sin reflexión, interrumpir sin cortesía, reprender sin caridad, y juzgar sin apreciar y examinar. Hace hablar alto, disputar, murmurar y enojarse.

En las devociones; se carga de gran número de oraciones, que recita á prisa y sin atención, sin gusto, impaciente por concluir las; no quiere permanecer en la meditación, se desconsuela, se atormenta, cansa la cabeza, seca el alma é impide la acción del Espíritu Santo.

LA CURIOSIDAD: ella abre el alma á todos los objetos exteriores, la llena de mil ideas curiosas, agradables ó enojosas, que la envenenan y preocupan días enteros. De ahí la imposibilidad de entrar en sí misma, sobre todo, de permanecer fiel á

Dios; de aquí el disgusto, languidez y fastidio en todo lo que es silencio, recogimiento y meditación.

La curiosidad se manifiesta: en las *prácticas piadosas* y en los *estudios* hechos por *vanidad*, para parecer santos ó sabios; para pasar por místico ó hábil, más bien que por aprovechar en la perfección, dar buen ejemplo, instruirse y ser útil. En *las lecturas*, consagrandó una gran parte del tiempo en leer cosas inútiles. En una porción de *acciones*, por ejemplo, apresurarse con un movimiento febril para abrir una carta recibida, saber lo que se dice de una persona, ó de una comunidad; para mirar el espectáculo que se presenta, para ser el primero en dar una noticia; para ir á recreación, á la clase, comedor, etcétera. Distráese de este modo el espíritu; y entónces Dios, á quien se ha olvidado, se retira del corazón, lo deja vacío, y de aquí la necesidad ardiente de llenarlo con todas las fruslerías que se presenten.

LA FLOJEDAD, por fin: Dios no prohíbe la queja sumisa y resignada; prohíbe sí, la murmuración y la flojedad, y se aleja del alma que no sabe apoyarse en él.

La flojedad se manifiesta: en las *pruebas de la vida*, cuando uno se revela contra la voluntad divina, mandándonos una enfermedad, una acusación, un abandono, una privación, una reprensión, aunque sea inmerecida, de los superiores. En las *sequedades*, cuando uno deja la oración, la comunión, porque no se siente gusto sensible en ella; porque experimenta un mal estar físico ó moral, que le inquieta y le hace creer que Dios nos ha dejado; y entonces se pierde todo fervor y resignación. En las *tentaciones*, cuando el alma cansada, atormentada, asustada, se va lejos de Dios, en vez de arrojarse humilde en sus brazos; grita que está abandonada, cuando la tentación

no es permitida por Dios más que para tenerla sobre sí, impedirle que se haga orgullosa, y darle ocasión de mostrarle su amor.

En las desconfianzas de no poder soportar una cruz ó creer que se puede vivir sin cruz. Pero debe tenerse presente que cualquiera que sea la cruz que se tenga en la vida religiosa, pues cada uno tiene la suya irremisiblemente para seguir á Cristo, no podrá quitarnos la paz interior del corazón, si permanecemos unidos á Dios.

Pero sobre todos los obstáculos, el que suele asaltar con más frecuencia es el *desaliento*, del que solía decir San Francisco de Sales: « el desaliento es la tentación más ruín de todas, porque cuando el enemigo ha logrado hacernos perder el valor para adelantar en la virtud, ha logrado mucho de nosotros, y nos pone luego en el precipicio del abandono ».

Para corregir este defecto dijo el Santo á una alma: « Tened paciencia con todos, pero principalmente con vos misma; quiero decir que no os turbeis por vuestras imperfecciones, y que tengais siempre aliento y valor para levantaros de ellas. Yo quedo contento con que volvais á comenzar todos los días: no hay medio mejor para acabar la vida espiritual que volver á comenzar siempre, y nunca creer haber hecho lo bastante ».

Os desalentais, porque nunca adelantais; pero con desalentaros no encontrareis remedio, sino perdereis toda esperanza de levantaros.

Quedan, pues, indicadas someramente, estimadas Hermanas, las reglas, advertencias é instrucciones para conseguir la vida interior; y ojalá que estas pocas líneas os hagan amar, estudiar y practicar esa vida interior, esa dulce *vida de unión con Dios*, tan propia de las almas escogidas por María para esposas de su divino Hijo.

Pero al terminar, quiero indicaros una regla,

que facilitará el cumplimiento de todas las demás, dada por San Agustín.

Le preguntaban unos religiosos qué debían hacer y qué medidas y reglas adoptar para verse libres de tantas tentaciones y adelantar en el camino de la perfección; y con admiración de todos, les contestó que existían muchos medios y reglas, que no debían desdeñarse; pero que la mejor, de todas era excitar en nosotros el verdadero amor, pues este amor les inspiraría los mejores medios y reglas; é inspirándose en él y no haciendo nada sino por amor, todo saldría bien hecho. Hé aquí la regla: *Ama y haz lo que quieras*.

Procurad, pues, tener, ó fomentar, al menos, el amor de Dios en vuestras almas, y correréis á pasos agigantados por los caminos de la vida interior. *Corrí por las vías de tus mandamientos, porque ensanchaste mi corazón*, decía al Señor el real Profeta David.

Aclaraciones y consejos sobre la perfección

No os cause fastidio, amadas Hermanas, que insista en un asunto de tanta importancia, cual es la perfección, á fin de que, bien conocida, os esforceis cada vez más por conseguirla. Y estad seguras de que os diré cosas muy buenas y útiles, porque las he entresacado pacientemente del precioso libro *Espíritu de S. Francisco de Sales*. A fuer de Hermano, me permito abusar de vuestra paciencia; pero es porque os amo sinceramente en Jesús y María; porque deseo vuestra perfección y santidad, como verdadero Hortelano. Escuchad, pues, con atención al gran maestro de espíritu, que mucho os alentará; más de lo que

pudiera hacerlo yo, á pesar de mi buena voluntad. Desde luego, veremos en qué consiste la perfección, según el Santo Doctor.

« No oigo hablar, decía, sino de perfección, y veo muy pocos que la practiquen. Cada cual fabrica una perfección á su modo: unos la ponen en la austeridad, otros en la frecuencia de los sacramentos, otros en la oración, otros en cierta especie de contemplación supereminente, otros en gracias extraordinarias; pero todos se engañan miserablemente, tomando los medios por el fin, ó los efectos por la causa.

« Por lo que á mi toca no sé, ni conozco otra perfección que *amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á sí mismo*. Sin esto toda perfección es una perfección falsa y de puro nombre. La caridad es el único vínculo de perfección, y la única virtud que nos une con Dios y con el prójimo, del único modo que es necesario, y en que consiste nuestro fin y última consumación. Los que nos forjan otra perfección nos engañan.

« Todas las virtudes, aún las que parecen mayores y más excelentes, nada valen sin la caridad; ni la misma fé, aún cuando con ella se tras'aden los montes de un lugar á otro, y se penetrasen los misterios más recónditos; ni el don de profecía, ni el de lenguas de hombres y de ángeles, ni el dar de limosna todos los bienes, ni aún el martirio mismo, aunque fuese de fuego, todo esto vale nada sin la caridad. (I. Corint. XIII.) El que no está en la caridad está en la muerte, y todas sus obras, por buenas que parezcan, son obras muertas, y de ningún valor para la eternidad. (I. Inan. III. 14.)

« Bien sé yo que las austeridades, la oración y demás ejercicios de virtud son muy buenos *medios* para adelantar en la perfección, con tal que se practiquen en caridad. Pero no por eso

se ha de colocar la perfección en los medios, sino precisamente en aquel *fin* á donde conducen estos medios, el amor. »

« Lo demás es detenerse en el camino, y en medio de la carretera, sin llegar jamás. »

¡Qué hermosa lección y qué digna de tenerse en cuenta, en un asunto de tanta importancia!

¿Y qué os parece, de tan franca declaración para aprender bien á conocer lo que constituye la verdadera perfección? Pero ¿no es verdad que estamos muy lejos de tenerla por falta de un verdadero conocimiento de la misma?

* * *

El amor es ley y perfección. Preguntado un día el Santo, qué era menester para llegar á la perfección. « Es menester respondió, amar á Dios de todo corazón, y al prójimo como á sí mismo. »

No os pregunto, rep'icó el interlocutor, lo que es la perfección, sino el camino que es menester tomar para llegar á ella, sin comprender que la caridad es *camino y fin*.

« La caridad, respondió, es una virtud admirable: ella es medio y fin todo junto: es el camino y también el término: es el camino para ir á ella misma, esto es, para adelantar en ella. Yo os quiero mostrar un camino todavía más excelente, dice San Pablo, é inmediatamente hace una descripción amplísima de la caridad. (I Cor. XII. 30).

« Toda virtud está muerta sin ella; por eso la caridad es vida. Nadie llega sin ella al último y soberano fin, que es Dios, y por eso es camino. Sin ella no hay verdadera virtud; y por eso ella es la verdad. Es la vida del alma, pues por ella pasamos de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Ella es la que da la vida y la

que anima á la fé, á la esperanza y á todas las demás virtudes. En fin, así como el alma es la vida del cuerpo, del mismo modo la caridad es la vida y perfección del alma ».

Todo eso ya lo sé, replicó el interpelante; pero ahora lo que deseo saber es, ¿cómo convendrá obrar para amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á nosotros mismos?

« Muchos, como vos, me piden métodos, medios y secretos de perfección, y yo les respondo que no sé otro mas delicado y exquisito que el amor á Dios de todo corazón: y todo el secreto de llegar á este amor, es amar; porque así como se aprende á estudiar estudiando, á hablar hablando y á trabajar trabajando, así también se aprende á amar á Dios y al prójimo amando: y los que toman otro camino, ú otro método, se engañan. »

« El medio, pues, de amar á Dios, es amarle siempre más y más; adelantad siempre algo, y no os detengais á mirar atrás, ni á los lados: empiecen, pues, los que son aprendices, y á fuerza de amar vendrán á ser maestros. Los más adelantados en esto, adelanten siempre más, considerando que no han llegado todavía al fin; porque en esta vida siempre puede aumentarse la caridad hasta el último suspiro; y así los mas aprovechados digan con David: *Ahora empiezo*; ó con el gran San Francisco de Asís: *¿Cuándo comenzaremos á amar y servir á Dios de todo nuestro corazón, y amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos?* »

Además, enseñaba, para alentarnos á amar á Dios, que no hay cosa tan fuerte como la suavidad del amor de Dios, ni tan suave como su fuerza. « No se puede negar que el amor es la dulzura de las dulzuras y el azúcar de todas las amarguras; y sin embargo, ved cómo se le compara con las cosas más fuertes y duras, cuales

son la muerte y el infierno; y la razón es que, como no hay cosa alguna tan fuerte como su dulzura, tampoco hay cosa más dulce ni más amable que su fuerza.

« Tampoco hay cosa más suave y más dulce que el aceite y la miel; pero hirviendo, no hay ardor semejante. No hay cosa más dulce y mansa que la abeja; pero si la irritan, no hay espada tan penetrante como su aguijón ». Y en verdad, el amor todo lo vence, y con placer obra todo lo que hace.

Excitemos, pues, en nosotros el amor, que al mismo tiempo que nos llenará de dulzura, nos dará fuerza irresistible para hacernos invencibles en las flaquezas y tentaciones.

* * *

En qué consiste el amor. Quizás querrais saber, amadas Hermanas, qué cosa es amar y en qué consiste. Hé aquí lo que enseña el Santo Doctor. Bien sabía yo, dijo el citado interlocutor, que la perfección cristiana consiste en la caridad, y que esta consiste en amar á Dios por ser quien es, y al prójimo por amor de Dios. Pero *¿qué es amar?* A esto respondió el santo: « La principal pasión del corazón es el amor; el cual nos inclina á amar el bien. Amar á Dios y al prójimo con amor de caridad, que es un amor de amistad, es desear el bien á Dios por sí mismo, y al prójimo en Dios y por amor de Dios. »

Pero *¿qué bien podemos nosotros desear á Dios, siendo él el soberano bien y la bondad esencial?* « Podemos, responde San Francisco, desear á Dios dos suertes de bienes: el primero es aquel que él tiene en sí mismo, el cual podemos desearle por modo de complacencia, regocijándonos de que sea lo que es, y que nada pueda añadirse á su

grandeza y á la inmensidad de su perfección interior. El otro es el que Dios no tiene, y este se lo podemos querer y desear de dos modos: ó por efecto, si está en nuestra mano el procurárselo, ó por afección y deseo, si no lo está. »

Y ¿qué bien es el que Dios no tiene?

« Es el que llamamos bien exterior, que es el que le resulta de la honra y gloria que le dan sus criaturas, y principalmente las racionales.

« Si nosotros amamos verdaderamente á Dios, procuramos agenciarle este segundo bien por nosotros mismos; lo primero cuando reconociéndole por único autor de nuestro ser, dedicamos á su gloria este mismo ser, *con todas nuestras acciones*; lo segundo, cuando no contento ni satisfecho nuestro corazón con lo que está de nuestra parte, todavía deseamos y hacemos diligencias y esfuerzos para atraer á nuestros prójimos á su servicio y amor, á fin de que por todos y en todas cosas sea Dios honrado y glorificado.

« Amar al prójimo en Dios es regocijarse del bien de nuestro prójimo, en cuanto este usa útilmente del bien que tiene para gloria de Dios; es darle todo el favor y ayuda que nos pida en sus necesidades, y es tener celo por la salvación de su alma, y procurársela del mismo modo que la nuestra propia, porque Dios lo quiere así, y recibe contento de ello.

« Esto viene á ser, pues, tener verdadera caridad, y amar á Dios sólida y sinceramente por amor á él mismo, y á nuestro prójimo por amor de Dios ».

Pero ¿en qué consiste el adelantar en el amor de Dios?

¿En qué? Mirad: apreciaba mucho el Santo los buenos deseos, y decía que de su buen uso dependía todo el progreso de nuestra perfección espiritual.

« Para hacer muy grandes progresos en el amor divino, en que consiste toda nuestra perfección, es menester tener un deseo continuo de amar á Dios más y más, á semejanza de aquellas aves del profeta, que volaban siempre hácia adelante, sin jamás volver hácia atrás; y á imitación también del Apóstol, que siempre corría aspirando hácia lo que le aguardaba hácia adelante, sin mirar jamás atrás, ni pensar haber llegado al fin. Porque en las cosas espirituales y en el amor divino nada debe tenerse por suficiente; pues la suficiencia consiste principalmente en el deseo de mayor abundancia, supuesto que, mientras estamos en esta vida, siempre puede crecer la caridad, por mucha que presumamos tener, pues su permanencia y complemento solo en el cielo puede hallarse.

« No ama bastante á Dios el que no desea amarle todavía más. Un corazón valiente y animoso no se contenta con amarle de todo corazón, pues quisiera tener un corazón mayor y más capaz para amarle siempre más. »

Así vosotras, queridas Hermanas, si quereis progresar en las vías de la perfección: mucho deseo, y gran corazón; ó al menos, un corazón generoso.

* * *

Consejos prácticos. — Por fin, quiero añadir algunos consejos del Santo para mejor aprovechar en la perfección.

Era tan amante de la unidad en todas las cosas, que le era, sino desagradable, á lo menos sospechosa toda multiplicidad; por lo cual aprobaba grandemente aquel consejo atribuido á Santo Tomás: « Para estudiar bien, no tener más que un libro ».

A este propósito, alababa á aquellos que para su gobierno espiritual tomaban un solo libro de

devoción: como el *Combate espiritual*, que era el de su mayor cariño; el tratado de la *Imitación de Cristo*; la *Guía de Pecadores*, (1) y otros semejantes; no porque excluyese á ninguno, sino porque quería que, escogido uno por principal, los demás se mirasen como accesorios, y como comentarios de aquel. Por tanto, os aconsejo, que al menos, no cambiéis un libro espiritual por otro, hasta no estar bien empapadas del anterior.

Del mismo modo pensaba en cuanto á los ejercicios espirituales. Quería que se escogiese uno de estos ejercicios para entregarse á él más continuamente: sea la presencia de Dios, que recomendaba sobre todo; sea la sumisión á la voluntad de Dios, que estimaba mucho; ó sea la renuncia ó abandono en manos de Dios, y la abnegación de si mismo, que ensalzaba muchísimo, como que en esta se cifra generalmente la perfección cristiana.

Quería igualmente, que se escogiera alguna virtud particular: como la humildad, la paciencia, la mortificación, la misericordia, la oración, ú otras semejantes, para aplicarse á ella mas frecuentemente, sin descuidar las demás; porque, decía «casi todos los santos han resplandecido en alguna virtud particular, así como cada Instituto tiene una especial, que le distingue, la cual cultiva con particular esmero, sin descuidar por eso las demás.»

Sobre este principio, no esperaba cosa buena de aquellos que veía revolotear de ejercicio en ejercicio, de libro en libro, de devoción en devoción; pues los comparaba á los zánganos de colmena, que andan picoteando todas las flores, sin hacer jamás miel alguna; así estos siempre andan aprendiendo,

(1) Nosotros recomendamos el suyo propio, *Introducción á la vida devota*, por San Francisco de Sales.

sin llegar jamás á la verdadera ciencia de los santos; siempre escogiendo, juntando y amontonando, sin llegar jamás á ser ricos, porque todo lo echan en un saco roto. Espíritus inquietos, que buscando la paz en las riquezas espirituales, de que intentan adornarse, no la encuentran jamás; semejantes á los que adolecen del achaque de escrúpulos, que todo les sirve de cebo y nada de remedio.»

Acerca de esta multiplicidad de ejercicios decía: «que apreciaba más una oración jaculatoria, ó una aspiración repetida muchas veces, que cien jaculatorias dichas cada una, una vez;» y traía para esto el ejemplo de los Santos, como el de San Francisco de Asís, que solía pasarse días y noches en repetir esta sola: *¡Dios mio y todas las cosas!*

Y añadía la razón de esto, diciendo que «cuanto más se detiene la abeja sobre una flor, más miel saca de ella.»

Imitad, pues, á estas hábiles abejas en la meditación y ejercicios espirituales para poder embriagaros con la preciosa miel del santo fervor y amor de Dios; pues dulce como la miel es la vida interior.

* * *

Para más empeñaros, quiero haceros la siguiente reflexión. ¿No es verdad que naturalmente deseamos y procuramos nuestra propia felicidad? ¡Es tan innato el deseo y la ambición de ser felices! Pues bien, no la encontraremos sino en el amor á Dios. Es, por tanto, por nuestra propia conveniencia que debemos abrazar el partido del amor de Dios, y solo así seremos felices desde este mundo, porque aún cuando tengamos que sufrir algo, ya que el cielo no se gana de balde, ese mismo sufrimiento por amor de Dios, se convierte en gozo y alegría.

Tan racional es este partido, que es el único preferible, aún cuando nos fuese lícito dudar de la existencia de la otra vida. Escuchad. Dijo un impío, al ver á unos religiosos por la calle: ¡qué fiasco se van á llevar! Sufren en este mundo, y después se encontrarán quizás con la nada. Replicóle un amigo: ¡quién sabe! Creo que ellos están en lo seguro: puesto que, si después de la muerte no hubiese nada, nada pierden, ó es despreciable, pues con la muerte se termina su sufrimiento. Pero si existe otra vida, mientras ellos recibirán el premio, nosotros seremos desgraciados por una eternidad. Vale más asegurarse sufriendo algo en este mundo, y no ponernos en peligro de ser desgraciados por toda una eternidad.» Hé aquí un gran motivo para resignarse á sufrir algo en este mundo: aseguramos una felicidad eterna, con un breve sufrimiento! A lo seguro, pues, queridas Hermanas, amando mucho á Dios.

Otra gran lección podemos tomar de los mundanos para nuestro aprovechamiento. En verdad que deberíamos imitar el gran empeño y desvelo de los hijos del mundo para adquirir los bienes y riquezas de la tierra: solo piensan en su negocio, se afanan, se sacrifican por acumular riquezas; riquezas que han de dejar, porque no pueden llevarse á la otra vida. Y nosotros ¿qué hacemos por el gran negocio de nuestra salvación? Siempre me he avergonzado ante esta comparación: ellos se desviven y afanan, sin perder ocasión de acrecentar sus riquezas, y nosotros tan fríos, tardos y mezquinos en adquirir los bienes celestiales, la perfección por la práctica de las virtudes, sabiendo que todo esto lo hemos de llevar con nosotros. Seamos, pues, verdaderos sabios en la ciencia de la salvación. Aprended, estimadas Hermanas, esa lección que os da el mundo, siendo muy solícitas y esforzadas en trabajar por vuestra per-

fección en el delicioso Huerto de María, para ser desde él trasladadas al paraíso de eternas delicias, donde os espera el amante Esposo, Jesucristo, á quien habeis prometido fidelidad y amor perpetuos.

Por fin, quiero revelaros un secreto para vivir felices en la vida de religión. He conocido muchas religiosas, cuya conducta era un encanto: se ostentaban tan contentas y felices, como exactas cumplidoras de las santas reglas y modelo en el desempeño de sus oficios. Su vida era un ejemplo vivo de la perfección religiosa: en ellas no se notaba ni mal humor ni tristeza, ni se les podía motejar por ninguna imperfección deliberada; su obediencia prontísima; su pobreza exactísima, y castas hasta en los menores movimientos: parecían ángeles en todo. ¿Dónde estaba el secreto? « *Vivian enamoradas de Jesús, con esa dulce vida interior de fervor y unión con Dios.* »

Así quisiera que fuesen todas mis Hermanas para honor del Instituto y encanto de Jesús y María.

Pero, hé aquí que antes de dar por terminadas estas reflexiones sobre la perfección, quiero preveniros contra dos impedimentos muy graves: los escrúpulos y la tibieza.





Impedimentos contra la perfección

I

Los escrúpulos

Muchos son los impedimentos y obstáculos contra la perfección; como son todas las dificultades que se oponen á la práctica de las virtudes que debemos cultivar, y que ya hemos mencionado; ahora, quiero hablar de los dos más poderosos que existen para impedirnos progresar en la perfección: los escrúpulos y la tibieza, completamente opuestos. Empezaremos por los primeros.

Todas vosotras, Hermanas mías, debeis ser almas timoratas, que procuran no ofender á Dios jamás; y esto es bueno: pero hay algunas que, á fuer de *demasiado* timoratas, llegan á padecer el tormento de los escrúpulos; y son verdaderamente dignas de compasión. Por eso queremos daros algunas advertencias en tan importante materia. (1)

(1) Seguimos á San Afonso M. de Ligorio en estas advertencias.

La zozobra de los escrupulosos consiste únicamente en el temor de que en sus obras se mezcle, no solo el escrúpulo, sino además cierta duda de que pecan, ó que les haga incurrir en el pecado. Pues bien; el escrúpulo es un gran mal, una enfermedad del alma, porque nos hace pusilánimes y cobardes en los caminos de la perfección y hasta nos hace perder el tino y rectitud de conciencia.

¿Cuál es su remedio único? La sumisión y obediencia al confesor. En efecto, es preciso persuadirse que obrando en virtud de obediencia á un confesor docto y piadoso, se obra, no ya sin razonable duda, sino al contrario, con aquella seguridad que debemos tener en la infalible palabra de Jesucristo, según el cual, escuchando á sus ministros, le escuchamos á él mismo: *Quién á vosotros oye, á mí me oye.*

El superior legítimo, á quien está confiada la dirección particular de la conciencia, es indudablemente el confesor, como lo enseña con todos los autores San Francisco de Sales.

Por eso dice Pinamonti: *Conviene muchísimo inculcar á los escrupulosos que la seguridad, en todo lo que no es evidente pecado, consiste radicalmente en la sumisión de la voluntad á los ministros del Señor.* Si recorremos las vidas de los santos, nos convenceremos de que no han encontrado un norte más seguro que el de la obediencia, ya que se han fiado más de la voz del confesor que de la inmediata de Dios.

Más aún; afirma el P. Enrique Susón, que Dios no nos pide cuenta de lo que practicamos por obediencia; y lo propio afirma S. Felipe Neri. Los que desean aprovechar en el camino de Dios se someten á un director prudente, á quien obedecen como al mismo Dios, asegurándose de este modo de no tener que dar cuenta de las propias acciones. Aña-

de el santo, que se tenga una viva fé en el confesor, porque el Señor no permitirá que se equivoque, no habiendo medio más seguro para cortar los lazos del demonio, que la sujección de la propia voluntad á la de otro en el bien; como al contrario, nada hay más peligroso que el pretender dirigirse por capricho. Lo confirma San Juan de la Cruz cuando dice en nombre del Señor: « Siendo infiel á tus confesores lo eres á mi palabra, pues he dicho: *El que á vosotros desprecia, á mí mismo desprecia.* Y añade: el orgullo y la falta de fé son la causa de que no quedemos satisfechos con lo que nos aconseja el confesor.»

Persuádanse, por lo tanto, mis Hermanas escrupulosas, que obedeciendo al padre espiritual, pueden y deben estar ciertas de no pecar.

El más eficaz remedio para los escrupulosos, dice San Bernardo, consiste en una ciega confianza en el confesor; y refiere el docto Gersón que el mencionado San Bernardo mandó á cierto discípulo suyo, muy escrupuloso, que fuese á celebrar la misa descansando en su conciencia; obedeció el discípulo, y quedó curado de sus escrúpulos.

Por este motivo San Francisco de Sales, hablando de la dirección del padre espiritual, indispensable para no tropezar en el camino del Señor, afirma que este es el *consejo de los consejos.* Por más que busqueis, dice el piadoso Avila, no os será dable hallar con más seguridad la voluntad de Dios, como por el camino de esta humilde obediencia, que tanto ensalzaron y practicaron los hombres devotos de la antigüedad. De modo, añade el Padre Alvarez, que si se equivocase el padre espiritual, puede estar cierto de que no yerra el que sigue el perecer de aquel que Dios le ha dado por superior; y lo mismo siente el Padre Nieremberg.

Pueden servir de mucho consuelo para las almas escrupulosas tres máximas que enseñó San Francisco de Sales: 1.^a Nunca se ha perdido ningún obediente. 2.^a Debemos contentarnos con saber por nuestro padre espiritual que caminamos bien, sin querer profundizar los motivos en que se apoya. 3.^a Lo mejor es abandonarse á ciegas en los brazos de la divina Providencia, en medio de las tinieblas y perplejidades de esta vida. Por esto, según sentir de los autores, la obediencia al confesor es la regla más infalible para aprovechar en el camino del Señor.

* * *

Y deben reflexionar igualmente los escrupulosos, que la obediencia no solo tranquiliza, sino que además es un deber tenerla ciega á sus directores, despreciando los escrúpulos, y obrando con libertad en sus dudas. La razón está fundada en que el escrupuloso, no desprendiéndose de sus escrúpulos corre riesgo de oponer un grave impedimento al cumplimiento de sus obligaciones, ó á lo menos, á su provecho espiritual, y hasta de perder el juicio, la salud y la conciencia; hasta de caer en la relajación, y aún en la desesperación. Por esto San Antonino y Gersón reprueban al escrupuloso que, por un vano temor, no vence los escrúpulos, como se le manda. Cuidad que aspirando á seguir un camino demasiado seguro, no os precipiteis en la ruina!

Por esto un gran sabio afirma, que el escrupuloso debe obedecer á su director, con tal que lo que le manda no sea un pecado evidente. Concuerdan los autores en que en lo dudoso, esto es, donde no hay pecado evidente, debe obedecerse al prelado, como lo prueba la autoridad de San Bernardo y la de San Ignacio de Loyola:

por tanto se debe despreciar el escrúpulo con intrepidez.

Y este remedio adoptaba San Felipe Neri, haciendo despreciar á los escrupulosos sus escrúpulos, como se lee en su vida. Además del remedio ordinario de descansar en todo y por todo en el juicio del confesor, aconsejaba á los suyos que despreciasen los escrúpulos. Prohibía á los escrupulosos que se confesasen con frecuencia; y cuando en la confesión observaba que entraban en escrúpulos, les mandaba que fuesen á comulgar, sin escucharlos.

En una palabra, el escrupuloso debe tener por norma la obediencia, tener por vano el temor del escrúpulo, y obrar así con libertad. Tampoco se necesita, como dicen los moralistas, hacer en cada acto particular el juicio expreso de que aquello es un escrúpulo, ó de que debe despreciarse por obedecer al confesor: basta obrar contra el escrúpulo en fuerza del juicio formado de antemano; pues por la experiencia interviene habitual ó virtualmente el mismo juicio, bien que oscuro y confuso. Por esto añade el P. Lacroix que, si en medio de la oscuridad, no le es dable al escrupuloso desprenderse tan fácilmente del temor, ni atender directamente á la obediencia debida al confesor, como sucede á ciertas personas que, atemorizadas por la congoja y perplejidad de su conciencia, no pueden sobreponerse al escrúpulo, no se peca en este caso, no obstante el temor actual de pecar. La razón consiste en que habiéndose ya formado de antemano el expresado juicio de tales escrúpulos y de la obediencia, en virtud de la cual deben despreciarse, se conceptúa que interviene en nuestro caso el referido juicio, por más que impida advertirlo la fuerza del temor. Debe por lo mismo, despreciar este temor el escrupuloso, porque no forma un verdadero dictamen de conciencia.

Para cometer un pecado mortal, debe concurrir una plena advertencia por parte del entendimiento, y un consentimiento deliberado por parte de la voluntad en querer una acción que ofende gravemente á Dios. Esta es doctrina indudable y común de todos los teólogos, aún de los más rígidos.

Sufran por lo tanto, con resignación esta cruz las almas escrupulosas, y no desmayen en las mayores congojas que Dios les envía, ó permite, para su provecho; esto es, para que sean más humildes. Guárdense sí, de las ocasiones cierta y gravemente peligrosas, encomiéndose al Señor con mayor frecuencia, confiando enteramente en su divina bondad. Recurran también á menudo á María Santísima, que se intitula y es efectivamente Madre de Misericordia y Consuelo de afligidos. Teman incurrir en la ofensa de Dios allá donde la vean evidente; pero formada la resolución de morir mil veces, antes que perder la divina gracia, teman, sobre todo, dejar de obedecer á sus directores. Al contrario, obedeciéndoles á ciegas, pueden vivir seguros de que no les abandonará aquel Señor que á todos quiere salvarnos, y hace tanto aprecio de la buena voluntad, que nunca permite que se pierda un hijo obediente.

Por lo demás, amadas Hermanas; ya que me he servido aquí de San Alfonso M. de Liguorio, os recomiendo mucho su precioso libro: *Práctica del amor á Jesucristo*, seguro de que os aprovechará grandemente para la santificación de vuestras almas; y sobre todo, para inflamarnos en el amor á Jesucristo, en lo que consiste la perfección y felicidad, aún en este mundo.

Pero si las escrupulosas inspiran compasión, no hay cosa más intolerable que las Religiosas tibias, y son las más desgraciadas. Por eso quiero llamaros la atención sobre la tibieza.

II

La tibieza

Si el escrúpulo es un mal espiritual por *exceso* de delicadeza de conciencia, la tibieza es el mayor mal, porque es *falta* de delicadeza de conciencia. Y así como es sabido que el santo fervor, la devoción fervorosa, es el mayor aliento para correr en el camino de la perfección religiosa, debe evitarse la tibieza como el mayor de los males para la profesión de la vida espiritual y la perfección del propio estado.

No sabría, queridas Hermanas, con qué palabras encareceros el fervor, así como espantaros del estado de tibieza. El Señor dice del tibio: « Te lanzaré de mi boca, te vomitaré, » como para manifestar el asco espiritual que causa un alma tibia, porque no es ni fría ni caliente.

Sí; debemos hacer grandes esfuerzos y poner mucho cuidado en evitar la tibieza por su propia mala índole, así como por el sumo detrimento para la vida espiritual y gran peligro para la salvación que trae consigo. Esto se deduce, desde luego, por la definición que de la tibieza dan los santos y maestros de espíritu; ya que según la unánime sentencia de los Padres y Doctores, consiste en la dejadez que se apodera del alma, y la decidía que la domina en los ejercicios espirituales y prácticas necesarias para la salvación. ¡Qué horrorosa enfermedad del alma es esta, al verse dominada por esa dejadez y hasta fastidio, que experimenta en los ejercicios de la devoción! San Bernardo, en efecto, dice que la tibieza es un tedio del bien espiritual, en virtud del cual se padece negligencia, así para empre-

der como para perfeccionar el bien comenzado. San Gregorio dice, que es la penosa languidez que se experimenta en el ejercicio de las virtudes; y Santo Tomás la define con estas espantables palabras: es la flojedad del ánimo abatido en obrar el bien, y hasta una tristeza en ocuparse de las cosas espirituales. Ay! pues, de los tibios. ¿Quién los libertará del tedio, del fastidio, del abatimiento y tristeza de espíritu en la práctica de las virtudes? Y si no existe enfermedad peor para el alma y para el corazón de un simple fiel ¿qué será en una religiosa? ¿Qué grande es el peligro de su salvación! Es digna de suprema compasión, porque ella misma se arrastrará desfallecida, y sin fuerzas ni ganas para levantarse!

Por eso declara el Señor que detesta y se fastidia de un alma tibia, de tal modo que se vé obligado á vomitarla y maldecirla. ¡Maldito el que hace las obras de Dios con negligencia!

Desgraciado estado; porque los que obran con tibieza se privan de un gran cúmulo de gracias, pues se hacen indignos de éstas; y por tanto, quedan más expuestos, y casi sin auxilio, en toda clase de tentaciones; siendo, por consiguiente, grande é inminente el peligro de la salvación en que se encuentran, y esto casi, sin darse cuenta, por su propia dejadez y pereza espiritual.

Una religiosa tibia es insoportable; porque con la tibieza se hace molesta y casi intolerable á los superiores, á sus hermanas y personas con quienes vive. Y hasta para la misma que la padece, pues le quita toda tranquilidad de ánimo, la paz del corazón y la serenidad de conciencia. ¡Qué horrible, pues, es la tibieza para las almas!

Pero como es un mal tan grave, procuremos estudiar los signos y señales con que se manifiesta, así como indicar los medios de librarnos de ella.

Hé aquí los signos con que suele revelarse la tibieza en las personas, aún religiosas:

1.º Cuando se practican con cierta negligencia los ejercicios espirituales; así como cuando se siente una especie de desgano ó desagrado al llegar la hora de dedicarse á cualquiera de estas prácticas piadosas. ¡Qué mala señal es esa falta de gusto espiritual, que á veces raya en fastidio!

2.º Cuando se siente resistencia ó dificultad para la meditación ó recogimiento de la mente y del corazón, que más bien divagan con facilidad. ¡Qué mala señal es también esta; puesto que es un síntoma muy claro de tibieza!

3.º Cuando con facilidad é inconsideración se cambia de propósitos buenos y piadosos. Reconocemos que es necesario tomar tales ó cuales medidas para ser más exactos cumplidores de las reglas; pero poco despues los olvidamos ó los cambiamos por otros, y nunca hacemos nada. ¡Puros y vanos deseos!

4.º Cuando nos dejamos llevar con facilidad del deseo de figurar, del orgullo y satisfacciones de la carne; procuramos las comodidades, pasamos el tiempo engañándonos con ocupaciones frívolas y casi en completa ociosidad.

5.º Buscar con frecuencia y gustar las conversaciones inútiles, y hasta las murmuraciones de los defectos de nuestros hermanos ó superiores.

6.º Huir la presencia de personas espirituales, y esquivar la conversación de cosas de espíritu y perfección.

Todas estas señales revelan casi siempre el estado de tibieza en nuestras almas; ó por lo menos, que ya estamos picados. ¡Qué desgracia, si no reaccionamos pronto contra esta verdadera tisis, ó anemia espiritual!

Veamos ahora cuales son los medios de librar-

nos de la tibieza: enumeraré los principales.

1.º Examinar los diversos signos de tibieza, que acabamos de apuntar; procurando conocer los que existen en nosotros mismos y tratar de anularlos con la práctica contraria: así, si notamos en nosotros flojedad en la meditación, excitarnos á hacerla con mayor atención.

2.º Pedir al Señor la gracia de ser fervorosos, excitándonos al fervor con frecuentes actos de caridad, fe y esperanza; así como fomentar en nosotros grandes deseos de ocuparnos seriamente de la perfección del propio estado.

3.º Procurar atentamente y con verdadero propósito evitar los pecados veniales *deliberados*. Porque es necesario tener en cuenta que existe una tibieza *inevitable*, la que consiste en las faltas *indeliberadas*, en las que caemos sin advertencia, por ser propias de nuestra naturaleza caída, como consecuencia del pecado original; por eso se dice en la Escritura que el justo cae *siete* veces al día, como son los actos primos indeliberados de orgullo, de sensualidad, de pereza, etc., que más bien pueden llamarse tentaciones. Pero jamás debemos consentir en ellas, procurando rechazarlas por actos contrarios, apenas las advirtamos; lo contrario es señal de tibieza *voluntaria*, que es la que debemos evitar.

4.º Por fin, meditar sobre el gran peligro de salvación en que nos encontramos, si permanecemos en el estado de tibieza, pidiendo al Señor y á la Santísima Virgen que nos saquen de semejante estado, y nos ayuden á hacer un supremo esfuerzo por sacudir de nosotros el fastidio, pereza ó languidez espiritual que nos abruma algunas veces.

Y téngase en cuenta que la tibieza no solo es un grave mal, sino que con mucha facilidad se introduce en las comunidades; es una especie de

polilla muy sutil, que empieza á carcomer el santo fervor casi insensiblemente. Basta empezar por pequeños descuidos y alguna flojedad en el cumplimiento de las reglas y prácticas piadosas; y cuando menos se piensa, el pequeño grano de arena se convierte en montaña, sintiéndose fastidio espiritual y hasta tristeza por tener que practicar las cosas espirituales. Y languidece la vida devota; se desprecia la vida interior, no teniendo entonces las esposas de Jesucristo, ni sombra de religiosas. Todo les parece difícil; insoportable la meditación; la obediencia se convierte en relajación, muere la caridad entre hermanas, y hasta asalta la idea y el deseo de infidelidad á la santa vocación.

Temblad, amadas Hermanas, ante la amenaza y posibilidad de caer en tibieza; y exclamad con fervor: « ¡Maldita tibieza, te odio y aborrezco! Señor, ten piedad de mí! En adelante quiero amarte con fervor y generosidad. »

Ah! no hay más; contra tibieza fervor, fervor, mucho fervor. Más ¿cómo tener fervor cuando estamos en tibieza, ó cuando es muy insistente la languidez del alma? Entonces; vayamos con humildad á postrarnos ante Jesús sacramentado; desahoguémonos con él, lloremos como pequeñuelos; y digámonle: « ¡Señor; Señor bondadosísimo y misericordioso, ten piedad de mi pobrecita alma. Yo te quiero amar mucho y siempre. ¡No me dejes morir víctima de la horrible tibieza espiritual! » Y el Señor se apiadará de nosotros.

Ahora permitidme esta advertencia final. Se narra en la Escritura que el apóstol San Juan, en sus últimos años, repetía siempre á sus discípulos que tuviesen caridad; y al preguntarle estos, porqué tanto les repetía la misma recomendación, les contestó: porque si esto haceis, todo lo demás será cumplido. Hé aquí, amadas Her-

manas, porqué tanto yo insisto y repito, recomendándoos: el *fervor y amor á Dios*; porque si esto conseguís, nada más necesitáis para ser perfectas religiosas. Por eso, si pudiera, eternamente os lo repetiría. Amén.



Epílogo

Si llegase á sospechar que mis Hermanas no habían de aprovecharse de estas fraternales exhortaciones, rompería entristecido este pobre libro ascético. Más, por la gracia de Dios espero que no será así. ¡Son tan buenas y edificantes!

Por eso termino este pequeño tratado sobre la vida religiosa, dedicándooslo como prenda del ardiente deseo, que me anima, por vuestra santificación. Ledlo, pues, con la intención de aprovecharos; y pensad que me escucháis á mí cuando lo leáis, ya que personalmente no puedo hablar á todas para llenar el oficio de Hortelano. Y leedlo en la certeza de que, bien meditado este sencillo libro, entenderéis con alguna exactitud la merced inmensa que habeis recibido del Señor, el cual os ha preferido á tantas almas que no han logrado entrar en la vida religiosa, por la que tanto suspiraban, y en la que vosotras encontrareis un cielo anticipado acá, en esta tierra de llanto y de aflicciones, mientras seáis fieles á la santa vocación.

Sí; creedlo: es un paraíso terrenal, una morada del cielo en la tierra, la vida religiosa practicada con amor y sinceridad.

En el Huerto de María encontrareis el paraíso, si correspondéis á la gracia del divino Esposo: encontrareis el cielo en la tierra.

Y cielo es por las costumbres de la vida religiosa, distintas esencialmente de las costumbres del siglo, y acomodadas á las prácticas de virtud que convierten á la religiosa en hija del cielo.

Cielo es por los votos, que cambian vuestro modo de vivir sobre la tierra, por los cuales renunciáis á todo lo del mundo, para vivir la vida de los ángeles, ahogando con ellos los deseos y aspiraciones, que producen muchas veces un infierno en la tierra.

Cielo es por el apartamiento del mundo, del cual por dicha no veis sus intrigas, ni contempláis sus luchas, ni conocéis las ignominias que lo inundan todo. Aisladas, como en un oasis sagrado, y separadas de este valle de miserias por los votos religiosos, que constituyen vuestra dignidad y reglan vuestra vida, teneis la inmensa dicha de que no lleguen á vosotras esas ilusiones y engaños, que pierden á tantas almas. El horizonte de vuestras miradas no baja, ni se allana nunca; se eleva siempre hácia arriba; siempre mira á los cielos, á la felicidad eterna, á Dios!

Almas afortunadas, no os preocupeis por la tierra; y á la gloria del cielo vuelen siempre vuestros pensamientos y afectos.

Pero, si nada hay más grande, más perfecto, más santo, que la vida religiosa, y por lo mismo, ningún estado es más dichoso; al mismo tiempo ¿cuánto empeño y cuidado no exige en las religiosas el corresponder dignamente á su vocación? Sin embargo, no temais, pues que con la gracia de Dios y la fidelidad en cooperar á ella, la perfección religiosa no será una montaña inaccesible á las débiles fuerzas de la criatura; antes bien, es fácil y dulce: *¡oh, cuán dulces, Señor, son tus moradas,* como decía el real Profeta.

Y bien; ¿sabeis lo que hace á la religiosa correr por las vías de la perfección? Estas tres ofrendas

que los reyes Magos presentaron simbólicamente al Redentor, al ofrecerle el oro, el incienso y la mirra, esto es: *el amor, la oración y la mortificación.* Sí; la religiosa que se siente abrazada en el amor á su divino Esposo; que á él eleva su alma en la oración para pedirle su gracia y auxilio, y que al mismo tiempo procura imitarle en su pasión con el sufrimiento voluntario, no puede ser sino perfecta en el cumplimiento de sus sagrados votos. Pero ¡ay! de la religiosa que no ama, que no ora y que no es mortificada! La vida religiosa le será pesada, insoportable, y hasta correrá peligro de condenación.

Una religiosa que no corresponde á su santa vocación es un monstruo, es un ser el más infeliz que pueda imaginarse; vivirá desolada, sin paz ni tranquilidad de conciencia, y en vez de un cielo, tendrá el infierno, aún en esta vida.

Pero, si quiere la religiosa conseguir la perfección y hasta la felicidad que es posible en esta vida, un paraíso terrenal, procure el amor de Dios de todos modos y con todas veras; porque si lo consigue, esto solo le basta, ya que ese amor divino le hará cumplir con todos sus deberes y conseguir todas las virtudes. *Amor, pues, mucho amor á Jesucristo, el divino Esposo, porque como dice San Pablo: á los que aman á Dios, todo lo que hacen les resulta en su propio bien.*

* * *

Para que comprendais toda vuestra obligación y dignidad, os recordaré en resúmen, lo que constituye la vida religiosa: esta consiste en una *consagración* y *dedicación* completa y perfecta á Dios de toda la persona y de todo su ser como un holocausto voluntario, por medio de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia; pues ellos hacen abso-

luta la donación que de la propia persona hace á su Dios la religiosa: todo lo que es y tiene queda consagrado á Dios, y á él pertenece únicamente; de donde resulta que no puede concebirse acto más meritorio, ni más heroico que la profesión religiosa.

Ahora bien; si la religiosa está consagrada á su Dios y le pertenece absoluta y perfectamente, tiene este doble deber. En primer lugar, debe desprenderse y desasirse de todo lo que no es Dios, ó que á Él no conduce; y en segundo lugar, la ley de su vida, no debe ser ya el simple cumplimiento de los mandamientos, como para todo cristiano; sino que su ley y regla es procurar en todo la perfección, ya que por medio de la profesión se ha consagrado á Dios en el estado de perfección evangélica, aconsejado por Jesucristo como el mejor.

Es, por tanto, el estado religioso el más perfecto, el más sublime y asimismo el más dichoso y feliz. ¡Cuántas gracias debéis dar al Señor, que os ha escogido, os ha llamado y os guía al monte santo de la perfección! Ah! para nuestra debilidad y flaqueza parecería imposible llegar á esa cumbre; pero cuando el Señor llama, nada es imposible.

¡Adelante, pues; siempre adelante, queridas Hermanas!

Más, por amor de Dios os pido que no seáis tibias, pues que tan mal está la tibieza en una religiosa. Sed fervorosas, amad mucho á Jesucristo, y así sereis invencibles, y nada podrá deteneros en el camino de la perfección; porque cuando el corazón está poseído del amor divino, que es la vida del alma, es imposible descuidarse en el cumplimiento de ningún deber y en la práctica de las virtudes. Entonces, nada le es difícil, ni hay tentación que no venza.

Y para enervorizaros siempre más en el amor á Jesucristo, os recomiendo que repitais con frecuencia esta afectuosísima protesta, que viene á ser como una compendiosa consagración de vosotras mismas al amor de Jesucristo, vuestro divino Esposo, diciéndole de todo corazón:

«¡Jesús, amor mío y esposo mío! Yo quiero decididamente amaros con todo mi corazón, y santificarme cual corresponde á una verdadera esposa vuestra. Quiero santificarme con la práctica de todas las virtudes para agradaros y amaros mucho en esta vida y en la eternidad.

Ya lo sé; yo nada puedo; pero Vos lo podeis todo, y sé que Vos quereis que sea santa. Veo ya que, por un efecto de vuestra gracia, mi alma suspira por Vos, y no busca sino á Vos.

No quiero ya vivir para mi misma: Vos quereis que sea toda vuestra, y yo también así lo quiero desde hoy firmemente. Venid, pues; uníos á mi, y yo á Vos, del todo y para siempre.

Vos me habeis amado infinitamente y me habeis hecho vuestra Esposa sin merecerlo. Con tantos motivos para amaros ¿cómo pudiera yo amar otra cosa sino á Vos con toda mi alma y todas sus potencias? Ya no me dejaré tentar; prefiero vuestra bondad infinita, á todos los bienes y grandezas del mundo. Vos sois el solo, el único objeto de todos mis afectos y sentimientos. Todo lo abandono para entregarme enteramente á vuestro amor, oh Redentor mío, mi consolador, mi fortaleza, mi amor y mi todo!»

Pero ¿no teneis nada más que decir á vuestro Amado? Sí; decídele también: «Por más infidelidades y pecados que haya cometido en lo pasado, no desespere, nó, de mi santificación; por que sé, Jesús mío, muy amado mío, que moristeis para salvar y perdonar al que se arrepiente de veras y de corazón, auxiliado por tu santa gra-

cia. En tanto, yo os quiero amar con todo mi corazón, con toda mi alma, en fin, más que á mí misma; y me duele y arrepiento sobre todas las cosas de haberos sido infiel, de haberos olvidado en la tibieza, á Vos que sois el soberano Bien y la suma Bondad. Yo no soy, no quiero ser ya de mí; á Vos pertenezco desde ahora. No me desceheis!

¡Dios de mi corazón! disponed de mí como mejor os plazca. Acepto para agradaros todas las tribulaciones que queráis enviarme, las enfermedades, los dolores, las angustias, las ignominias, las calumnias, los desprecios, las persecuciones, hasta las desolaciones de espíritu y del corazón. Tú solo me bastas.

Todo esto lo acepto para agradaros y sufrir algo por Vos, que tanto sufriste por mí en vuestra Pasión, pues cuento con vuestro divino auxilio en la desolación. Bástame, amado Jesús, que me concedas la gracia de amaros mucho. Dadme la gracia y la fuerza de compensar con un gran amor, las infidelidades pasadas. Oh! mi Dios, único amor y dueño de mi alma ¿á dónde iré sin Tí?

Y tú, reina del cielo, María Santísima del Huerto, Madre de Dios, poderosa y amantísima abogada de los que á tu amparo recurren, y en especial de tus Hijas, pongo toda mi confianza bajo tu intercesión y amparo. Amén.»

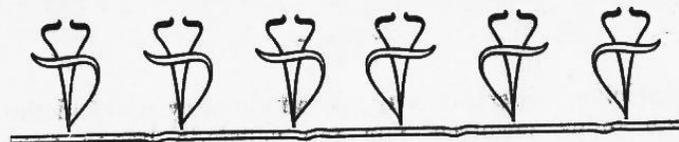
* * *

No olvideis jamás, amadas Hermanas, esta protesta de vuestra consagración al divino Esposo. Amad mucho, y sereis muy perfectas, muy santas, muy felices.

Esta dicha os desea de todo corazón vuestro Hermano, que por lo mismo que se honra en

ser Hijo de María Santísima del Huerto, mucho se regocijará en saber que sus Hermanas son dignas de vivir en el místico Huerto de María, donde solo deben germinar flores y frutos de honor y santidad. ¡Qué dicha, si yo pudiera recoger esas flores, después de haber regado el místico Huerto, para con ellas hacer el mas precioso y agradable ramillete, para presentarlo á la Madre común! Qué así sea.





Epístola gratulatoria

2 DE JULIO DE 1896

« *Gaudeo et congratulor omnibus vobis, Me alegro y congratulo con vosotras.* » Philip. 2. 18.

Escojo una ocasión en gran manera propicia y sumamente grata para contestar á las edificantes cartas con que me habeis querido honrar y consolar al acusarme recibo del modesto opúsculo « Las moradas del cielo en la tierra », que consagré á vuestro aprovechamiento espiritual, á fuer de humilde y adicto Hortelano del querido Instituto. Llámola ocasión propicia, ya que vuestro amado Fundador acaba de ser declarado *Venerable* por la autoridad de la Iglesia, asegurando así para fecha quizás no lejana los honores supremos de su canonización solemne.

Sé cuanta ha sido vuestra satisfacción y contento, muy legítimos por cierto, y de los que

participo sinceramente, alegrándome y gozándome con todas vosotras por tan señalado honor para vuestro Padre y Fundador, así como para su amado Instituto; de corazón pues, os declaro con el Apóstol; « *gaudeo et congratulor omnibus vobis*: me alegro y congratulo con todas vosotras, » por tan fausto acontecimiento. Mas aún; gozo por vuestra santa alegría: *gaudeo propter vos*. (Joan. 11. 15).

Y en verdad, amadas Hermanas, os escribo esta epístola con el fin de aumentar vuestro gozo y regocijo santos: *Hæc scribimus ut gaudeatis*. (Joan. 1. 4.); pues debéis saber que en las múltiples cartas con que os habeis dignado agradecer el librito, mensajero de mi buena voluntad hácia vosotras, he recibido una grande y cristiana satisfacción; ya que en todas ellas me prometéis y aseguráis poner especial empeño en procurar la perfección propia del estado religioso para ser cada vez más dignas esposas de Jesucristo.

¡Si supierais con que gozo santo he recibido esta promesa vuestra, que reputo y juzgo sincera! Al considerar que mi pobre librito ha sido ocasión para que hicierais esa santa resolución, que tanto os honra, porque prueba vuestra generosa gratitud y el buen espíritu que reina en vosotras, doy gracias á Dios porque ha querido premiar de esa manera mi buena voluntad para con vosotras. Eso de recordar que he podido contribuir á engendrar en vuestras almas tan generoso propósito de santificación, me llena de verdadera y santa alegría, y me enorgullezco de ser vuestro Hermano en María Santísima del Huerto.

Deseo, como el que más, vuestro verdadero bien, esto es, vuestra santificación; porque bien sabéis que esta es la voluntad de Dios: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra*, como enseña el Após-

tol. Y á título de Hortelano de María ¿qué otra cosa había de desearos y procurar para vosotras?

* * *

No tengo necesidad de declararos que os amo mucho en el Señor, y que en prenda de mi buena voluntad os dediqué ese memorial de la vida religiosa para que en mi nombre predicara á todas, ya que á todas no puedo reuniros á mi lado. Pero aunque en sí mismo es muy pobre cosa; sin embargo puedo aseguraros, y este es mi consuelo y esperanza, que, si con la misma buena voluntad y rectitud de intención que os envié mi pequeño libro, procuráis trabajar por vuestra santificación y adquirir las virtudes que os deben adornar como verdaderas Esposas de Jesucristo, lograréis ser santas y perfectas en cuanto lo permite la humana fragilidad.

Y ¿qué mejor y mayor premio podía esperar ni desear, que ver correspondido mi humilde trabajo con tal disposición de vuestra parte? ¡Qué el Señor os bendiga y confirme en su santo amor! Y para que el divino Esposo y María Santísima del Huerto os alcancen la gracia de la perseverancia en tan hermoso y loable propósito, os hago saber que todos los días os encomiendo en el santo sacrificio de la Misa; pidiendo al Señor que me otorgue este gran consuelo y santo honor de contribuir á labrar vuestra santificación; ya que mi afiliación á vuestro santo Instituto, me hace considerar como cosa propia todo lo que redunde en bien y gloria del mismo; y la mayor gloria, así como el mayor bien del Instituto es la perfección y santificación de sus miembros, esto es, de todas vosotras.

Así pues, *firma sit promissio* (Rom. 4.16): permaneced firmes en vuestro propósito.

Tócame ahora indicaros otro motivo poderoso para exigiros el cumplimiento de ese santo propósito y hermosa promesa de esforzaros en adquirir la perfección religiosa y conseguir vuestra santificación.—Y en verdad, la fausta nueva de haber sido declarado *Venerable* vuestro Fundador y Padre ¿no exige de sus Hijas un empeño extraordinario por la propia santificación? Han sido declaradas sus virtudes en grado heróico; luego sería indigno de sus Hijas no procurar levantarse cuanto les sea posible á la altura de semejante Padre por la imitación de sus heróicas virtudes: pues el verdadero amor exige no solo admirarlo, sino venerarlo imitándolo.

Pues si así no lo hicieris, podría deciros con el profeta: « Sí, pues, soy vuestro padre, ¿dónde está mi honor? *Si ergo pater ego sum, ubi est honor meus?* (Malac. 1. 6.) Como si dijera: si soy vuestro Padre ¿no debéis ser vosotras mi honor? ¿No es el honor del artífice la perfección de su obra? Dadme, pues, honor y gloria imitando mis virtudes, á fin de que por ellas respaldanza mi santo Instituto, que es mi obra predilecta.

Al veros, por tanto, honradas con la declaración de *Venerable* hecha en favor de vuestro Fundador, honrad á vuestro Padre como él desea ser honrado, por las virtudes de sus Hijas, que es la verdadera gloria del Instituto, de manera que pueda llamaros: *honor meus, gloria mea, corona mea*: mi honor, mi gloria y mi corona.

Creo, pues, amadas Hermanas, que ese acontecimiento glorioso para vuestro Padre y Fundador reclama de parte de todas sus Hijas, un entusiasmo sagrado de extraordinario esplendor para el Instituto por un empeño ardoroso de trabajar en la obra de la propia santificación: héc aquí la verdadera manera de honrar al *Venerable* Fundador

y de festejar esa primera guirnalda colocada en sus sienes por la Iglesia, previa á la aureola de la solemne canonización.

* * *

Pero hay mas; es indudable que podeis contribuir á acelerar el momento glorioso de su canonización con ese esfuerzo extraordinario en practicar con perfección la santa Regla y los votos sagrados, labrando eficazmente la propia santificación. ¿No es verdad, amadas Hermanas, que nada sería más eficaz para merecer la glorificación suprema del Instituto con los honores del altar para su Fundador, que una suprema manifestación de santidad en sus propias Hijas?

¿Cuán agradable sería al santo Fundador ver acelerado por el empeño de sus Hijas tan glorioso acontecimiento! Y en verdad ¿qué prenda podría ser más poderosa de parte de sus Hijas para impetrar del Señor la gracia de la canonización solemne del *Venerable* Fundador, como un esfuerzo generoso de todas en mostrarse dignas de tal Padre, proponiéndose con entusiasta ardor adquirir la perfección religiosa? Puedo afirmaros que no existe súplica más eficaz, que un esfuerzo semejante de parte del Instituto, ni mas grato al Señor y á la Santísima Virgen del Huerto, pues ello redundaría en gloria de Dios, de su Santísima Madre y del *Venerable* Fundador.

Es indudable que será sumamente honroso para el Instituto el día en que vea elevado á los honores supremos del altar á su amado Fundador; sin embargo no exagero afirmando que en vosotras está apresurar la llegada de ese día glorioso. En efecto; la santidad de vuestro Fundador ya quedó constatada con la declaración auténtica de

la Iglesia, (1) pues posee las virtudes en grado heroico; la gloria y los honores de la beatificación y definitiva canonización, es mas bien un honor y una gloria para su Instituto, que indudablemente puede contribuir á acelerarla é impetrarla con la intercesión de una espléndida y extraordinaria manifestación de empeño en la práctica de los votos religiosos, y esmerado cumplimiento de la santa Regla.

Entonces podriais decir á vuestro Fundador: « *Gloria tua sumus, sicut et tu nostra* (2 Cor. 1. 14). Somos tu gloria, así como tú eres la nuestra. » Y ¿cómo seriais la gloria de vuestro Fundador, sino esforzándoos, por la práctica de las virtudes, en ser cada vez más dignas esposas de Jesucristo, mas santas y perfectas religiosas?

Si no fuera atrevimiento de mi parte, publicaría un bando sagrado á todo el Instituto, concebido en estos términos. « Queridas Hermanas: el haber sido declarado Venerable vuestro Padre y Fundador, ha debido llenaros de santa alegría, porque esa declaración significa el título auténtico de su santidad por la práctica de virtudes en grado heroico. Pero si quereis apresurar el día glorioso de su solemne canonización, que sería la suprema gloria del Instituto, procurad impetrarla dando al Instituto un extraordinario esplendor de santidad por un esfuerzo extraordinario de santificación en vosotras mismas. Esa es la manera de forzar, en cierto modo, á la divina Providencia, para que conceda al Instituto, en día muy próximo, el supremo é incomparable honor de ver colocado en el catálogo de los Santos al Venerable Fundador.

(1) Por eso ya no se pueden celebrar funerales en sufragio de su alma, como antes se hacía.

Considerad que desde los cielos os dice: ¿me amais como á vuestro Padre y me deseais tan grande honor? Honradme con una vida perfecta por el exacto cumplimiento de la santa Regla, que os dicté en el Huerto de María. Esta es la verdadera manera de complacerme y de honrar mi memoria; en ello consiste la gloria de mi Instituto: así podreis decirme: *gloria tua sumus, sicut et tu nostra*; me glorificareis y yo os glorificaré.»

* * *

Estoy cierto, amadas Hermanas, que de esta manera, por medio de esta cruzada santa de virtudes y santificación en el Instituto, impetrariais del Señor la gloria de la canonización de vuestro Fundador en breve plazo. Así se uniría un esplendor de santificación con un esplendor de gloria para el Instituto.

Ved, pues, á que género de consideraciones me han llevado las cartas edificantes en que me prometiais hacer un esfuerzo extraordinario de santificación para corresponder al libro que os dedicara en mi calidad de Hortelano y Hermano vuestro; debiendo declararos que quise *escribirlo* para que mi palabra llegase á cada una de vosotras y *permaneciese* como un perpetuo reclamo de mi empeño por vuestra santificación.

Por lo demás, deseo sirva esta epístola congratulatoria como contestación á dichas cartas y para agradecer los santos propósitos que en ella manifestábais de empeñaros en trabajar más ardorosa y esforzadamente por vuestra perfección y santidad.

Pero cúpleme advertiros que de propósito he querido enviaros la presente epístola el día de vuestra gran solemnidad, la fiesta magna de Nues-

tra Señora del Huerto, para poner por testigo á nuestra Madre común de la promesa y propósito que hicisteis, y para exigiros en su nombre su fiel cumplimiento.

Dadme esta satisfacción en trueque del memorial que os dediqué á fin de que merezca en algo el título de Hortelano. Sé que poco vale; pero si lo leéis recordando la buena voluntad y rectitud de intención con que os lo dediqué, quizás podrá ayudaros para excitaros al perfecto cumplimiento de vuestros votos sagrados, y por tanto, á vuestra santificación.

Recordad también que es la voz del Hermano, que mucho os estima en el Señor y que mucho se interesa por vuestro bien espiritual; porque, en realidad de verdad, os declaro que de un modo especial me preocupa é interesa el bien y honor del santo Instituto, ya que á él he tenido el honor de ser afiliado.

Así que ya no puede serme indiferente; grande será mi consuelo saber que progresáis en virtudes y perfección religiosa, como me causaría tristeza lo contrario. Os reclamo pues, con conjuro santo en nombre de la Santísima Virgen del Huerto y del Venerable Fundador para que procureis dar gloria á vuestra santa Regla y amado Instituto, produciendo frutos de honor y santidad. *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra.*

* * *

Con sumo placer, amadas Hermanas he querido reiterar esta epístola, escrita en 1896, con ocasión de la primera edición de este libro. Y ¿sabéis porqué? Porque podrá servirnos como de materia para una especie de examen de conciencia acerca de la manera con que habeis cumplido la santa y consoladora promesa que me hicisteis de esforzaros

por adelantar en la perfección y trabajar por vuestra santificación. Ahora os pregunto: ¿habeis cumplido tan hermosa promesa y fraternal empeño? Y si la conciencia os remordiere de alguna flojedad ó tibieza en la práctica de las virtudes y reglas del Instituto; entonces espero, y hasta os ruego, que procureis reaccionar, al oír de nuevo la reclamación de vuestro Hermano, que procura hacer también las veces de Hortelano del hermoso y santo Huerto de María.





Epístola fraternal

JULIO 2 DE 1898



In amore ejus delectare jujiter.
Complaceos perennemente en el
amor de vuestro Esposo.» Prov.
5.13.

Bien sabeis, estimadas Hermanas, que en el gran día de vuestra solemnidad, fuera mi mayor satisfacción acompañaros á todas con mi asistencia personal en las fiestas y regocijos que dedicais en honor de María Santísima del Huerto, y también dirigiros una palabra para aumentar vuestro fervor por la querida Madre y su divino Hijo, vuestro Esposo, en cuyo amor debeis deleitaros perpetuamente: *In amore ejus delectare jujiter.*

Pero, ya que no me es dado intervenir y estar en todas partes, he creído suplir mi presencia dirigiéndoos la presente epístola, mensajera de mi

solicitud fraternal por vuestro bien espiritual, que tanto deseo y anhelo, á fin de que nuestra Madre común, María Santísima del Huerto, no me reproche falta de cumplimiento en mi oficio de Hortelano suyo.

Y desde luego, como no es esta la primera ocasión que me dirijo á todas vosotras, empiezo por preguntaros ¿qué provecho habeis sacado de las *Moradas del cielo en la tierra*, que consagré á vuestra santificación religiosa y qué aprecio habeis hecho de aquellos otros memoriales en que os recomendaba trabajar ardorosas é infatigables por vuestra perfección? ¿Habeis despreciado ú olvidado esos reclamos de vuestro Hermano, que tanto gozo experimenta por cuanto redundan en bien y honor del Instituto y santificación de sus Hermanas? No lo creo, ni Dios lo permita, porque experimentarí un supremo desconsuelo. Sé que procurais aprovechar de los sinceros consejos y fraternales amonestaciones, que el afán de contribuir á vuestro mayor aprovechamiento me inspira; pero como podeis siempre adelantar y crecer en santidad y perfección; hé aqui porque, sin perjuicio de recomendaros no olvidéis esos documentos para aplicarlos á vuestra vida religiosa, os dirijo este nuevo *reclamo* sobre el *amor á Jesús*, para que seais cada vez más perfectas y generosas en su santo servicio, deis más gloria á vuestro santo Instituto y más honor á María Santísima del Huerto. ¡Siempre adelante!

Escuchad, pues, con propósito de aprovechar espiritualmente la palabra de vuestro Hermano.

* * *

Y ante todo, quiero preguntaros: ¿Sabeis para qué estais en el delicioso Huerto de María? Permittedme que os lo recuerde en este día tan grande

para vuestro Instituto: María os pade con mimosos cuidados en su vergel florido, símbolo de todas las virtudes celestiales, para que seais dignas Esposas de su Divino Hijo, Jesús.

Pues bien; para agradar á esta Madre amantísima, exhalando de vuestras almas perfumes de paraíso, y ser dignas Esposas de Jesucristo, os voy á revelar un gran recurso. Hélo aquí: procurad *ser las felices esclavas del amor á Jesús. In amore ejus delectare jujiter.*

¡Ah! si supierais cuán dulce es esta esclavitud voluntaria, inspiración del más acendrado amor! Esa esclavitud, que es la suprema libertad del alma, constituirá toda vuestra felicidad, grandeza y honor; ya que *servir á Dios es reinar: servire Deo, regnare est.*

¡Sí; esclavas como María; pues como María, debeis decir al Esposo: *Ecce ancilla Domini: hé aquí la esclava del Señor.* ¡Y ya sabeis cuán sublime y grande fué esta esclava, María, la Virgen, Madre de Dios! Pues, si todas vosotras llevais el nombre de María, no lo lleveis en vano: sed como ella las esclavas del Señor; esclavas por amor y no por temor, que es la vil esclavitud del mundo.

Pero ¿á qué título debeis ser las rendidas esclavas del amor á Jesús?

Desde luego, la esclava no se pertenece á sí misma, sino que es propiedad absoluta del dueño que la ha comprado; y como Jesús os adquirió con el precio divino de toda su sangre, ya no debeis vivir *para vosotras sino para El solo*; y por tanto, ser sus *esclavas de amor*; esto es, permanecer libres de toda esclavitud y dejaros *atraer dulcemente* por Él que tanto os ama, Jesús, vuestro Esposo y Dueño.

No lo dudeis: nada es tan delicioso como el yugo del amor. Renunciad, pues, de todo cora-

zón á todo otro yugo para someteros á tan gloriosa esclavitud: *Ecce ancilla Domini*. Más, para ser dignas de tan sublime condición, ya no podreis *amar* con tibieza, ni *obrar* con flojedad, ni *sufrir* cobardemente. Vuestro dueño, *el amor*, os empujará y llevará hasta lo sublime; más no temais, porque este mismo amor será vuestra fortaleza; y el amor todo lo puede y todo lo vence: *omnia vincit*.

Como esclavas atentas y amorosas, espiad el menor *deseo* de vuestro Dueño para cumplirlo, y el más leve *ruído* de la inspiración interior para corresponder á ella. Sed generosas: nada rehuséis al amor, y rehusad todo á la carne; porque es necesario ser esclava del uno ó de la otra; y si no sois las felices esclavas de Jesús, lo sereis miserablemente de vosotras mismas, esto es, de vuestros caprichos y pasiones. Huid de semejante desgracia y decid al Amado: « Encadéname, Señor, con tus dulces lazos, porque yo no quiero amar ni servir, sino á Tí solo ».

* * *

¡ Esposas queridas de Jesús, porque sois las dichosas esclavas de su amor, qué envidiable es vuestra esclavitud!

La pobre esclava en cautiverio forzoso, no tiene la libertad de sus miembros; pero aunque la sepultasen en lóbrega cárcel y aherrojasen sus piés y manos con férreas cadenas, su alma permanecé libre; y por más que se la torture, dueña absoluta de sus amores y de sus ódios, amaré al que prefiere y maldecirá el yugo omnimoso que se le impone: en vano su amo se esforzará en violentarla, por que su libertad encuentra siempre en el fondo más íntimo de su ser un refugio, donde nada y nadie podrá forzarla.

Pero en cuanto á vosotras, almas queridas de Jesús, no os habeis reservado este refugio; porque sois esclavas voluntarias del amor, y por esto sois dichosas. Lo que constituye la desgracia de la esclava de un dueño mortal es esta oposición flagrante é invencible entre sus sentimientos y la condición vil que se le impone. Ah! si ella pudiese romper esas cadenas y dar á su corazón y á su voluntad, tiránicamente oprimidos, libre expansión!. . Pero vosotras precisamente habeis enagenado lo que hay de más íntimo y personal, habeis entregado toda vuestra libertad y todo vuestro corazón al Dueño y Esposo amantísimo de vuestras almas, Jesús.

Considerad, en efecto, la naturaleza y extensión de los lazos que os unen y ligan al Señor, del que os proclamais como María, dichosas esclavas. Él os ha adquirido con el precio infinito de su sangre, hasta el punto de pertenecerle como una cosa suya, no existiendo en vosotras ni un átomo del ser, ni un acto, ni una facultad que no le pertenezca.

Creadas por Él, como todo lo que ha sido hecho en este mundo, vosotras le habeis sido dadas á un título particular por Dios Padre, como el premio de su pasión y de su muerte en la Cruz, y como las Vírgenes de su séquito real.

Segun la enérgica expresión de S. Pablo, vosotras sois una propiedad de Cristo y le pertenecéis: *Vos autem Christi*; pero él no quiere usar de los derechos que posee sobre vosotras sin vuestra plena adhesión y libérrimo consentimiento, para vuestro propio mérito en esta esclavitud voluntaria.

Un día, para vosotras memorable, el de vuestra profesión religiosa, le habeis dicho: « Os escojo, Señor, por mi dueño. Vos lo sois, Rey inmortal de los siglos, por vuestros divinos dere-

chos; pero yo podría desconocerlos. puesto que me habeis dado libertad para poder hacerlo, aunque esta sería la más grande y triste desgracia. Vos sereis mi dueño y Señor por la libre elección de mi corazón. Y á fin de asegurarme por siempre de mis irresoluciones, y para hacer imposible toda exigencia de la naturaleza orgullosa y rebelde, yo me comprometo por la obligación grave y rigurosa del voto en lo relativo á la castidad, á la pobreza y á la obediencia. En cuanto al *amor*, querido Jesús mío, es él quien me hace obrar y me impulsa á darme á Vos para siempre: tomad mi corazón, tomad todas mis facultades de pensar, de sentir, de querer y de obrar. Os doy todo lo que tengo y todo lo que soy; desde ahora seré vuestra esclava por amor.

En verdad que semejante esclavitud es sublime, y hasta os deifica por el amoroso desposorio de vuestras almas con Jesús.

* * *

La donación, pues, era entera, era solemne y no ha sido jamás revocada; vosotras sois y sereis siempre las felices esclavas de Jesús.

Pero ¿acaso desde entónces acá os ha acontecido sentir disgusto de lo que pasara entre Jesús y vuestras almas, y echar alguna mirada de envidia sobre la suerte de los que han pretendido conservar el uso de su libertad? En verdad, el demonio es asaz atrevido y perverso para intentar sugeriros semejante tentación; ni ¿cómo extrañar, pues que se atrevió á tentar al mismo Jesús, vuestro Esposo? Pero sus celadas son demasiado groseras para engañar á las almas escogidas, que reflexionen un momento.

El que no ha hecho á Jesucristo el sacrificio de su libertad ¿es acaso menos esclavo? No por

cierto, sino esclavo verdadero de la más mísera servidumbre; es digno de compasión, pero no de envidia.

Desde luego está sujeto á la inconstancia de su veleidoso corazón. Fluctuante entre las inspiraciones de la conciencia y las tristes satisfacciones del pecado, quiere y no quiere; ama á Dios un momento, ó más bien cree amarlo, y un instante después lo abandona y reniega. Su vida moral, sin verdadera dirección y sin dignidad, está abandonada, como una veleta, al capricho de las impresiones pasajeras; mientras que la vuestra, sostenida por una voluntad perseverante en una admirable unidad, sometida á una Regla, que es á la vez la expresión de la voluntad de Dios sobre vosotras y el don por excelencia de su misericordiosa predilección, forma un todo armonioso, que constituye la paz del alma, la dichosa tranquilidad del espíritu, que presagian la paz del cielo y la preparan. Ni una sola hora queda perdida en esta vida, porque no hay ninguna que se aparte del plan divino. Y ¿qué delicia más grande que vivir como sumergidas en la paz y amor de su Dios, y no vivir sino en él?

Pero hay más aún; el alma que no quiere darse completamente á Nuestro Señor, está expuesta á caer muy pronto bajo la dominación del más ominoso de los tiranos, el demonio. Aún aquí abajo, satán es malvado y duro con los que le pertenecen; no espera la eternidad para labrar su desdicha; los envilece, los tortura con inquietudes y ambiciones insaciables, agota en ellos toda energía para el bien, les quita toda confianza, los desespera y los arroja así en las horribles torturas de la conciencia, amargándoles los mismos placeres de esta vida, con cuya promesa los alhagara.

Pero, al contrario, ¿cuán dichosa y feliz es

vuestra condición, almas muy amadas de Jesús, esclavas gloriosas de su amor! Vosotras comprendéis que pecar no es la libertad que ennoblece; que caer no es más que una señal de impotencia y de miseria, y que no se es verdaderamente libre, sino cuando, con la gracia de Dios, se tiene el heroísmo moral de dominar las pasiones, de despreciar al mundo, sus favores y sus amenazas, y se triunfa de todos los artificios del demonio. Hé aquí la libertad que dignifica y santifica: no la del mundo, que es más bien vil esclavitud.

* * *

En verdad, no quedais por esto preservadas de las pruebas y de los sufrimientos; pero ¿qué importa, si esto contribuye á aumentar vuestro mérito, y el Señor os dá valor para vencer y dulzura para templar las horas amargas de la lucha? En efecto, vosotras mismas os complacéis en el sufrimiento del alma por amor á Jesucristo; vosotras procurais domar el orgullo por contiínuas humillaciones; dominar vuestra voluntad propia sometiénndola á la obediencia de los superiores; vuestro juicio y capricho defiriendo al parecer ajeno; vuestros sentidos mortificándoos; y vuestra carne sometiénndola á la penitencia; de manera que podeis decir á vuestro Esposo, Jesús: nosotras permanecemos cada día sumergidas en las angustias de muerte y somos como corderos que se inmolan; y esto por tu amor, oh Jesús. *Propter te mortificamur tota die, estimati sumus sicut oves occisionis.* (Ps. 43). Pero ¿cuánto no goza el amor en sufrir por el amado? Muy bien lo significa San Francisco de Sales cuando dice que, así como las abejas tienen la propiedad de convertir en miel la sustancia amarga que sacan del

tilo, así el amor de Dios dulcifica los sufrimientos y penitencias, que con resignación aceptamos.

En verdad, puede afirmarse que vuestra condición y dignidad es como la de los mártires, que dieron su vida por nuestro Señor, pues ¿acaso no se la habeis ofrecido en total sacrificio y en perpetuo holocausto? Ellos debieron pasar por los más crueles tormentos que haya imaginado la perversidad humana, fecunda en invenciones de este género: el hierro, el fuego, el látigo, la rueda, las fieras. Al fin, la espada libertadora venía á abrir á sus espíritus las puertas del cielo, para sumergirlos gozosos y contentos en las delicias del amor divino. Vosotras sufrís menos en vuestros miembros, es verdad; pero el dolor físico no es ni el único, ni el supremo; el alma tiene también su martirio, y Dios permite con frecuencia que sea más doloroso que el otro; dura más tiempo, penetra más en las intimidades del ser, quema y consume todo, y el golpe libertador se hace á veces esperar mucho más que para el mártir.

Pero así como los mártires cantaban gozosos en medio de sus tormentos, y las palabras de alegría que les inspiraba la proximidad del paraíso ahogaba todo lamento en sus labios, así vosotras estais gozosas y alegres en medio de las mortificaciones y contrariedades, exclamando, al experimentar las consolaciones con que vuestro amable Dueño os inunda: ¡Qué dulce es el yugo del Señor y qué liviana es la carga que nos impone!... Porque yugo es la santa Regla, y carga la vida de mortificación; pero si se lleva con amor y con amor se sufre, entónces el amor aligera la carga y dulcifica ese yugo; por que, en verdad, sería muy pesada é insoportable la cruz, si el divino Esposo no os ayudara á llevarla.

Así que, cuando una religiosa se queja del peso

de la Regla y de las arideces con que Dios suele probarnos, es señal de que no ama sumisa y conforme con la voluntad de Dios.

* * *

Por tanto, conservad cuidadosas y alegres vuestra preciosa esclavitud, y que no sea solamente una forma exterior é impersonal de vuestra existencia, sino que se extienda á todos los actos de vuestra vida, á todas vuestras palabras y á todos vuestros pensamientos. Sed esclavas de Jesús hasta la médula de vuestros huesos, hasta el más imperceptible latido de vuestro corazón, hasta el más leve aliento de vuestra alma. Esclavas amorosas y decididas, no tendreis ni pensamientos, ni juicios, ni amores, ni voluntades que os pertenezcan; porque todo debe ser de vuestro amado Dueño, Jesús.

¿Pero quereis saber hasta dónde debe conducir la fineza del amor al Esposo? Escuchad lo que os dice un gran maestro de espíritu: « *El que quiere ser mi discípulo, que renuncie á sí mismo; esto es, que al orar, renuncie á su propia satisfacción y gusto; que al comulgar, renuncie á procurarse los consuelos divinos; que al conversar renuncie al deseo de complacer á los hombres; que al beber y comer, renuncie á toda sensualidad; que al cumplir su oficio renuncie á complacerse en él; que al estudiar renuncie á la curiosidad; que al vestirse renuncie al deseo de parecer bien, y que hasta en el ejercicio de las virtudes renuncie á la complacencia en su propia perfección. Antes bien, que en todo obre por la fé, en las intenciones de Jesucristo; que se uua á las intenciones que Jesús tenía de honrar á su Padre y complacerlo; á fin de que en el servicio del Señor no encontremos nada que nos detenga en el camino ».*

Hé aquí lo que exige de vosotras *el espíritu de esa deliciosa esclavitud de amor*: una renuncia absoluta de vosotras mismas, una guerra sin cuartel al amor propio, ninguna parte personal, como quizás os la habeis reservado hasta aquí, en cada una de vuestras obras. No se puede ser esclava del amor á Jesús sino á esta condición: nada para vosotras; todo para Él; porque así Jesús será todo para vosotras; y solo así sereis felices.

¡Esclavas del amor de Jesús! Sí; esclavas! Y sin embargo no debeis pensar que se trata de una esclavitud triste y ominosa como la del mundo.

La lengua humana no es capaz de traducir fielmente las cosas de la fé, ni la felicidad espiritual del alma; y en este caso hasta falsea el sentido, arrojando sobre este nombre un no sé qué de sombrío y triste, que Jesucristo no lo quiere en sus relaciones con el alma *esclava de su amor*. Todo debe ser con alegría y contento; porque todo debe ser por amor: *servite Domino in lætitia et exultatione*. Hasta parecería que esa esclavitud divina implicase, como la humana, cierta degradación y vileza de la persona; y sin embargo es la suprema grandeza del alma, que al convertirse en propiedad del amor divino, del celestial Esposo, toma su dignidad y se deifica: *eritis sicut dii: serveis como diosas*.

Y después, esa preciosa y santa esclavitud es la suprema felicidad del alma: en efecto, vosotras pertenecéis al divino Dueño, sois su propiedad, cosa suya, sus esclavas; pero esto sucede así, por que vosotras le amais y él os ama. Si él os posee como á sus queridas y muy amadas criaturas, vosotras también le poseis como á vuestro Bien supremo y soberano; Jesús está con vosotras, y *donde está Jesús, dice el autor de la Imitación, allí está el paraíso*. ¿Podriais desear mayor fe-

licidad que esta? No; porque es la suprema en este mundo.

*
* *

No extrañéis ahora que vuelva á recordaros que para la religiosa, que sabe amar á su divino Esposo, y que á el está unida por amor, *la vida religiosa es el cielo en la tierra*, es un paraíso anticipado. Y sin embargo, para algunas religiosas podría ser una vida insoportable. ¿Cómo puede esto suceder? Yo las compadezco; pero declaro que ellas tienen la culpa: viven una vida que no es de religiosa, sino en apariencia, viven sumergidas en la tibieza, y no quieren humillarse ante su Esposo para pedirle se apiade de ellas, sacándolas de tan triste y lastimoso estado.

La tibieza acobarda, debilita las fuerzas y hasta hace perder la vocación. ¡Qué desgracia tan grande para una religiosa! y sin embargo puede aun salvarse, arrojándose decidida en los brazos de la infinita misericordia, clamando á Dios para que le devuelva el fervor y la resolución de ser su esclava de amor. Y lo conseguirá, porque el Señor es rico y munificente en misericordia. ¿Hay alguna religiosa tibia entre vosotras? Llore y gima al Señor con constancia; y el Señor se dejará vencer y la salvará; porque Jesús ha prometido oír al que pide en su nombre la propia salvación.

Por eso voy á terminar con una exhortación que á todas puede aprovechar, á las tibias para levantarse de su postración y á las amantes para acrecentar su perfección.

Sabeis amadas Hermanas, que el corazón es el símbolo y el instrumento del amor. Pues bien; que el Corazón de Jesús y el vuestro no formen más que una sola cosa: *cor unum*; y esto lo

conseguireis consagrandó vuestro corazón al Corazón amantísimo de Jesús. Ya sabeis que el Sumo Pontífice ha consagrado todos los hombres al Corazón de Jesús de una manera solemne; ¿cómo no ha de estarlo cada una de las Religiosas? Para ello os propongo recitar con todo el fervor de vuestra alma la siguiente fórmula de consagración, tan apreciada y preferida por la Beata Margarita María, la *pequeña consagración*, como ella la llamaba, y que el Padre Santo, León XIII, se ha dignado enriquecer con la indulgencia de 300 días.

Recitadla al menos los primeros viernes, porque enardecerá vuestros corazones en el amor á Jesús:

« Yo N. N. me doy y consagro al Sagrado Corazón de mi Señor Jesucristo; mi persona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, para no servirme jamás de ninguna parte de mi ser, sino para honrarlo, amarlo y glorificarlo. Esta es mi voluntad irrevocable de ser toda para Él y hacer todo por su amor, renunciando de todo mi corazón á todo lo que pudiera desagradarle.

Yo os tomo, pues, Sagrado Corazón, por el único objeto de mi amor, el protector de mi vida, la prenda de mi salvación, el remedio de mi fragilidad y de mi inconstancia, el reparador de todos los defectos de mi vida, y mi asilo seguro en la hora de mi muerte.

Sed, pues, Corazón de bondad, mi justificación ante Dios, vuestro Padre; y desviad de mí los rayos de su cólera. Corazón de amor, pongo toda mi confianza en tí; porque todo lo temo de mi malicia, y de mi debilidad; pero todo lo espero de vuestra bondad.

Consumid en mí todo lo que pueda desagradaros ó resistiros; que vuestro puro amor se imprima tan hondamente en mi corazón, que jamás pueda olvidaros, ni ser separada de vos, á quien

conjuro por todas vuestras bondades para que mi nombre quede escrito en vos; puesto que quiero hacer consistir toda mi dicha y toda mi gloria en vivir y morir *en calidad de vuestra esclava.* » Así sea por siempre jamás.

¿No es verdad, amadas Hermanas, que una vida así consagrada al dulce y amante Corazón de vuestro Esposo divino es la mayor felicidad á que puede aspirarse aquí en la tierra; y que viviendo así en amorosa unión con vuestro Amado, los mismos quebrantos y penalidades formarían un gozo continuo para vuestra alma, que se regocijará en sufrir por amor del que tanto sufrió por el vuestro? Y entonces, será imposible vivir en tibieza y flojedad de espíritu.

* * *

No lo dudeis; esta consagración os hará superiores á todas las tentaciones y debilidades en el cumplimiento de vuestra santa Reg'la y de vuestros votos sagrados. Mas aún; el martirio de vuestra carne y el tormento de las pasiones se convertirán en dulces deliquios de consolación y satisfacción, al contemplaros crucificadas con el divino Esposo.

¡Ah! qué fuerte es el amor para sufrirlo todo y vencer todas las contrariedades, y convertir en un perpetuo paraíso de delicias aquí en la tierra la vida interior del alma; por eso es que ese amor engendra el bien supremo de esta vida, la paz del alma en esa íntima unión con el Esposo; y entonces, como dice el gran Fenelón: « Cualquiera que sea la cruz que se sufra en la vida religiosa (pues todos tienen su cruz), nunca se pierde esa hermosa paz del corazón, en la cual se ama el sufrimiento, y *que no se cambiaría por todas las alegrías del mundo.* »

Sí; amadas Hermanas, nadie más feliz que una religiosa que ama el sufrimiento con fineza y fervor, porque experimentará un consuelo, que supera todas las alegrías de los mundanos. Y no me cansaré de repetíroslo: no seais tibias, ni cobardes, porque la tibieza convierte en infierno la **felicidad de la vida religiosa**; y la cobardía espiritual, amilana é impide las finezas del amor, que constituyen las delicias de los corazones consagrados al divino Esposo.

Pero ¿sabeis en dónde y con qué ocasión podéis inflamar vuestro corazón en el amor de Jesús? Ya os lo he dicho en otra ocasión: en el momento dichoso de la santa comunión, al recibir á vuestro Esposo sacramentado. El empeño constante de toda vuestra vida es procurar recibir con fervor la sagrada Eucaristía, y aprovechar ese momento sublime para entregar á Jesús todo vuestro corazón. Ahí aprenderéis á gozaros resignadas, llevando con amor la cruz de vuestro estado.

Considerad, por tanto, cuán felices y dichosas sereis llevando á cuestras con amor la cruz que os manda el amado Esposo de vuestras almas. Finas esclavas de amor, no temais nada; porque Jesús os cuidará como cosa suya. Y ser enteramente de Dios y para Dios ¿no es la mayor grandeza y felicidad del alma? Así que ninguna de vosotras debe ser floja ni cobarde, ni tibia.

Y para más fácilmente conseguir tan hermosa gracia, implorad á vuestra Santísima Madre María del Huerto: Madre mía, esperanza mía; haced que sea toda de Jesús, pues bien sé que de este modo seré digna de vivir en tu místico Huerto, contenta y feliz por todos los días de mi vida.

Hacedlo así, amadas Hermanas mías, porque progresareis mucho en las vías de la perfección y santidad, si trabajais con empeño, con fervor,

con decisión y generosidad de corazón. Y os confieso que si así lo hacéis, será para vuestro Hermano en María Santísima del Huerto, el mayor consuelo y satisfacción que podriais proporcionarle, al saber que habeis aprovechado de sus exhortaciones y consejos; así quedará santamente orgulloso de haber desempeñado con aprovechamiento de vuestras almas el oficio de Hortelano. Ojalá que así sea para gloria de Dios y de su Santísima Madre; ya que todo mi anhelo es glorificar el Instituto por la santificación de sus Hijas. »

* * *

Como veis, he querido reiterar también la Epístola Fraternal que os dirigía en 1898, porque contiene una exhortación especial al amor de Jesús, pues que se encuadra muy bien en un libro destinado á fomentar en vosotras la perfección religiosa.

Por lo demás, estimadas Hermanas, como lo habreis observado, he ampliado y mejorado esta edición; y así lo he querido hacer para presentárosla como un obsequio fraternal con ocasión del jubileo de oro de vuestra bendita llegada á nuestras playas; como también para consagrar una memoria perpétua al feliz acontecimiento de la venida de la Reverendísima Superiora General en santa visita, después de cincuenta años del establecimiento del Instituto en América.

Así, pues, que todo sea para mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre, María del Huerto.



Hortus Conclusus

El Santuario de Nuestra Señora del Huerto
en Palestina (1)

« *Euge, euge super Sanctuarium meum.* Alégrate mucho por la erección de mi Santuario. (Ezech. 25. 3.)

No lo puedo disimular, y tengo que declararlo muy alto: creo haber erigido un monumento al amor que profeso á María del Huerto, hasta el punto de que me parece oír la voz del profeta Ezequias: « Alégrate mucho por la erección de mi Santuario. » Y es tan grande la alegría y satisfacción que inundan mi alma, al considerar realizado el acariciado proyecto del Santuario á María Santísima del Huerto, que me figuro haber merecido el aplauso del mundo cristiano.

El Huerto de Salomón es hoy un monumento sagrado dedicado á la Madre de Dios!.... Hé

(1) Está unido canónicamente á la Basílica de Santa María la Mayor de Roma, y al Santuario de Chiavari, de cuyos privilegios goza.

aquí como he querido corresponder á la gracia y al honor que se me dispensó afiliándome al Instituto de María del Huerto.

No extrañéis, por tanto, estimadas Hermanas, que añada en el presente libro un capítulo sobre el Santuario de Nuestra Señora del Huerto en Tierra Santa; es una obra bendecida y aplaudida por el sabio León XIII, así como una gloria para el Instituto, y un homenaje que exigía María Santísima del Huerto de sus Hijas y devotos.

Sí; debía erigirse un Santuario á María del Huerto en Tierra Santa; y ¿cómo no comprenderlo así? Lo reclamaba y lo exigía, porque el delicioso paraíso, denominado *Hortus Conclusus* de Palestina, es *figura* de María, según lo enseñan los mejores intérpretes, como San Gerónimo y San Bernardo, siendo tan conocida esta figura, que ya Santo Toribio de Lima, en 1605, incluía en sus letanías la invocación *Hortus Conclusus*; y por aquella misma época, en el Santuario de Chiavari, se colocaba la leyenda salomónica *Hortus Conclusus* para designar á María del Huerto.

Además, si el Santuario de Nuestra Señora del Carmen tiene por origen la tradición de que la nubecilla prodigiosa contemplada en la cumbre del Monte Carmelo por el profeta Elías era figura de María ¿cómo extrañar que María, prefigurada muchos siglos antes por Salomón en el *Hortus Conclusus*, deba tener en ese mismo lugar un Santuario que recuerde esa figura bíblica? Antes bien, debe extrañarse que no se haya erigido antes. Así, pues, al visitar por vez primera el *Hortus Conclusus* de Salomón, símbolo de María, me asaltó espontánea la idea del Santuario á María del Huerto, pues estaba acostumbrado á oír la antifona del Instituto: « Hortus Conclusus, oh, María, etc. » — Y entonces, exclamé: « Hé aquí, la sede clásica, propia y natural de María del

Huerto. Este lugar la reclama como su más hermoso símbolo ».

Pues bien; como ya lo sabeis, desde 1901 las Hijas de María del Huerto están en posesión del querido Santuario *Hortus Conclusus*.

Y por ello me siento henchido de filial satisfacción, así como de cristiana y fraternal alegría, por haber conseguido la realización de esa gloria perenne para María del Huerto, en ese lugar clásico y privilegiado. Algo más habrá que hacer para que llegue á todo su esplendor esa obra monumental, que será el honor santo del Instituto; y estoy seguro de que se conseguirá, porque ¿cómo no ha de querer María del Huerto ser venerada en su propio eden y paraíso de Palestina? Mas aún; de hoy más, el Instituto de las Hijas de María del Huerto debe considerarlo como su Santuario por excelencia, como el verdadero Santuario titular; pues si el de Chiavari ha grabado en su frontispicio el lema salomónico: *Hortus Conclusus*, es por apropiación simbólica: el verdadero Huerto, imagen y figura de María está en Palestina, que por disposición providencial, es ya vuestro en propiedad, mientras el de Chiavari es propiedad de aquella Diócesis, y en el que ni siquiera podeis intervenir para dar esplendor á los cultos de vuestra Titular, sino como simples expectadores. Ya os explicaré este hecho, que reputo providencial.

Así, en la obra del Presbítero argentino Dr. Abel Bazan « Aromas de Oriente » en la descripción que hace del *Hortus Conclusus* de Palestina y del Santuario, añade que « está atendido por las beneméritas Hermanas de Caridad, Hijas de María del Huerto, que llevan cual lema de su Instituto *Hortus Conclusus*... De este modo ellas han venido á realizar lo que en un principio podría haberles parecido un imposible; *establecerse, esto*

es, en el mismo sitio de donde fué tomado el símbolo más hermoso de la Inmaculada y que sirve á la vez de lema á su Congregación; » que es lo mismo que decir, que allí está María del Huerto en su lugar propio y clásico.

Ahora quiero añadir algo para que os deis cuenta de toda la significación del querido Santuario de Tierra Santa.

* * *

Hortus Conclusus es un lugar de Palestina, el más pintoresco y ameno de la Judea, y tan celebrado por su exuberante hermosura, á manera de oasis sagrado, que la Biblia le canta y pondera como á las encantadoras florestas del Líbano, á las hermosas llanuras de Sarón, al valle galano de las palmeras de Gericó y á las cumbres deliciosas del Carmelo.

Denomínase también *paraíso de Salomón*, porque, debido á su hermosura, constituía las delicias del gran Rey, pues en él pasaba las primeras horas de la mañana en medio de un ambiente perfumado por plantas y flores, que exhalaban aromas de paraíso, y cuya sin par belleza quiso immortalizar en aquel idilio divino del Cantar de los Cantares, que allí mismo compuso, y que ha llenado de fragancias celestiales á todas las almas místicas, con encanto de todas las generaciones.

El *Hortus* es descrito así por uno de los más inspirados viajeros de Tierra Santa, y uno de los más grandes poetas místicos de la época presente, el Presbítero Jacinto Verdagner.

« Volviendo, dice, del valle de Hebrón á Belén, como si dijéramos, desde la tumba de Abraham á la cuna de Jesús, se pasa por Ras-el-Ain (*Fons Signatus*), en donde flota la imagen de Salomón, grada digna en la escala de la historia di-

vina... En el valle, cavados en la roca viva, rodeados de pared, se ven los Estanques ó Piscinas de Salomón. El más alto vierte sus aguas, que recibe del *Fons Signatus*, en el segundo, y el segundo en el tercero. Su mismo autor los describe en el *Eclesiastés*: « Híceme huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todos frutos; híceme estanques de agua para regar de ellos el bosque donde los árboles crecían »...

« El bosque, ó parque, que es el *Hortus Conclusus*, está más abajo, encerrado entre dos montañas paralelas, y todavía merece de los árabes el nombre de jardines de Salomón. Según testimonio de Josefo: « aquí tenía costumbre de venir al romper del alba, saliendo de Jerusalén escoltado por sus guardias, armados de sus ballestas, en su carroza y vestido de blanco. »

« Aquí tenía su palacio de verano de que parece hacer mención el *Eclesiastés* (cap. II v. 4), y aquí compuso en una hora de inspiración divina, que no ha tenido igual antes ni después de él en ningún pueblo de la tierra, el misterioso cántico de los cánticos, desesperación de la poesía amorosa terrena, que no tiene alas para volar tanto y tan alto, y fuente inextinguible de la poesía mística de todas las literaturas. Todos los epitalmios, todos los idilios, toda la incomparable poesía oriental, vive y canta en esos versículos nupciales, que parecen dictados en el paraíso terrenal, ó mejor, en el verdadero paraíso, para celebrar los eternos desposorios del Alma y Jesús.

« Después de tres mil años florecen todavía las aromas del Huerto cantado por la Sulamita, y llegan á todos los conventos y monasterios, á todos los templos y capillas, á todas las celdas y oratorios, donde ora un alma enamorada de Jesús. En aquellos jardines perfumaron sus almas puras y sus libros Santa Gertrudis y Santa Teresa.

Conservan sus olores los cánticos del melífluo San Bernardo y los del iluminado Raimundo Lulio; pero San Juan de la Cruz nos dió en sus idilios celestiales sus mismas flores, como las que los sacerdotes peregrinos llevan apretadas entre las hojas del breviario.

« Hoy estos verjeles son huertos partidos en pequeñas fajas, que beben por cada lado un riego de agua de los estanques de Salomón; los manzanos, granados y otros árboles frutales, que llenan el estrecho y delicioso valle, ostentan sus hermosas flores, y una blancura rosada cubre los campos, como si para celebrar la Pascua, que llega, se quisiesen poner la antigua y ya olvidada vestidura del jardín. El murmurio de las aguas, el rumor de las hojas, el concierto de los pájaros, en que solo echo de menos la voz del ruiseñor; la dulce soledad y el enjambre de imágenes divinas que lo pueblan, hacen de este sitio el más delicioso de Palestina. »

Así que tiene María del Huerto erigido su Santuario en *el lugar más delicioso de Tierra Santa.*

* * *

Pero, si estos clásicos recuerdos dan inmortal celebridad al *Hortus Conclusus*, hasta el punto de conservarla entre los árabes, quienes, como queda dicho, aún le designan con el nombre de *Bustan Suleyman*, que significa *Jardines de Salomón*, y llaman *Ortás* á la población inmediata, derivada quizás de *Hortus*; tiene para los cristianos el incomparable valor y mérito sagrado de ser, como sabéis, figura de María, como Huerto divinal. Tan es así que Chiavari quiso engalanarse, como hemos observado antes, con esta inscripción: *Hortus Conclusus*, tomada del cantar de los cantares de Salomón.

Y en verdad, que de la Virgen galana y hermosa es adecuada imagen ese Huerto delicioso. Ella es *Huerto* por su fecundidad, como Madre del Redentor; pero *Cerrado* por su *virginidad* inmaculada; así como es *Huerto* por tener la plenitud de todas las virtudes, representadas en las flores y frutos de ese Huerto paradisiaco.

Es también símbolo de su Inmaculada Concepción, ya que María es Huerto *cerrado*, porque en él no entró la serpiente tentadora, como en el paraíso terrenal, por ser *abierto*: y que al tentar á Eva, introdujo el pecado original, del que se vió exceptuada María.

En cuanto al significado simbólico del *Hortus Conclusus*, no sabríamos explicarlo mejor que como lo hace uno de los grandes místicos italianos, quien dice así: « El *Huerto Cerrado* representa directamente á la Virgen-Madre; porque el Señor quiso decirle: « En tí no entrará corrupción: yo solo estaré en tí; porque tú eres como un huerto cerrado, oh hermana mía, esposa, y como una fuente sellada. Un huerto cerrado es aquel en que no entra la serpiente, como en el primer jardín; y eres un huerto más hermoso que el antiguo eden..... Toda planta olorosa, toda flor rara y exquisita encuéntrase en este huerto, esto es, toda virtud, todo hecho hermoso y sublime. » Así también San Gerónimo y San Bernardo.

Y hé aquí porqué, cuando en mi primer viaje á Tierra Santa, contemplé casi extático, ese lugar ameno y hermoso, me pareció ver flotar sobre las flores galanas de aquel Eden la imagen de María del Huerto, que reclamaba la erección de un Santuario en el lugar que era su figura bíblica, ya que *Hortus Conclusus* la llama la Iglesia en el oficio de la Inmaculada Concepción, y en el oficio propio de Nuestra Señora del Huerto. Más ¿de quién había de reclamar la erección de ese Santuario,

sino de parte del Instituto religioso, único que en el cristianismo lleva la gloria de su nombre, el *Instituto de María del Huerto*?

Y ¿quienes, sino las Hijas de María del Huerto habían de ser como las vestales sagradas de ese Santuario, para atraer las bendiciones de María sobre su Instituto, al verse honrada por sus propias Hijas en el mismo eden que simboliza su virginidad fecunda, y cual Huerto divino de celestiales virtudes?

Ah! venerar, dar culto, entonar alabanzas á María allí, en *Hortus Conclusus*, produce en el alma una emoción incomparable y sobrehumana. No sé si sería por el amor que profeso á María del Huerto; pero puedo declararos que, cuando en 1905, tuve la dicha de morar en su Santuario de Palestina, nunca en mi vida había experimentado deleites celestiales y fervores místicos, como los que allí llenaron de inenarrable fervor y placer mi alma y mi corazón. ¡Qué arrobamientos, qué deleites espirituales, qué consuelos, qué emoción soberana en todas las potencias de mi espíritu! Viví como fuera de mí mismo durante aquellos días inolvidables; y al separarme, fué tal la tristeza que, por tener que dejar aquel paraíso de María se apoderó de mí, que no atinaba á despedirme de aquellas mis muy envidiadas Hermanas ortasianas.

Por eso, al retirarme de aquel sitio encantador, asaltaron á mi mente y á mi corazón aquellas hermosas palabras del gran místico Verdagner: « ¡Oh! si el águila me hubiese prestado sus remontadoras alas, si hubiese poseído la áurea inspiración de los grandes poetas; con tales perlas, labrado le hubiera una gargantilla de Sultana, y, con ellas, y otras mejor escogidas flores, hubiera coronado sus sienes de Reina. » Porque, en verdad, María impera allí como Reina y Sultana de los jardines salomónicos.

Y ¿qué diré de las consolaciones y delicias espirituales que comprendí experimentaban las privilegiadas Hermanas que allí habitan? Les parece vivir y morar en el paraíso, y gozar de las caricias maternas de María del Huerto perfumadas con las aromas de aquel lugar delicioso: se morirían de pena, si supieran que no habían de ser allí sepultadas, como la Hermana María Chantal Reinoso, la primera que tuvo la dicha de morir desfallecida de amor en el Huerto de María. Y todo esto significa que allí tiene María del Huerto supremas atracciones; que aquel es su verdadero Santuario titular y su paraíso en la tierra: allí está simbolizada la gloria y el honor de María del Huerto.

Y comprendí entonces que, aún cuando las religiosas, Hijas de María del Huerto, no tuviesen allí mas oficio que el de rendir culto y entonar himnos sagrados en honor de María del Huerto, como las antiguas vestales el de conservar el fuego sagrado, y como los Franciscanos del Santo Sepulero honrar la tumba gloriosa del Salvador, esto solo justificaría la erección del Santuario en aquel sitio, que repite con eco eterno las estrofas divinas de Salomón: *Hortus Conclusus, oh Maria, Hortus Conclusus, Fons Signatus; emmissiones tuæ paradysus*. Estrofas que allí parecen oirse repetidas por las flores y plantas de aquel jardín.

Y supongo que ese Santuario será sumamente grato á María del Huerto, porque constituirá en aquel lugar como la apoteosis monumental de uno de sus más bellos títulos, de la más significativa figura de su maternidad divina y de su Concepción Inmaculada. Y creo que si Salomón, pudiera levantarse de su tumba, y volver á recorrer sus jardines, se estremecería con soberanos arrobamientos al contemplar erigido un Santuario á la divina Esposa, que él cantara por vez primera;

y que reputaría muy honrado el eden, por donde acostumbraba pasear su real corona, al verle dedicado á la gloria de la Virgen que él proclamó fecunda y hermosa como el Huerto Cerrado y la Fuente Sellada.

* * *

He aquí, pues, porqué, desde el primer momento feliz que conocí el *Hortus Conclusus*, no pudo apartarse de mí la idea y el propósito de erigir un monumento sagrado á María del Huerto; idea que me asedió y persiguió hasta verla realizada; pues tenía por cierto para mí que María me había inspirado una empresa piadosa y patriótica á la vez: « Para gloria de María y honor de las Repúblicas del Plata, debo promover, me decía, la erección de un monumento á María del Huerto en Tierra Santa, en el *Hortus Conclusus*, que pregona su *maternidad virginal*. » Y hasta me parecía oír allá en mis adentros, que María me recordaba siempre: « Desde treinta centurias espero la venida de mis Hijas á morar y rendirme culto en este lugar. Traedlas cuanto antes ».

Hijo, no te olvides de lo prometido, era la voz que resonaba en mi corazón cada vez que me encontraba con alguna dificultad, al parecer insuperable. (1)

(1) Y quiero aquí declarar que encontré entusiasta acogida de parte de la Reverendísima Superiora General, así como verdadera cooperación en muchas de mis Hermanas de América; pero es justicia que diga, sin pretender ajar su modestia, que la Hermana M. Teresa Ferreira ha sido la deparada por María Santísima del Huerto para ser el apóstol infatigable de esta idea. La amantísima Señora se lo pagará, y yo se lo agradezco de todo corazón; sin que por esto

Y en verdad, que acariciaba la idea del Santuario á María del Huerto como un honor y una gloria, que la Virgen Santísima reclamaba. ¿Cómo no debía ser venerada allí María, en un templo erigido á su advocación, si desde treinta siglos aquel lugar la designaba con la hermosa figura de Huerto Cerrado; según la enseñanza de los doctores é intérpretes de la Biblia? ¿Cómo no había de tener culto público en su propio Huerto? Gracias á Dios que, al fin, está erigido y forman la guardia de honor sus propias Hijas. (1)

Más, también acariciaba la idea del Santuario á María del Huerto como una gloria y prenda de gratitud para argentinos y uruguayos. De gloria, como quiera que, siendo los Santos Lugares la atracción de los romeros del orbe católico, erigir

desconozca los servicios prestados á la misma obra por varias Hermanas, como la Hermana Estanislada Tornatore, Sor Lorenza Ariñaldo, la R. M. Tránsito Bruno; y en especial por las Reverendas Madres Isabel Pedemonte é Ignacia Bayo, que ya premió María llevándolas á visitar el *Hortus Conclusus*.

Así como me es grato agradecer su cooperación á todas las Directoras de las Cofradías del Huerto.

(1) He obtenido de la Santa Sede un Rescripto autorizando la fundación, en todas las Iglesias y Capillas públicas del Instituto en la América Latina, de la Cofradía de Nuestra Señora del Huerto como auxiliar para el sostenimiento del « Santuario *Hortus Conclusus* » de Palestina. Ya veis, pues, amadas Hermanas, que según la intención y permiso de la Santa Sede, las diversas Cofradías deben contribuir al sostén del Santuario de Nuestra Señora del Huerto en Tierra Santa, que es el gran Santuario clásico y titular del Instituto. Por tanto, sin perjuicio de la recomendación de la Reverendísima Madre General, Josefina Gibelli, yo, como Hortelano, ruego encarecidamente á mis Hermanas, y en especial á las Superiores de los distintos establecimientos del Instituto procuren proteger y hacer prosperar esas Cofradías, porque son como las sucursales de nuestra grande Obra Pía de Palestina.

allí, en Tierra Santa, un monumento religioso, que pregonase el nombre de la patria, haría sonar cristianamente el de ambas Repúblicas contribuyentes, la Argentina y la Uruguay, con eco glorioso y perenne al través de las generaciones.

Pero al mismo tiempo, significa prenda de gratitud, pues se sabría que, por los beneficios recibidos del Instituto de las Hijas de María del Huerto, habían contribuido á la erección de ese Santuario. Y todo esto está allí grabado en mármol para que lo lean todos los peregrinos de Tierra Santa. (1)

Juro, pues, que en esta obra sólo me ha inspirado el amor á María, la honra de la patria y la gratitud al Instituto de María del Huerto.

(1) Hé aquí las inscripciones puestas en mármol al frente del Santuario:

En el centro—El monograma de María rodeado con estas palabras: *Hortus Conclusus—Bustan Suleyman.*

A la derecha—En español y francés:

« En homenaje á Jesucristo Redentor

En este clásico Huerto Cerrado

Símbolo de la Virgen Madre

Prefigurada en el Cantar de los Cantares

Los Católicos de las Repúblicas

Argentina y del Uruguay en Sud-América

Han erigido este Santuario

Dedicado á Nuestra Señora del Huerto »

La inscripción de la izquierda en francés, contiene la leyenda siguiente:

«En este oasis estaba el magnífico Parque ó Paraíso de Salomón, que comprendía gran parte del Valle de Ortás, el *Hortus Conclusus* del cantar de los cantares (IV. 12.) y al que los Arabes denominan todavía *Bustan Suleyman* (Jardines de Salomón).

En la inmediata población de *Ortás* estaba situada, como lo recuerda el nombre *Ain-Etham*, la antigua *Etham*, mencionada por Jasefo Flavio, como un lugar encantador y muy fértil, debido á sus jardines y á la abundancia de aguas corrientes, y á donde

Pero creo algo más; estoy persuadido de que en esta obra no he sido sino instrumento providencial. ¿Porqué, en efecto, estando Palestina sembrada de monumentos erigidos en honor de María Santísima, el *Hortus Conclusus*, que es figura de la Virgen, atravesó treinta siglos sin que allí se erigiera ningún monumento? Hé aquí la explicación. En el seno de la Iglesia ninguna institución religiosa había aparecido con el título clásico y bíblico de María del Huerto; hasta que en los últimos tiempos apareció el Instituto fundado por el Venerable Gianelli en Chiavari; y al aparecer tiene conciencia de llevar el título simbólico del cantar de Salomón, pues lo invocaba con su lema: *Hortus Conclusus, Fons signatus*, que no estaban en Chiavari sino en Palestina. ¿Quién no vé, pues, en ella la Institución mariana predestinada para erigir el Santuario de Palestina como titular? Y hé aquí porqué antes no se había erigido.

Y ¡cosa admirable, providencial! El Santuario de Chiavari, preludio del de Palestina, se convirtió en Catedral, mientras parecía que debería ser propiedad titular del Instituto de María del Huerto.

¿Porqué esto? Sin duda, como para significar que el verdadero Santuario del Instituto debía estar en el Huerto original de Palestina: en el *Hortus Conclusus* de Salomón.

Salomón acostumbraba ir á solazarse al rayar del alba (Antig. VIII.), quedando á dos *schenes* (unos diez kilómetros) de Jesusalén, que es la distancia actual de Ortás á la Santa Ciudad.

Aquí se elevaba el palacio de verano de Salomón, según el célebre pasaje del Eclesiastés (II. v. 4), restos de cuyas ruinas se suponen ser las descubiertas en Ortás.

En la parte superior del Valle, hácia el camino de Hebrón, se encuentran los *Estanques* colosales de Salomón y la *Fuente Sellada* (*Fons signatus*) figura también de María.

Para responder á la pregunta, que algunos hicieran: ¿porqué no ha sido erigido en la misma Jerusalén el Santuario dedicado á María del Huerto, sino en *Hortus Conclusus*? quiero recordaros que en una audiencia con S. S. León XIII, en la que le dí cuenta del proyectado Santuario, no solo bendijo y aplaudió la idea, sino que aprobó la elección del lugar. En efecto, en esa audiencia, le hablé de esta manera: « Padre Santo, al viajar por Palestina, me encontré con el delicioso Edén de Salomón, denominado *Hortus Conclusus*, mencionado en el Cantar de los Cantares que, como Vuestra Santidad sabe, es figura de la Santísima Virgen. Al observar que allí no existía monumento alguno dedicado á María, concebí el proyecto de erigirlo. Más, como entre todos los Institutos consagrados á María, el único que con su advocación recuerda esa figura del *Hortus Conclusus*, es el de las Religiosas de Nuestra Señora del Huerto, creí que aquel lugar estaba destinado para un Santuario á la gloria de su Titular. » Al mismo tiempo hice notar al Papa que Santo Toribio, Arzobispo de Lima había sido el primero que, en unas letanías de María compuestas por él y aprobadas por Paulo V, había introducido y recordado esta invocación: *Hortus Conclusus, ora pro nobis.* »

« Pues bien; nos contestó León XIII, si Santo Toribio ha sido el primero en honrar á María en las letanías con la invocación simbólica de *Hortus Conclusus*, usted tendrá el honor de ser el primero en procurar se le erija un Santuario en el mismo lugar simbólico de su maternidad virginal, en *Hortus Conclusus*; y en ningún lugar se encontrará mejor María del Huerto. » Con lo que declaraba el Pontífice que en ningún otro sitio de Palestina podía erigirse un Santuario á María del Huerto, sino en el mismo lugar que es su

figura y símbolo; quedando así contestada la crítica, que sin razón se me hizo, de haber erigido allí, con preferencia á todo otro lugar de Tierra Santa, el Santuario de *Hortus Conclusus*. Está allí muy bien, y no podría estar en otro lugar.

Pero hay más aún; al declarar el Papa que *en ningún lugar se encontraba mejor María del Huerto*, ¿no significa que ese debe ser su Santuario por excelencia? Y en verdad que en ninguna otra parte podemos con más propiedad invocar á María con el título: *Hortus Conclusus*.

Chiavari ha sido la cuna dichosa del Instituto de María del Huerto; por eso no lo podreis olvidar; pero el Instituto ha sido el instrumento providencial para propagar el culto de María bajo la advocación bíblica de María del Huerto. Su sede clásica, propia, es por tanto, el *Hortus Conclusus* de Palestina, que la Providencia y María Santísima os tenían deparado. Por eso os ha hecho propietarias y dueñas del clásico Santuario.

Y debeis notar otra coincidencia memorable. Fuera del Santuario y Diócesis de Chiavari, en ninguna de las iglesias y capillas del Instituto podía celebrarse el 2 Julio la misa propia de María del Huerto. Pues bien; la Providencia ha querido conceder esta gracia, tantas veces negada, cuando estaba por terminarse en Palestina el Santuario *Hortus Conclusus*; de manera que la vez primera que allá se celebró la fiesta titular, fué con misa propia y rito doble de primera clase. (1)

(1) Permítase recordar que quise regalar á María del Huerto (Casa provincial de Montevideo) un cáliz de oro en memoria de la primera vez que se hizo uso del mencionado privilegio.

Hé aquí la dedicatoria de dicho cáliz, que se ha querido conservar en los anales del Instituto, en la Relación de 1900.

« Montevideo, 2 de Julio de 1900. Fiesta de Nuestra

Por fin, creo firmemente que esta obra ha sido del agrado de María por las grandes dificultades, que ella ha hecho superar, y que sería prolijo enumerar. Dificultades para la compra del terreno, venciendo pleitos de propiedad y posesión con los árabes. Dificultades para conseguir el permiso de edificar, por ser Ortás población musulmana; consiguiéndose, sin embargo, el firman del Sultán de Constantinopla, por la intervención del Patriarca Azarian, que la Virgen me proporcionó sin saber cómo. Dificultades para dirigir la obra desde América, para lo cual suscitó María Santísima al benemérito Monseñor Tumayan, residente en Jerusalén. Dificultades del lugar para la edificación, hasta tener que cortar la montaña; y dificultades, en fin, pecuniarias, que venció por medio de la generosidad de sus devotos María del Huerto.

Hoy día, el Santuario está terminado, á pesar de todas estas, y de muchas otras dificultades y oposiciones.

¡Gloria y honor á María Santísima del Huerto en su clásico Santuario titular de Palestina, donde impera como Sultana graciosa, y donde está representada en *la única estatua* que existe en el mundo!

Señora del Huerto.—Habiendo tenido la grande y filial satisfacción de obtener del Padre Santo, León XIII, el privilegio de poder celebrar en todas las iglesias y capillas del Instituto de Nuestra Señora del Huerto, la Misa propia de su Titular el 2 de Julio, con rito doble de primera clase; en recuerdo de la primera vez que se hace uso de este privilegio en el Instituto, presento y dedico á la queridísima Madre un cáliz de oro con mi escudo arzobispal y con una piedra preciosa de mi anillo pastoral engastada, para celebrar con él la primera Misa privilegiada en el día mencionado. Su humilde y devoto hijo. — † MARIANO SOLER, Arzobispo de Montevideo. »

ÍNDICE

	PÁGINAS
Introducción -- Julio 2 de 1906	5
Mi devoción á María del Huerto.	11
Memorial á las Hijas de María del Huerto — Julio 2 de 1894	17
Las Moradas del Cielo en la Tierra — Julio 2 de 1895 — Prólogo-Dedicatoria	41
Los votos religiosos	49
El voto de obediencia	57
Frutos del voto de obediencia :	
I. Humildad	60
II. Renuncia de la propia voluntad	65
III. Paciencia.	69
El voto de pobreza	73
Hijos del voto de pobreza :	
I. Confianza en Dios.	82
II. La riqueza en la pobreza voluntaria.	86
El voto de castidad	91
Los compañeros del voto de castidad :	
I. Desprecio de los goces mundanos.	97
II. Amor á los Padres	102
III. Vuestras relaciones con las hermanas, y demás parientes	108
IV. De las amistades particulares	112

La clausura y la intimidad con Dios	117
De cómo se eleva el alma en la contemplación	124
Necesidad y eficacia de la vida interior	131
Idea de la perfección	133
La vida interior	138
Naturaleza de la vida interior	140
Excelencia de la vida interior	143
Actos de la vida interior	146
Medios para conseguir la vida interior	149
Obstáculos á la vida interior	152
Aclaraciones y consejos sobre la perfección	155
Impedimentos contra la perfección :	
I. Los escrúpulos	167
II. La tibieza	173
Epílogo	179
Epístola gratulatoria — 2 de Julio de 1896	187
Epístola fraternal — Julio 2 de 1898	197
Hortus Conclusus — El Santuario de Nuestra Señora del Huerto en Palestina	213

